

60

NO

DAD AUTO

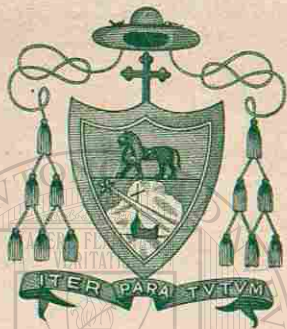
CIÓN CENT

DE

Opinion de la prison, y algunas  
profesiones.

EX LIBRIS  
1545

962296  
012210



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080023380

LAS DELICIAS

DE

LAS HIJAS DE MARIA

ESCRITAS POR UNA SEÑALTA

TRADUCCION DEL FRANCÉS



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

48387



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO.  
TIPOGRAFÍA DE AGUILAR É HIJOS,  
Esquina de la Encarnación y Sta. Catalina.

1898

Bx2/60  
D45



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## A LAS HIJAS DE MARIA

Mis queridas niñas:

La tierna piedad con que os honráis hacia la Santísima Madre de Dios, me autoriza á haceros homenaje de este opúsculo. Deseosa de ofreceros algunos poderosos motivos de perseverancia en el culto que habéis consagrado á María! Dichosa si he acertado en mi pequeño trabajo; mil veces más dichosa aún, si fiel en el servicio de Jesús y de su Santísima Madre, pueda con todas aquellas á quienes estoy unida por las dulzuras de una tierna caridad, celebrar para siempre en los atrios celestiales, las ternuras inefables de María hacia sus hijos.

012296

## A MARIA

A vos, Virgen Santa, Madre mfa muy amada, las más dulces aspiraciones de mi alma, para vos son las más tiernas confidencias de mi corazón. Bendecidlas, bendecidme á mí también y bendecid á todas vuestras hijas: yo imploro sobre ellas, por vuestra intercesión, la abundancia de los celestiales favores. ¡Oh dulce María! dirigid una mirada de predilección sobre las tiernas vírgenes agrupadas al derredor de vuestros altares. Proteged su tímida inocencia! Que sus corazones, siempre puros, sean siempre dignos de amarnos! Ojalá que estas líneas demasiado frías, se vuelvan ardientes bajo la dulce inspiración de vuestro amor maternal. Hablad á los corazones de las que las lean un lenguaje de amor y de paz, y que todas, unidas en vuestro sagrado Corazón por los lazos de una ardiente caridad, repitamos sin cesar:

AMOR Á JESÚS! AMOR Á MARÍA!

## JOVEN CRISTIANA

Gime sobre tus errores.  
Aspira á ser digna hija de Dios; y para esto

Sé *Hija de María*.

Sélo con constancia.

Ama á Jesús y á María.

Sé su fiel imitadora.

Sé humilde.

Sé obediente.

Sé dulce.

Sé modesta y pura.

Sé confiada; acércate con amor á la sagrada mesa para alimentarte del pan de vida, y espera firmemente la recompensa del cielo. Estas virtudes hacían las *Delicias* del Corazón de María; que sean también las *Delicias* de sus hijas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

## LAS DELICIAS

DE

## LAS HIJAS DE MARÍA

*Joven cristiana, gime sobre tus errores*

*Voz del alma penitente.*—Virgen santa, un tierno corazón ardiente del deseo de perteneceros, viene á ofrecerse á vuestro amor. Recíbidle en el número de los que os están especialmente consagrados. Perdonad, Santa Madre de Dios, si yo he consumido los bellos años de mi adolescencia sin pensar en Dios que me dió la vida, sin rendir mis homenajes á la poderosa protectora cuya tierna solicitud veló sobre mí desde la cuna. Perdonad, Virgen santa, perdonad la ignorancia de mi tierna edad, ¡perdonad la ligereza de mi corazón! de aquí en adelante el amor de Jesús y el vuestro, van á llenarle y á fijarse para siempre en él. ¡Ay! triste recuerdo! es verdad, oh Virgen, mis delicias! que en el día afortunado en que por la primera vez vuestro Hijo adorable se dignó bajar á mi corazón,

un río de alegría celestial y á la vez infantil, corrió en mi alma; es verdad que entonces yo no tenía otros sentimientos que de amar y recibir á mi Huésped divino; es verdad que en la vivacidad de mis trasportes, yo prometí á Jesús guardarle fielmente mi corazón con toda su ternura y sus ingenuos ardores. Jesús recibió mi ofrenda, acogió mis promesas y me colmó de sus dones. Entonces era dichosa.... pero pronto me volví infiel! La dulce paz huyó lejos de mí, y con ella la felicidad de mi juventud. Me volví fría y lánguida para con mi Jesús y así dejé pasar mis más bellos años. ¡Oh María! vos lo sabéis y vuestro corazón de madre sufrió mucho. Pobre niña, por qué consumes tus hermosos días en frivolidades? decía con frecuencia vuestra voz á la puerta de mi corazón. Y yo ciega y variable no os escuchaba. ¡Oh María! tened piedad de la humillación de vuestra sierva... Puedan estas lágrimas conmoveros! Pequé!... Tal vez he perdido el glorioso título de hija de Dios! título que en este momento ambiciono más que los tesoros, más que los honores, más que la gloria de este mundo. Oh Virgen santa, vuestro poder

es grande: por vuestra protección, haced que me sea devuelto. Ved, yo me arrepiento sin consuelo; el remordimiento, con su mano de fierro, ha oprimido mi corazón con sus terribles aprietos, y él gime bajo este peso molesto. Un mar de amargura inunda mi alma. Responded con una mirada compasiva al grito de mis dolores.

*Voz de María.*—Joven corazón arrepentido, tu dolor me conmueve, mi ternura te consolará. Pero llora amargamente si no has amado á Jesús..... Sólo en tus lágrimas y en tu arrepentimiento encontrarás el verdadero consuelo.

Joven cristiana, mira mi seno ensangrentado....

*Voz del alma penitente.*—Oh divina María! Cuál es la espada que traspasa vuestro Corazón?

*Voz de María.*—Los pecadores ofendiendo á mi Hijo Jesús, han introducido el fierro del dolor en este seno maternal. Oh! por qué ultrajan su bondad y mi amor?... Y tú, pobre hija, por qué los has imitado? Cuando la dulce voz de Jesús hablaba en tu alma, por qué has rehusado escuchar las tiernas



invitaciones de su amor? "Amame, te decía, yo haré tu felicidad; tengo tesoros ocultos que te destino. Ven, hija mía, dame tus afectos." Y tú respondías: "Vedme aquí, Señor, yo vengo, yo vengo porque vuestra voz me llama." Lo decías, y al salir del santuario, olvidabas estos sublimes ardores, tu amor languidecía.... Algunos instantes después ya no pensabas más en Jesús, y oh desgracia! oh deplorable ceguedad! le ofendías.... Querida hija, ¿por qué has sido tan cruel para renovar las llagas de mi Hijo? ¿Es este el tributo de tu amor y la recompensa del suyo? Oh corazón ingrato! ¿Qué te habíamos hecho mi Hijo y yo para que ultrajases así nuestra bondad? ¿Dime, hija, qué motivo ha podido seducirte á tan negra ingratitud? Habla, ¿podía hacer más por ti de lo que he hecho? Oh niña muy querida! que recibiste el rocío de la gracia, que fuiste cultivada con tanto cuidado y amor, esperaba frutos de acción de gracias, y no has producido sino los frutos amargos del dolor y del pecado!

*Voz del alma penitente.*—Cesad, oh mi tierna Madre! cesad en tan justos reproches; ellos afligen mi corazón.... ¡Ay de mí! qué

he hecho? Yo era amiga de vuestro Hijo y vuestra. Y esta inestimable prerrogativa, la he perdido, y por mi culpa!.... Oh tiempo precioso de mi infancia, lloro de haberte desperdiciado.... Lloro un fervor que no existe mas sino en recuerdos; lloro sobre el presente, y el porvenir me atemoriza; él se me aparece sombrío y amenazador.... Para una alma que ha cesado de amar á un objeto infinitamente amable ¿en dónde está la paz? ¿En dónde la felicidad?.... Oh divina piedad, por qué no has siempre saciado mi alma de tus delicias! ¡Ay! el recuerdo de haber amado otras cosas que las cosas celestiales, viene sin cesar á reprocharme mi inconstancia. «Oh dulce María! decía yo llena de alegría la primera vez que fui convidada al banquete Divino! Oh dulce María! yo consagro mi corazón á vuestro Jesús. Venid, Virgen santa, venid á decírselo vos misma: mis palabras no son bastante ardientes. No hay lengua humana que pueda expresar las delicias que gusta mi corazón..... ya lloro pero sin dolor..... gemidos inefables y una melancolía sin amargura se apoderan de mi alma..... tales deben ser las primeras dulzuras de la celeste inmor-

talidad. Virgen santa; sed vos la maestra de esta alma tan ardiente. No permitáis que os robe el dón de mí misma; antes quitadme la vida, dejadme abandonar la tierra, y conducid mi alma limpia todavía de pecado; aquí donde está mi vida verdadera, está mi tesoro y mi esperanza para la eternidad.» Eso decía, y entre tanto me lanzaba en el camino que yo veía abrirse delante de mí. Pero pronto, ¡ay! bien pronto olvidaba mi fragilidad, demasiado me apoyaba sobre mis fuerzas. ¡Desgraciada! Huyendo de mi celestial guía me apartaba de mi Dios, en los caminos sembrados de rosas, que ocultaban las estériles espinas del dolor. ¡Flores engañosas! Con una mano imprudente, yo me atreví á cogérlas; ellas me hirieron cruelmente!..... Una penosa decepción no me volvió más prudente: llena de una presuntuosa confianza creía no ofender mortalmente á aquel que yo prometí amar siempre..... y sin saberlo me atrevía á vivir en esta punzante duda..... ¡Oh error deplorable! Qué ¡una alma deseosa de conservar su preciosa inocencia, no debe temer que el más ligero soplo pueda marchitar su blancura, la menor falta que

pueda hacerla desagradable á los ojos de su Dios?

Al presente que estoy gimiendo sobre mis errores, Virgen misericordiosa, venid á aliviar mi corazón oprimido.... ¡Detened la sangre que corre de mis heridas; decid á vuestro Hijo que se digne aplicar en ellas el bálsamo de su gracia: ella sola puede calmar los tormentos de mi corazón agitado!..... Mis ojos han derramado torrentes de lágrimas, porque tuve la desgracia de violar su ley. Augusta Madre de Jesús, decidle: «Hijo mío, considera con ojos de piedad esta alma arrepentida, deja tocar tu corazón lleno de amor, devuélvele tu gracia y tu ternura. Si su arrepentimiento no puede eternecerte, que tu cólera ceda á mi oración. Hijo mío, tu Madre te ruega que la perdones.» Conmovido por los acentos de vuestra voz maternal, El vendrá á mí, y yo volveré á El.

*Voz de María.*— Ven, hija mía, ven y recibe el ósculo de paz: después de estrecharte entre mis brazos, ven, que yo te conduciré á Jesús: él es bueno, es rico en misericordias, y no desprecia los gemidos de un corazón contrito y humillado.

*Voz del alma penitente.*—Y yo cantaré sus alabanzas sobre la arpa, y mis labios repetirán sus misericordias y grandezas. Oh Dios mío, recordaré mis antiguos caminos, y dirigiré mis pasos hacia vuestros mandamientos. Y por lo tanto, Señor, vuestra palabra es la lámpara que guía mis pasos, y la luz que ilumina mis senderos.

*Voz de María.*—Nunca olvides la indulgencia de tu buen Señor; y para preservarte de nuevos extravíos, piensa, hija mía, que si volvieras á apartarte de su estandarte para alistarte bajo el de sus enemigos, renovarías todo el dolor de la llaga de su corazón. El abandono de un hijo querido, es doloroso para el corazón de un tierno padre.

*Voz del alma penitente.*—De nuevo, Virgen santa, las manos elevadas hacia el cielo, juro á mi Salvador una fidelidad inviolable... antes que mi corazón cese de amaros, mandad, oh María! que cese de latir. Os doy gracias, Madre mía, porque me habéis alcanzado el perdón. En amarós y glorificaros juntamente con vuestro divino Hijo, quiero en adelante consagrar las facultades de mi alma y todos los instantes de mi vida.

**Aspira á hacerte digna hija de Dios, y para esto sé hija de María.**

*Voz de la aspirante.*—Augusta Madre de mi Dios, vuestra bondad me alienta y quita todo obstáculo á mis deseos.

Prosternada ante vuestros altares, vengo á solicitar el dulce título de hija de María, y las gracias que vuestro divino Hijo tiene unidas á este favor. ¿Virgen santa, será este deseo mío presunción? No, vuestra bondad me llama y vengo con confianza. Pertenecer á una de estas piadosas congregaciones, en el seno de las cuales derramáis vuestros más tiernos favores, este es mi voto querido: espero no lo desecharéis.

*Voz de María.*—Joven aspirante, ¿quién ha hecho nacer en tu corazón el deseo de engalanarte con este título?

*Voz de la aspirante.*—Quién otra que vos, oh Virgen querida! No me habéis siempre socorrido? Sin vos, sin vuestras alas protectoras, que me pusieron al abrigo del soplo corruptor del mundo, ¿qué sería de mí? Como la flor desecada por los vientos ardientes del desierto, y que marchita sobre su tallo, reclama en vano el rocío de la noche ó una

sombra benévola; así yo igualmente hubiera quedado desecada en estos desiertos áridos, privada de la antorcha de la divina esperanza, único consuelo del alma sobre la tierra.

*Voz de María.*—Y tu esperanza no quedará confundida. Repite, ¡oh hija querida! repite con frecuencia este voto: ¡Sea yo hija de María! aún no has comprendido en toda su extensión, la sublimidad de esta prerrogativa. Si después de haberla conseguido, la sostienes dignamente y te empeñas en practicar las grandes virtudes que te impone, será para tí un medio más para alcanzar la recompensa eterna, y una piedra preciosa puesta en tu corona de inmortalidad.

Hija mía, si tienes celo para la gloria de tu Madre, aún harás más, enseñarás á tus jóvenes compañeras los motivos que te hicieron desear ser hija de María, les dirás los pensamientos que guiaron tu alma hacia una región tan desprendida de las ilusiones del mundo. Profundamente convencida de la vanidad de las cosas de la tierra, caminando á la claridad de la divina luz que disipó las tinieblas de tu inteligencia, dócil á la voz de lo alto, que por una providencia especial te

arrancó de la embriaguez de las pasiones, te hizo ver con los ojos de la fe la santidad del nombre cristiano y lo sagrado de las obligaciones que impone: te hizo comprender una débil parte del inmenso amor de Dios hacia los hombres: repetirás á los otros estas maravillas de la ternura de tu Dios, ó por lo menos, con tu ejemplo les enseñarás á buscar los verdaderos bienes, que sólo en Dios se encuentran.

*Voz de la aspirante.*—Virgen santa, nuestra protectora, cúmplase vuestro deseo. Traeré á mi memoria los motivos tan tiernos, que un ángel del cielo, por orden de María, vino sin duda á presentar á mi mente, y yo diré á las jóvenes que me quieran escuchar:

“Hubo un día que en el fervor de mi oración, yo repetía con instancia estas palabras: “¡Oh Dios! apartad mis ojos, á fin de que no se dejen engañar por el atractivo de la vanidad.” En el momento oí en mi alma una voz penetrante que me decía: “Estás revestida del carácter augusto de cristiana, eres hija del cielo...”

¡Hija del cielo! pensaba yo con alegría, y los trasportes de mi corazón parecían lle-

varme ya hacia esa mansión de delicias. Me representaba entonces aquella exquisita pureza del alma exigida para entrar en la patria celestial, y resolví hacer todo lo posible para conservarla ó adquirirla.

“¿Has sido hecha á imagen de Dios!”.....

Oh! cuán culpable sería, si deshonrara esta imagen; ¡oh idea terrible! si llevada por las afecciones terrestres, me olvidase de mi noble origen!... Pero no, me quiero mostrar digna hija de tan digno Padre. Que la imagen de un Dios brille por los encantos de la santidad.

Si, en adelante quiero llevar una vida santa para llegar á mi glorioso destino, contemplaré mi modelo tres veces santo, y uniré mi corazón al Sagrado Corazón de mi Salvador, al Corazón santísimo de María.

“Eres hija de amor y de predilección...”

Oh! sí, yo soy hija de amor, pues fui objeto de un amor infinito: un amor incomprendible me rescató de la muerte eterna. Era víctima de la muerte y del pecado: una víctima pura y sin mancha se ofreció para expiar crímenes que no había cometido, y para satisfacer con una muerte voluntaria á la divina justicia. Mi vida fué el precio de este

inmenso amor. La sangre del inocente se derramó y el culpable fué justificado. El recibió la vida de justicia del amor de Jesús.

—Sí, soy hija de los beneficios de mi Dios. Mi existencia fué un don y maravilla de su poder. Señaló mi lugar en el seno de la Iglesia. Cuando andaba errante por las tinieblas, me llamó para seguir su adorable luz. Para sostener mi debilidad me alimentó con el pan de los fuertes, y mi alma sumergida en una dulce embriaguez, olvidando todos sus dolores, cobró nuevas fuerzas de la sangre de un Dios. A mí, débil mortal, me fué permitida una libre-comunicación con la divinidad, me atreví á hablarle de mis miserias y á solicitar su alivio; expuse mi causa delante del tribunal de la gracia, y gracias más preciosas que todos los tesoros de la tierra inundaron mi corazón; este corazón que existe por la voluntad de Dios fué criado para él, lo hizo todo de llama, lo hizo para amar.

“Busca, pues, hija de gracia, si hay sobre la tierra algún objeto digno de los afectos de tu corazón....”

¿Y qué cosa más propia podría buscar para fijar sus ardores, sino á Aquel que reside

en el esplendor de los cielos? Yo he preguntado á toda la tierra y á sus criaturas si podrían hacerme feliz, pero inútilmente; he visto que todo es vanidad fuera de Dios. He dado toda libertad á mi imaginación, me he representado toda la gloria, todos los goces con que el mundo brinda á sus adoradores: ¿el amor á bienes fugitivos podría llenar la vasta capacidad de mi corazón? No, él suspira en pos de los bienes infinitos, imperecederos, eternos como el mismo Dios. El inmenso deseo de felicidad que me devora, no puede ser satisfecho sino por la posesión de una felicidad inmensa. Los objetos criados de la tierra son indignos de mi alma, ella debe aspirar á la feliz eternidad. Lo bello y lo sagrado, es Dios! Si hay belleza sobre la tierra es una emanación de la belleza divina, y somos destinados á poseerla y contemplarla eternamente. Sólo hacia ella deben dirigirse los suspiros de mi corazón! ¿Y podría la gloria de este mundo saciar mis deseos? No, la gloria es un aguijón pérfido, que, si bien lisonjea, penetra y desgarrá al mismo tiempo el corazón de sus víctimas. Las riquezas, el oro, las pedrerías, no, mi corazón acosado de una sed ar-

diente se arrojaría tal vez con avidez sobre aquellas aguas cenagosas; pero bien pronto disgustado, reconocería con indignación que nó ha hallado sino un manantial de lágrimas.

Tú, joven, que posees facciones tan puras y una fisonomía angelical, no idolatres tan hermosura, teme tan sólo el profanarla. Tu sonrisa no debe ser sino un homenaje de amor á la belleza por excelencia de quien eres imagen. Respeta tu hermosura, no te entregues á adoraciones sacrilegas: es la obra de tu Creador; pero ella es perecedera, no puede durar mucho... ni tampoco puede contentar tu corazón. ¿Miras los astros brillantes que adornan la bóveda celeste, aquel sol, inmenso foco que alumbra el mundo, rodando por el espacio, imagen imponente del fuego divino, luz eterna que alumbra á todo hombre que viene al mundo? Ellos también experimentarán la suerte de todas las criaturas: una profunda noche los sepultará.

La belleza real sobre la tierra es la inocencia, hija de Dios, hermana y compañera de los ángeles, favorita de las almas puras en el mundo. Es toda hermosura: de origen celestial, al cielo volverá con la santidad. Jóvenes

cristianas, que sus atractivos encanten nuestros corazones; no nos dejemos seducir por hermosuras que pasan como sombras fugitivas. Inocencia encantadora, si tenemos la desgracia de perderte, bien pronto nos muestras la penitencia y con ella la dicha de recobrarte. Seamos puras, inocentes, dignas hijas de Dios: he aquí nuestra verdadera nobleza, el ilustre título que nos ha dejado el gran Rey del cielo. Hijas del rey, es poca cosa: hijas de Dios, es nuestra gloria, nuestra felicidad, es todo. Pero para ser hijas de Dios, seamos hijas de María.

Sobre la tierra todo es transitorio, ya lo hemos visto. Y la voz de María se ha hecho oír á mi corazón, diciéndole: «Hija de amor, busca una mansión estable. La vida no es más que humo: la floreciente juventud es como la débil caña que el soplo del aquilón derriba: las riquezas no son sino polvo, y la flor de la primavera es la hermosura. Cultiva la que posees en tu alma, ella no se marchitará. Adórnala de virtudes, ellas son las perlas preciosas que nadie te podrá arrebatar. Con ellas serás bella, y el gran Rey será encantado de tu hermosura. Levántate, sígueme, que yo se-

ré tu guía...» Apresúreme en pos de María, como la golondrina ligera que, huyendo de la escarcha, busca bajo un cielo sereno su alimento y su calor... y volviéndome hacia María, le diré: «Alimenta mi alma con la verdad, y que en tu amor mi corazón halle el calor que la hará vivir.»

*Voz de María.*—Hija mía, tus sentimientos son muy hermosos, pero no pienses llegar en pocos días, sin penas y sin sacrificios, á la perfección cuya elevación y hermosura encantan tu alma. No basta decir, Señor, Señor! ante todo debes sostener grandes trabajos. Jesús te enseñará cuán necesario es sufrir por su nombre. No se adquiere la virtud con contemplar su brillo á lo lejos; es menester pasar por la prueba para llegar á ser digna hija de María. Piensa que sólo aquel que hace la voluntad del Padre celestial entrará en el reino de los cielos. Muere á tu voluntad. Armate de valor, implora el socorro del Altísimo, y entra con valor en el combate.

*Voz de la aspirante.*—¡Oh María! yo me arrojo en vuestros brazos maternos: no permitáis que la presunción me ciegue: enseñadme el camino que debo recorrer. Bien sé que

soy débil, que estoy muy lejos de ser una verdadera hija de Dios; que, á pesar mío, el amor á las criaturas vive en mí; la experiencia me hace ver que si en una ferviente oración mi alma se eleva hacia Dios, bien pronto después se abate hasta la tierra: la menor cosa la turba; siempre se ve perseguida de mil agitaciones é inquietudes. Pero con vuestro socorro, ¡oh María! y la gracia de Dios, que vos pediréis por mí, me atrevo á esperar el valor y la perseverancia. Por esto, Virgen santa, yo me consagro á vuestro amor; por esto yo invoco con ardor vuestro querido nombre. Que los ángeles sean testigos de mi ofrenda, que oigan mi feliz promesa. En su presencia, ¡oh Madre de Jesús! yo os elijo por la mía, por mi patrona y mi abogada. A vos ¡oh María! entrego el cuidado de mi felicidad. Tierna Madre mía, ¡puedo colocarlo en manos más seguras? Reanimad el ardor de mi fe, haced brillar á mis ojos la esperanza de una dichosa eternidad, que por vuestra intercesión mi caridad sea más tierna, más generosa y más constante. ¡Oh purísima Virgen! por vuestra inmaculada Concepción y vuestra augusta calidad de Madre de Dios, haced que

yo conserve una pureza angelical, que perseverare en el bien hasta el último instante de mi vida. María, sed siempre mi Madre y siempre seré vuestra hija.

**Sé constante.**

*Voz de María.*—Joven cristiana, ya eres hija de María. He oído tus votos; me has dicho: «sed siempre mi Madre y siempre seré vuestra hija.» y yo te he respondido: «Sé para siempre mi hija, que yo siempre seré tu Madre.» Hija mía, cuando tu corazón pronunció estas bellas palabras, los espíritus celestiales se regocijaron; todos en concierto entonaron el himno de acción de gracias; una armonía melodiosa se unió á tu lenguaje transformado; los cielos se inclinaban delante de mi trono, y el brillante coro de los espíritus celestiales repetía: «¡Que sea siempre hija de María!» Dime, querida hija, ¿piensas en guardarme tu fidelidad?

Tus sentimientos estaban unánimes con tus palabras; pero ¿no se dispararán ligeros como el humo que se pierde en los aires? ¡Oh hija querida! no sea tu inconstancia el



puñal que traspase mi corazón..... no hagás como otras muchas que, después de haberme jurado un eterno amor, no pudieron resistir al atractivo de un mundo seductor y le respondieron: «Héme aquí..... y en cuanto á ti, ¡oh María! yo abandono tus altares.»

*Voz de la hija de María.*—Siempre, Madre mía, yo seré vuestra hija. Vos seréis mi refugio, y vuestro seno mi asilo tutelar. Lo prometí, seré fiel. Los coros celestiales repetirán mis promesas, y con ellos yo las diré de nuevo. Cantad, habitantes de los cielos, cantad las alabanzas de vuestra Reina: pueda yo cantarlas con vosotros. ¡Qué bella es vuestra mansión! ¡Cuándo se levantará la aurora que me permitirá contemplarla con vosotros! Deseo admirar su esplendor, nadar en el torrente de sus delicias y embriagarme con sus dulzuras: para llegar á ella yo seguiré á mi Madre, ella me ha dicho: «Sígueme, yo te llevaré al cielo.»

*Voz de María.*—Muchas son las jóvenes que como tú me han hablado, y sin embargo, hija mía, cuando el mundo les dijo: «Sígueme, yo doy la felicidad,» cobardes é inconstantes renunciaron á mi amor, y desde

entonces ya no les agradó el perfume de mis altares, las asambleas de mis hijas les parecieron insípidas: y cuando por compasión quería derramar mis gracias sobre ellas, las encontraba frías, y lánguidas ellas cerraban sus corazones á mis bondades, y decían: «No volveremos más.» Huyeron lejos de mí..... Y cuando el aguijón del remordimiento vino á enseñarles cuán horroroso es abandonar la más tierna de las madres, las ingratas lo sofocaron.

*Voz de la hija de María.*—¡Oh Madre mía! ¿Qué os he hecho? Decidme, ¿por ventura no os amo? ¿Yo, Madre mía, huir de vuestros altares? ¡Oh! vuestra desconfianza me aflige sobremanera. Cesad, os lo ruego, cesad en estos crueles reproches, yo he prometido amaros y os amaré para siempre. Querida Madre, mis promesas son sagradas, mi garantía será mi tierna confianza hacia vos: pedid á vuestro divino Hijo por mí el dón de fortaleza, y entonces llena de alegría, yo exclamaré al entrar en las santas asambleas donde nuestra Madre mira con complacencia á todas sus hijas. Oh, vosotras, su pueblo, vosotras, las ovejas de su redil, en-

trad en los atrios de su santuario cantando himnos en alabanza suya.

*Voz de María.*—Querida hija, deseo que tu corazón se fortifique y alimente siempre estas santas resoluciones. No te turbes, mi ternura es la que me ha inspirado los temores que te acabo de expresar. Que la triste experiencia de las desgraciadas que me abandonaron, sea para ti un poderoso aliciente que te excite á la perseverancia.

*Voz de la hija de María.*—Postrada á vuestras sagradas plantas, ¡oh María! escucho vuestras prudentes lecciones. ¿Qué hizo, Madre mía, aquella que os abandonó? ¿Quién puso este funesto designio en su alma? ¿De dónde provino que su corazón, lleno de celo por vuestra gloria, de repente se halló frío y vacío de amor por vos? ¡Oh María! ¿cuál fué el origen de este deplorable cambio? Hablad, Madre mía, á fin de que instruida por vos yo sea constante en vuestro amor.

*Voz de María.*—Hija mía, la socia que tú conocías, aquella joven de corazón tan puro, de alma tan llena de amor por su Dios, tan tiernamente consagrada á mi servicio, que hacía el adorno de vuestras santas asam-

bleas y las delicias de los ángeles, de quienes imitaba la inocencia, ¿por qué su fervor se ha entibado y cómo se ha apagado la antorcha, sorprendida por una violenta ráfaga? ¡Ay! desde su cuna su piadosa madre la consagró á mi ternura. «¡Ojalá conserve siempre su tesoro de inocencia!» Este fué el voto que con suspiros y lágrimas expresaba con frecuencia sobre su cuna. Bajo los cuidados maternos, esta niña crecía en gracia y en virtud delante de Dios y delante de los hombres. Ella solicitó como una gracia inestimable el título de hija de María. ¡Con qué delicias yo la recibí en mis brazos! Las abundantes gracias concedidas á mi divina maternidad, bajo cuya sombra ella ocultó su tímida juventud, la protegieron largo tiempo. En sus efusiones de filial ternura, ella me decía con palabras ardientes, pero llenas de confianza, toda su dicha y la calma deliciosa que gustaba. ¡Oh cuántos pensamientos del cielo animaban esta tierna alma!

Pero llegó un día, día fatal, en que el ángel de tinieblas hizo que los mundanos sus secuaces criticasen la piedad en presencia de la pobre niña. Ella vaciló, se sonrojó.....

No tuvo la noble seguridad de una verdadera hija de María. Se olvidó de elevar al cielo una de aquellas miradas que aseguran la victoria. Desde entonces se vió expuesta á nuevos ataques; ocultó las dulces virtudes y su amable piedad, no por un motivo de modestia, que en otro tiempo habría realzado más su brillo, sino por una cobarde timidez, la vergüenza de hacer el bien. Tuvo que luchar para arrancar de su corazón los bellos sentimientos que antes reinaban en él. Combatió, pero sin valor.... Unos días más, y se rindió del todo. La joven no fué la de antes, ya no tuvo valor de manifestarse piadosa...

Querida hija, un espíritu de luz vela sobre cada mortal: el que la Providencia había dado por guía á esta infeliz niña, lleno de sentimiento bajó los ojos y dijo con amargura: ¡Ay!

*Voz de la hija de María.*—¡Oh mi santa Madre! ¡Cómo me aflige esta triste relación! ¡Preservadme de semejante desgracia!

*Voz de María.*—Entonces pensó en abandonar la santa sociedad de mis hijas; ella no me invocaba sino con tedio. No hablaba, pero sus acciones expresaban este funesto

lenguaje: «¡Oh María! Cuando yo pienso que he sido vuestra hija, que he vivido bajo vuestra suave ley, siento mi frente sonrojada..... yo abandono las alas de vuestra poderosa protección, me habéis prometido ser la bienhechora de mi tierna edad; mi sostén en todo el curso de mi vida; yo os devuelvo vuestra promesa; el mundo me ofrece mayores privilegios. Consiento en que la corriente de vuestras gracias cese de bajar á mi corazón..... Renuncio á la insignia que en el día de mi consagración brilló sobre mi pecho; la renuncio, y en adelante sólo me vestiré con las que la vanidad me ofrece.

Dos años se habían pasado, desde el día solemne en que ella me había dicho: *María, sé siempre mi Madre*, con la tierna unción que inspira la piedad alegre y ardiente de la juventud. Día en que sus compañeras, llenas de un gozo celestial, le habían dado el ósculo de paz con trasportes que sólo las almas puras pueden experimentar, porque sus pensamientos están en el cielo. *María, sé siempre mi Madre*, había repetido en las ternas efusiones de su ternura... Y después vino el momento de la inconstancia.

En vano presenté á la memoria de esta hija extraviada el recuerdo del día de su dicha con todos sus encantos, con sus deliciosos atractivos, con sus aromas celestiales. En vano á los seductores placeres, pero bien frágiles y engañosos de la vanidad, he opuesto la calma pura y duradera, los sólidos goces de la piedad: comprendió la diferencia y se estremeció... Miró al cielo echando un profundo suspiro, y con sentimientos de envidia pensó en sus jóvenes compañeras, vírgenes de corazones tan puros... La gracia se hacía sentir; un buen movimiento se hizo un día en su alma, vi el momento en que iba á volver á mi amor, pero ¡ay! el prestigio se ofreció más seductor que nunca, llevó hacia él sus miradas ansiosas, y se dijo: "yo no puedo resistir!" y se dejó llevar por la impetuosidad del torrente. Llena de una loca esperanza, agotó todas sus fuerzas en perseguir la esfigie efímera de la felicidad. Acercó sus labios á la copa, que le presentaba rosas y aromas deliciosos, y se dejó seducir por las falsas dulzuras; y sedienta de placeres, bebió la fatal bebida creyendo encontrar en ella la dicha. A los gustos deliciosos sucedieron las

primeras amarguras; la envidia devoraba la joven víctima con sus negros venenos, los tormentos de una esperanza siempre en decepción, los deseos crueles, y con la saciedad del desengaño, la sed inextinguible de nuevos placeres.

Ya no es aquella virgen cándida, con su dulce inocencia y su amable piedad, su entera sumisión, la predilecta y la favorecida de los espíritus de luz.

¡Oh querida hija! nada tan hermoso ni tan agradable á los ángeles como la joven adornada con el candor y la modestia; mas cuando despojada de estas preciosas cualidades, ella pone sus complacencias en los encantos de la frivolidad, se vuelve á sus ojos un objeto digno de compasión.

*Voz de la hija de María.*—¡Oh mi buena Madre, dignaos interceder por ella, os lo ruego cerca del trono de vuestro Hijo! ¡que por vuestra poderosa oración alcance el don del arrepentimiento! ¡que la paz habite de nuevo en su alma! ¡Y vos, Madre compasiva! perdonadle las faltas de que se ha hecho culpable hacia vuestro corazón tan lleno de amor. Yo también pediré por ella, ¡oh Madre

mía! si ella reconociera sus errores, ¿no os dignaríais recibirla, como me habéis recibido á mí que me había hecho tan culpable?

*Voz de María.*—Yo le diré: ¡Oh joven infortunada! ¡Oh hija culpable! pero siempre querida á pesar de tu ingratitud, ven, ¡oh! ven á mis brazos, yo te recibo con amor... Ven, y un beso maternal será la prenda de nuestra reconciliación.

*Voz de la hija de María.*—¡Oh bondad inefable! tierna Madre mía, ¿cómo dejar de amaros? ¿Cómo á vuestros encantos celestiales se puede preferir el ídolo de la vanidad? ¿Pero no debo temer yo también el caer en este abismo? sostenida por prudentes consejos, animada por la poderosa persuasión del buen ejemplo; y con todo tan débil, tan lánguida, ¿qué sería de mí, cuando, con esta misma debilidad me encontrare expuesta á los peligros del mundo?

*Voz de María.*—Hija mía, en cualquier lugar en que la Providencia guíe tus pasos, deseo me seas fiel. Cuando, abandonando el asilo protector de tu juventud te encuentres emboscada sobre lo más borrascoso del mundo, seré para ti el seguro piloto que te lle-

vará á través de todos los peligros. El nombre de María será el pabellón respetado por tus enemigos. Las olas intentarán sumergirte, la tempestad se hará oír al rededor tuyo, las tinieblas cubrirán tu cabeza, y tú no temerás ni las tinieblas, ni las olas, ni la tempestad, verás el barco del impío naufragar á tu lado, y tú mecida en el bajel de mi protección, bogarás en paz hacia el puerto que te abrirá la entrada de la bienaventurada eternidad. Querida hija mía, cuando la piadosa congregante se encuentra en el seno de su familia, ella no pierde nada de su fervor para el cumplimiento de sus deberes. Al contrario, mientras más peligro ve, más también ella alimenta su alma de piedad, de fe, de esperanza y de amor. Es entonces cuando se muestra verdadera hija de María. Su firmeza es igual á su dulzura: es la puerta de bronce contra la cual los golpes más violentos no pueden nada. Ella no aprecia sino su deber. Angel de paz, su palabra es la palabra de la paz; á su presencia toda discordia huye. La calma de su alma está pintada en todas sus facciones, y la superioridad de su virtud impone silencio al depravado lenguaje de la impiedad.

Consoladora de los afligidos, su compasiva caridad lleva la paz á los corazones agitados. Ella camina de virtud en virtud. Lleva sobre la tierra una vida angelical, pero sus deseos están en los cielos, porque sabe que la tierra no es sino el lugar de su triste destierro, y que sólo el cielo es su verdadera patria.

*Voz de la hija de María.*—A este retrato encantador quiero hacerme semejante; yo también diré: la tierra es mi destierro, el cielo es mi patria.

Valor, pues, hija de María, trabaja en conquistar de nuevo la herencia que perdiste por el pecado, y para lograrlo ama siempre á María, porque las que de ella se apartan perecerán. ¡Oh dulce María! yo renuevo á vuestros pies la promesa que hice de ser siempre vuestra, de llamarnos siempre mi Madre, y de ser siempre vuestra amiga. Yo estrecho vuestra imagen sobre mi corazón. Nunca la he de abandonar. Al contemplarla yo diré: «Es el tierno símbolo de mi adopción.» ¡Oh María! si una niña por su inocencia y sencillez os agrada, muchos más derechos tendrá á vuestro amor, cuando se os ofrezca como un

holocausto de agradable olor, cuando, reclamando los privilegios de vuestra ternura maternal, os dirá: María, vedme aquí como una víctima de amor; María, sed siempre mi Madre!

*Voz de María.*—Hija mía, cuando Jesús sobre la Cruz, me dió al discípulo amado, me dijo: «Mujer, he aquí tu Hijo,» él me encomendó la humanidad toda entera; y desde entonces, ardiendo por la salvación de las almas, podía decir con verdad: El celo de tu casa me ha devorado. Mas cuando en esta inmensa multitud, vi tiernos corazones, animados de un santo celo para la virtud, reunirse, cantar mis alabanzas, proclamar me en alta voz por su Madre, no reconocer otro título superior al de hija de María, sino el de hija de Dios, llena de alegría y encanto á la vista de estas santas asambleas, derramé con delicia las gracias de que mi divino Hijo me ha hecho la depositaria sobre esta porción querida de herederos y herederas del reino celestial. ¡Y cuántas virtudes no produjo esta abundante efusión de gracias! Su perfume se elevó hasta el cielo, y las potestades de esta mansión exclamaron con transportes: ¡Qué di-

chosos son los fieles amantes y siervos de María! A estas palabras, á los acentos melodiosos de las arpas de Sion, se unieron los nombres de un Francisco de Sales, de un Luis Gonzaga, de un Estanislao de Kostka, y de tantos otros santos y santas, que se hacían gloria de ser hijos de María! Estas almas bienaventuradas, en el momento de abandonar los depojos mortales que los detenía cautivos, se lanzaban á mis brazos, y yo, al presentarles delante del trono del Dios tres veces Santo, decía: «Ved, Señor, uno de mis hijos.» Admitidas á la inefable contemplación de la hermosura por esencia, recibidas en la arrebatadora compañía de los ángeles, consoladas de las penas de la vida, ellas comenzaron á cantar el cántico que eternamente cantarán delante del trono del Cordero, y cuya misteriosa dulzura no puede ser comprendida por los mortales. Ve, hija querida, como yo me porto con mis fieles hijos: mira si estás dispuesta á gozar de la misma felicidad.

*Voz de la hija de María.*—Si, María, y para lograr esta importante empresa, yo imploro vuestro poderoso socorro. Jesús me ha dado una Madre, una Madre que todas

las naciones proclaman bienaventurada; una Madre que me llevará al cielo. María, esta Madre sois vos. ¡Oh mi celestial protectora! llenad vuestra sublime misión, velad sobre vuestra hija, libradla de los embustes del espíritu de tinieblas. Estrella matutina, que vuestra brillante luz acompañe todas mis empresas. Elevo mis brazos hacia vos, no rechazéis la voz de mis súplicas: si tuviese la desgracia de extraviarme por los senderos de las tinieblas, llamadme de nuevo á la claridad celestial, y siete veces al día yo cantaré vuestras alabanzas.

*Ama á Jesús y á María.*

*Voz de la hija de María.*—Dignaos ¡oh Madre mía! enseñarme como debo amar á vuestro divino Hijo. ¡Oh mi celestial Maestra! vedme aquí, cual discípulo dócil, postrada al pie de vuestro trono, pidiendo que me deis lecciones del divino amor. Enseñadme, Madre mía, los caminos de la sabiduría. ¿A quién me dirigiré, sino á vos, vos cuyo corazón es el horno encendido de amor á Dios? Os sonreís de mi ignorancia..... Pero ved, Madre

mía, mi docilidad, espero amar á vuestro Hijo, y para ello sólo deseo vuestras lecciones. Hablándoos de El, me siento ya abrasada de su amor. ¡Oh dichoso instante! ¡Oh Madre mía! hacéd que siempre experimente estos sentimientos. ¡Qué vano y despreciable me parece el amor del mundo y de las criaturas! Explicadme, Madre mía, ¿cuáles son los afectos que en este momento siento en mí?

*Voz de María.*—¡Cuánto me agradan, hija mía, tus peticiones! Ven, pues, hágase según tu deseo; ven, entra en este dulce santuario. Contempla estas luces resplandecientes. ¿No se te deslumbran los ojos al ver aquellos torrentes de claridad? ¿Oyes qué dulce melodía? ¿No sientes aquel perfume de caridad que embriaga el alma? Todo esto, hija mía, es el amor divino. Pero si quieres vivir en este misterioso santuario, es menester que tu alma se desprenda de los afectos terrenos, y que valerosamente se eleve á la práctica de la más pura virtud; es preciso que rompas los lazos que la tienen atada á las vanidades del mundo. Si quieres probar toda la dulzura del amor de Jesús, amá á El sólo, y á todas las cosas en El y por El: mientras tanto permaneces en-

tregada á las cosas exteriores, permanecerás también en los atrios del santo Templo; pero en el momento que te desprendieres de todo para seguir á Jesús, los más misteriosos secretos de su santo amor te serán revelados, el velo se desgarrará, y podrás penetrar en el interior del augusto Santuario. Ven, te dirá el coro de los ardientes serafines, ven, alma querida de Dios, goza con nosotros de las dulzuras inesfables de su amor, en la espera del afortunado instante en que se te abrirán los tabernáculos eternos.

*Voz de la hija de María.*—¡Oh esperanza divina! ¡oh encantadora hermosura! ¡oh arrebatos del amor divino!... Pero ¡oh María! yo soy tan débil, soy un abismo de miserias: no hay en mí sino inconstancias y fragilidades!... ¿Cómo podré apartarme de todas las dulzuras del mundo? Estas dulzuras, es verdad, después que me han gustado, se vuelven amargas, y luego sigue el arrepentimiento, y el remordimiento más cruel aún... «No, nunca, jamás,» me decía á mí misma; un instante bien pronto se pasa, y aquellos falsos atractivos me encantan y seducen de nuevo. ¿No puedo, Madre mía, no puedo amar á Jesús sin hacer violen-



cia á mi corazón, sin arrancarme cruelmente á los demás objetos de mi amor? Todavía soy muy joven.....

*Voz de María.* — Jesús, hija mía, es un Dios celoso. Piensa en sus infinitas perfecciones; piensa en su divinidad: es un Dios que te ofrece su amistad... ¿Ser la hija y la amiga de un Dios! ¿Qué, este pensamiento, hija mía, no impresiona tu alma y no renueva todas sus potencias y sentimientos? ¿Qué suerte más afortunada puede esperar un débil mortal? Con gusto, cuando yo estaba sobre la tierra, hubiera dado mi vida para merecer el título de su fiel sierva, y el de hija, de amiga.....  
 ¡Oh hija mía! ¿qué corazón tan duro tienes, si no se conmueve á estas tiernas interpelaciones! Querida hija mía, te dice Jesús, dame tu corazón. ¿Y sólo una parte le darías, y con pena? El quiere un corazón sencillo y sin artificios, y tú ¿usarías de supercherías para robarle tus más vivos afectos, y consagrarlos á objetos indignos? Hija mía, esta ofrenda repugnaría al amor de Jesús. ¿Tú eres joven? ¿Y sabes á qué edad dejé yo á mis padres? ¿sabes á qué edad me refugí á la sombra del templo para darme toda entera á Aquel cuyas

perfecciones me parecían dignas de mi homenaje? ¿Tú eres joven? ¿Pero Jesús, no merece las primicias de tu existencia, El que por ti sacrificó su vida? ¡Oh querida hija mía! ¿cuando por el poder y la bondad de tu Dios tu corazón ha palpitado durante diez y seis años, tendrías valor para decir que aun á esa edad no es su obra? ¡Oh! ¿cuánto tiempo hace que Él te ama! Aun no había creado la tierra ni los ríos, ni afirmado el mundo sobre sus polos, y Él pensaba en ti. Antes que hubiese extendido el aire sobre la tierra, antes que hubiese equilibrado las aguas de las fuentes y encerrado al mar en sus límites, Él te había destinado un lugar en su corazón, Él había determinado el misterio de tu redención; ya sus delicias eran pensar en ti. El ha dicho: mis delicias son habitar con los hijos de los hombres. ¿Y seréis demasiado joven para amarlo! ¡Oh hija mía! reflexiona con frecuencia con qué paternal y á la vez toda divina solícitud, desde antes de la sucesión de los siglos, Él se ocupaba de ti y de tu felicidad.

*Voz de la hija de María.* — Oh, Madre mía, mi corazón se ensancha al oír vuestras

sabías lecciones. Hablad, hablad, pues, que vuestra sierva escucha: presto mi oído para oír las palabras de vida que salen de vuestra boca, ellas disipan las tinieblas de mi inteligencia, y elevan mi alma hacia la eterna hermosura. Continúad, Virgen mil veces amable, Madre querida y venerada, continuad las adorables perfecciones de vuestro querido y divino Hijo.

*Voz de María.* — ¿No amarás, hija mía, al más hermoso de los hijos de los hombres? Si cuando niño lo hubieras visto, trabajando en el taller de su padre adoptivo, si hubieras contemplado aquel porte todo divino que se manifestaba en cada uno de sus movimientos, en sus facciones, y en cada una de sus miradas, y su sonrisa celestial que parecía decir: Yo trabajo por ti, ¡ah! ¡Cómo lo hubieras amado! Si lo hubieses visto en el templo instruyendo á los más sabios doctores, á los príncipes de los sacerdotes, al escuchar los oráculos que salían de su sagrada boca, llena de admiración, te hubieras arrojado á sus pies diciéndole: En Vos están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, y le hubieras amado y adorado. Si lo hubieses

visto sobre la Cruz expirando en los más horribles tormentos para devolvete la herencia celestial que tus pecados te habían hecho perder, y echando sobre ti una tierna mirada, una mirada que decía: Hija mía, yo muero por ti; á vista de este doloroso espectáculo, tu corazón se hubiera partido de dolor é inflamado de amor. Ya no hubieras pensado más en las criaturas, cuando tu amor por ellas era la causa de los sufrimientos de Jesús. No lo has visto, pero la fe te lo enseña; hija mía ¿en dónde está tu fe?.....

¡Oh amable Jesús! ¡Oh Rey de gloria!  
¡Oh Príncipe de la Jerusalem celestial! ¡Oh Tú, Hijo muy amado, al nombre del cual las potencias de los cielos, de la tierra y de los infiernos, doblan las rodillas, ofreces á esta niña la copa deliciosa de tu amor; y las suavidades del cielo que la llenan no tienen bastantes atractivos para esta alma terrestre y sensual.... Escucha la oración de tu Madre, abre los ojos á esta alma ciega, reanima el ardor de su fe, haz brillar á su frente la antorcha de la divina esperanza: que la corriente abundante de tus gracias la fortifique contra sus propios terrores!

*Voz de la hija de María.*—¡Oh Madre mil veces muy dichosa! Los poderosos de la tierra brindarán al favor de vuestras miradas, las hijas de los reyes participarán de vuestra gloria. Yo también seré del número de las vírgenes que caminan en pos de vuestras huellas. Leed en mi corazón cuanta gratitud me inspira vuestro amor maternal. Habéis sido oída, Madre querida, me rindo, la gracia está derramada sobre vuestros labios, pues el Señor os ha bendecido por toda la eternidad. Si, yo cobraré valor, y seré generosa para amar á vuestro Hijo: yo le consagraré todo mi amor sin división y sin reserva. Oigo su voz que me dice: Hija mía, dame tus afectos.

Vedlos aquí, ¡oh Jesús! ved mi corazón; penetradle, Señor, y haced de él el lugar de vuestro reposo. Yo os lo doy, es vuestro bien; y Vos, Jesús, sed mi único tesoro. Escuchad mi oración, porque soy vuestra hija, y la hija de vuestra sierva.

¡Oh Madre mía! decidme, ¿será mi ofrenda agradable al Señor? ¿Dios querrá recibir las afecciones de un corazón, que por tan largo tiempo fueron consagradas á objetos indignos? ¡Ay de mí! no, él rehusará mi sacrifi-

cio.... ya no soy digna de pertenecer á mi Dios, porque he pecado delante del cielo y contra Él... ¡Oh Madre mía! el dolor me oprime: víctima del pecado, no puedo ser víctima del amor divino.

*Voz de María.*—Ten confianza, hija y amiga mía, calma los trasportes de tu dolor. El Señor es bueno, Él es rico en misericordias, y mil veces dichosos son aquellos que en Él han puesto toda sus esperanzas! ¿No te había ya perdonado? Cuando tú andabas errante como una oveja perdida, Él, buen Pastor, te ha buscado y llevado con ternura al redil. Las olas de su sangre adorable han lavado las manchas de tu túnica de inocencia, y se ha vuelto blanca como al salir de las fuentes del bautismo. No temas, tu ofrenda es aceptada, deja resonar los trasportes de tu alegría, he ahí el día que el Señor ha hecho: que sea el día de regocijo y de los cánticos.

*Voz de la hija de María.*—Y yo diré: Cantemos al Señor un cántico nuevo; que sus alabanzas resuenen en la asamblea de los santos.

¡Oh Madre mía! ser la amante de mi Dios, qué sublime prerrogativa! ¿Se dignará conservármela?

*Voz de María.*—El te dice que aun cuando una madre olvidara á su hijo, yo jamás te olvidaré.

*Voz de la hija de María.*—Habéis calmado mis temores, ¡oh Madre llena de elocuencia! Ya lo he dicho, mi corazón será consagrado al solo objeto digno de él. Me pondré al nivel de mi destino. Hija de Dios, ¿y me anonadaré por afectos terrenos? Hija del cielo, ¿buscaré mi herencia en el fango del mundo? Amiga de la Reina de los ángeles, ¿me volveré por la bajeza de mis sentimientos, semejante á las hijas de Belial? No, para siempre no. ¡Gloria á Dios! alabanza, amor, respeto á mi augusta Madre!

**Sé fiel imitadora.**

*Voz de María.*—Hija querida, escucha, voy á enseñarte el medio de ser constante en el amor de Jesús.

*Voz de la hija de María.*—Madre muy amada, ¿no me habéis dicho todo al decirme los derechos que vuestro Hijo tiene sobre mi

corazón? Yo experimento su amor, porque no me desviaré del camino que vos me habéis señalado. Vos me sostendréis, ¡oh Madre mía! cuando mi debilidad me haga vacilar. Cuando yo caminaré en medio de las sombras de la noche, elevaré hacia vos mi mano trémula, y vos me guiaréis por el camino seguro. El grito de mi sobresalto os conmoverá. Cuando las fatigas del camino me agobien con su peso, yo descansaré suavemente sobre vuestro seno. Tierna Madre mía, vos diréis á las aguas de la tribulación: «Alejaos» y ellas no se acercarán á mí; diréis á los consuelos celestiales: «Venid,» y vos los derramaréis en mi corazón. Yo os bendeciré y gustaré en paz las delicias que vuestro amor maternal me ofrecerá. Seré constante, pues seré dichosa.

*Voz de María.*—Y si no estuvierdes según tus deseos; si las angustias, con su amargura, inundaran tu alma; si los hombres, en su furor, se levantasen contra ti; si no encontrases ni apoyo ni consuelo en las penas crueles é indefinibles; si no hallases ninguna mano generosa para curar tus heridas; si, en una palabra, el sufrimiento fuese tu herencia, ¿cesarías de amar? ¿Si, en vez de acercar tus labios

á la copa de lirios y de rosas que pides, mi Hijo te ofreciera la copa amarga que él bebió, cesarías de amarlo?

*Voz de la hija de María.*— ¡Oh Madre mía! yo os diría: Apartadla de mí.

*Voz de María.*— Y Jesús que la bebió hasta las heces, ¿por qué, hija mía, no la rechazó? Porque te ama.

«*¡Oh Padre mío, decía él, si es posible, párate de mí este cáliz!*» Y el Eterno Padre no escuchó el grito de dolor que dió la humanidad santa de su hijo; este grito abrió la bóveda celestial, el Padre echó una mirada sobre Aquel que se había cargado de la iniquidad de todos y permaneció inflexible. Entonces mi Hijo exclamó: «*Que vuestra voluntad se cumpla y no la mía.*» ¡Y sería esta perfecta resignación sin fruto para tí! ¡y serías cobarde en tu amor! Contempla, hija mía, ¡ah! contempla con frecuencia el modelo que se te ofrece sobre la montaña. Mira su amor, y entérate al agradecimiento, pero particularmente á su imitación. Hija mía, ¿piensas que yo aparté mis ojos del sacrificio sangriento? ¿Crees que mis pasos se dirigieron lejos del camino doloroso que recibió las señales

de los pasos de Jesús? No, hija mía: cuando este Hijo adorable, víctima inocente del pecado, fué expuesto sobre el Gólgota á vista de los pueblos y de las naciones, yo estaba al pie de la Cruz; y bebí también del amargo cáliz. Los sufrimientos de Jesús hacían correr sangre de mi corazón maternal, y sin embargo, yo estaba resignada; cada palabra de Jesús traspasaba mi alma con la espada de dolor que me había sido predicha, y no obstante, yo me sometía con amor á la voluntad del Padre celestial. Y tú, corazón cobarde, amante infiel, harías traición á tu Salvador, hollarías bajo tus pies su amor y tus promesas! en el día de los dolores dirías: «Yo no conozco este hombre!» ¡Y bien! amiga mía, ¿á qué has venido? ¿Cómo! ¿quieres entregar á Jesús á sus enemigos después de haber recibido de Él el ósculo de paz?...

*Voz de la hija de María.*— Jamás, Santa Madre mía, jamás. Perdonadme, yo no conocía, pues el verdadero amor... ¡Es preciso sufrir!... ¡Oh Madre mía! al oír estas palabras siento todo mi ser estremecerse de horror... ¡Oh fatal necesidad! una vida toda entera de sufrimientos... y tal vez muy larga... días de

lágrimas, años de angustias... ¡Oh Madre compasiva! libradme de esta vida. ¡Pero qué digol esto sería ofenderos, más bien, Madre mía, de lo alto del cielo tendedme una mano favorable, y bien pronto mi alma desfallecida tomará una nueva vida, y yo diré: Sí, debo amar y sufrir. Enjugad vuestras lágrimas, Madre desolada, no quiero más affigir á vuestro Hijo, quiero amar como vos con valor y recritud. Yo sembraré en las lágrimas.

*Voz de María.*—Y cosecharás en la alegría.

*Voz de la hija de María.*—Iré llorando esparciendo semillas.

*Voz de María.*—Y volverás alegre, llevando gavillas en tus manos.

*Voz de la hija de María.*—¡Oh Madre mía! ¡cuánto vuestra celestial bondad me anima! ¡Hablad! ¡qué queréis que haga? estoy pronta para todo.

*Voz de María.*—Imita á mi Hijo, ¡oh hija mía! imita á mi Hijo, é imítame á mí misma; no sólo debes sufrir con resignación, sino que también debes adornar tu alma por la práctica de las más sublimes virtudes. Querida hija mía, amontona tesoros para el cielo,

y serás agradable á Dios en la tierra de los vivos.

*Voz de la hija de María.*—¡Yo, Madre mía, llamada á tan sublime virtud? ¡Mi sexo y mi edad no son títulos de exclusión para tan alta vocación? ¡Qué puedo hacer por Dios? La línea de los deberes que me está trazada es común, el sendero que recorro está traseado por la multitud; en él no encuentro el origen práctico de estas bellas y grandes virtudes cuyo perfume llena la tierra y sube al cielo. ¡Cómo, yo, tímida joven, emprenderé aquellas acciones que brillan como esos magníficos luminare que el dedo del Dios poderoso tiene atados á la bóveda celestial?

*Voz de María.*—Tales no son, hija mía, las virtudes que deben formar tu corona. Cuando yo estaba en el templo, tierna Virgen desconocida, ocupándome en modestos cuidados, yo vivía por Dios solo, el mundo me ignoraba. Sin embargo, á mí se dirigió el Angel, y me dijo: «No temas, María, has hallado gracia en presencia del Señor.» Hija mía, puesto que las virtudes ocultas agradan al Señor, que tu corazón las ambicione, por ellas hallarás gracia delante de Dios. Son

aquellas que, sin brillo á los ojos del mundo, arden con un fuego más vivo ante el trono del Eterno; aquellas que, olvidadas, rechazadas de los hombres, se concentran en el corazón; y ahí desaparecen delante de sus propios pensamientos; aquellas que, desprendidas de toda mezcla de vanidad ó de amor propio, son semejantes al oro probado por el fuego; aquellas que, felizmente ocultas al mundo y á sí mismas, no salen de la oscuridad, sino para el servicio de Dios ó el amor del prójimo. Hija mía, cuando yo vivía oculta en mi casa de Nazareth, mis acciones, en el exterior, no estaban más realzadas que las tuyas; eran humildes, sencillas, pero eran obras de amor. Los deberes no tienen nada de aparente, nada de espléndido, ni nada de lo que atrae la admiración y provoca las alabanzas; pero si la divina caridad les presta su brillo, es el sol que nunca se apagará. Que tus obras, mi querida hija, sean obras de amor, y ellas se volverán deslumbrantes como los astros del cielo. ¿Quién puede prohibirte una fervorosa oración? ¿Quién puede impedirte repetir con los querubines y los serafines: «Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los ejércitos?»

*Voz de la hija de María*—Y yo diré: Señor, celebraré vuestras grandezas en presencia de los ángeles, y os adoraré en vuestro santo templo.

*Voz de María*.—Escucha, hija mía: cuando prosternada delante de Dios, derramas tu corazón en su presencia, al momento El inclina el oído para escuchar tu oración. A la voz de sus ministros, sin abandonar las alturas de los cielos, desciende sobre los santos altares; tú le dices: «Venid, Señor Jesús, venid,» y cubierto con los velos eucarísticos, El desciende á tu seno. Estás libre para conversar con El, tu corazón palpita sobre el suyo. Entonces, hija mía, ¿qué podrías hallar en el cielo y sobre la tierra, que fuese preferible á este sublime ejercicio? Ofreces á Jesús al Eterno Padre, y los ángeles envidian tu dicha, y llenos de respeto, te rodean y adoran á su Dios sobre el altar de tu corazón. Ora, hija mía: que la oración sea tu más querida ocupación. En ella sentirás nacer en tu alma el deseo de estas bellas virtudes, adorno de tu sexo y de tu edad; en ella comprenderás qué grande es trabajar en adquirir la humildad, la dulzura, la modestia; ella te ha-

rá amar la soledad y el trabajo, y recogerás los frutos de la paciencia y de la resignación, estudiarás los caminos de tu Madre, y marcharás sobre las huellas de Aquel que ha amado tanto; y por la imitación de sus virtudes, llegarás á la eterna alegría.

*Voz de la hija de María.*—¡Oh Madre mía! la ley del Señor es justa, ella llena el corazón de júbilo, su dulzura sobrepuja á la miel más pura; vuestra sierva la observará con esmero. Pero vos; ¡oh Madre mía! ¿continuaréis á instruirme en su práctica?

*Voz de María.*—Ya te lo he dicho, hija mía, no en vano me has elegido por tu Madre. Siempre que seas dócil á mis lecciones, mi voz te hablará; sin cesar ella te dirá: Hija mía, procura copiar fielmente el modelo que te fué mostrado sobre la montaña. Todo el tiempo que con generosidad llevaras el yugo que el amor divino te imponga, no tendrás que temer: él te cubrirá con su sombra, y bajo sus alas encontrarás la esperanza. Que mi voz, querida hija, sea siempre oída de ti.

*Voz de la hija de María.*—Seré atenta á vuestra voz, Madre: yo quiero imitar á Jesús, quiero ser una copia viva de mi Madre.

Lejos de mí la cobardía y la inconstancia. ¿Es así, diré estudiando la vida de un santo modelo, es así como María amaba? ¿Cumpliendo con mis deberes sólo cuando están acordes con mis inclinaciones, imitaré á María? La tímida naturaleza me dice tremula: «Descansa,» y la gracia: «Marcha con ardor,» ¡Oh confusión! con demasiada frecuencia escucho á la primera. ¡Ay! Madre mía, eso no es imitaros. De hoy en adelante haré el generoso sacrificio de mi indolencia.....pero ¿me atreveré á prometerlo? Tantas veces he dicho ya: «Me levantaré ¡oh Dios mío! y ved que yo marcharé guiada por vuestra luz,» y esta divina luz nunca la seguí. Silencio, débil naturaleza, silencio, no quiero escuchar tu lenguaje seductor; apoyada sobre la gracia de mi Dios, sostenida por mi Auxiliadora celestial, desconfiando de mí misma, del mundo seductor y de Satanás, contemplando sin cesar los dos modelos que están presentados á mi imitación, yo marcharé en presencia del Altísimo, haciendo obras que El coronará en la eternidad, porque El lo ha dicho, El es misericordia, justicia y verdad.



*Me humilde.*

*Voz de la hija de María.*—Mi buena Madre, para agradar á Jesús, quiero aprender hoy la práctica de una de las virtudes más queridas á su corazón. Os escucharé, Madre mía, con un profundo respeto, vedme dispuesta á correr con ardor por la vía de los mandamientos de mi Dios.

*Voz de María.*—Hija mía, Jesús te dice: Aprende de mí que soy manso y humilde de corazón. La humildad, he aquí la primera virtud que yo deseo ver cultivar en el jardín espiritual de tu alma, la humildad, dulce amiga de Jesús; su compañera inseparable desde el pesebre hasta la Cruz; la humildad, virtud querida de los santos, y que sobre sus alas, los ha llevado á la gloria; la humildad, virtud cristiana, que en sus anonadamientos, se eleva más alto que todo el resplandor de la gloria humana; la humildad, que yo propongo á las hijas de los reyes que quieren marchar en pos de mí, como también á las más pobres de las hijas del pueblo. A ti también, hija querida de mi corazón, te la propongo; Jesús te dió de ella el precepto y el ejemplo,

tu Madre ha seguido las huellas de su Hijo; y al fin de su viaje sobre esta tierra, ella se vió llevar sobre un trono que domina las virtudes de los cielos, porque el Todopoderoso hizo grandes cosas en ella. Al presente ella te convida, te anima á seguirla; con una mano te muestra la recompensa celestial, y con la otra la huella de sus pasos; hija querida de mi amor, ¿no quieres seguirla?

*Voz de la hija de María.*—¡Qué difícil, oh mi santa Madre, es adquirir esta bella virtud! Escuchad, ¡oh divina María! escuchad, y después yo arrojaré en vuestro seno maternal todas mis miserias. Mis penas son menos punzantes, cuando os las he referido; mi confianza en vuestra bondad es para mí un lenitivo. Entrad conmigo, Madre mía, entrad en el fondo de mi corazón; ved, María, aquellos sentimientos de vanidad que dominan todos los demás sentimientos, aquel orgulloso contento de mí misma que echa á perder todas nuestras buenas obras; ved qué multitud de pensamientos mundanos, el desdén y la arrogancia hacia los demás, los celos despreciables excitados á la vista de un mérito superior, y la negra envidia que lleva á denigrarlo: ved qué

ciego amor de mí misma, qué ansioso deseo de adulaciones y de alabanzas; el orgullo y la altanería reproduciéndose bajo mil formas diversas, y manchando los repliegues de este miserable corazón! Ved, Madre mía, y decidme si jamás puedo esperar ser humilde. ¡Oh María! tened compasión de mi pobre corazón; el conocimiento de su nada no ha podido desterrar de él su orgullo, y sus sufrimientos no se pueden expresar... Consentid en acercarlo al vuestro, imprimid con fuerza sobre él el sello de la santa humildad, porque él por sí mismo no puede nada de saludable. Sus defectos le choquen, y sólo por orgullo emprendería su enmienda, él se agota en vanos esfuerzos para elevarse soberbiamente sobre las miserias humanas, y sin cesar vuelve á caer en el abismo..... ¡Oh Madre mía! haced oír vuestra voz; mandad, y bien pronto la roca se abrirá, y saldrán de ella torrentes de aguas vivas..... aguas de pesar, lágrimas de arrepentimiento, y contra ellas se estrellarán para siempre el orgullo y los vanos pensamientos. ¡Pero qué esperanzas puedo yo concebir!..... ¡Ay! sobre qué mérito pueden fundarse?

¡Oh santa Madre mía! comprendo que la humildad encomiada por la voz de Jesús no será nunca mi herencia; me serían menester gracias muy especiales! Oh, ¿qué frutos han producido las que yo he recibido? Madre mía, mi corazón os pide una palabra de consuelo.

*Voz de María.*—Hija mía, escucha aun con más atención: «Bienaventurados, dice el Señor, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» Un corazón humilde arrebata el cielo, y sus tabernáculos se cierran delante del soberbio.

*Voz de la hija de María.*—¡Oh Madre mía! me atemorizáis, y apagáis cruelmente el rayo luminoso de esperanza que vos misma habíais encendido en mi corazón.

*Voz de María.*—No, querida hija. Yo te lo digo. Es imposible que por ti sola puedas adquirir la humildad. ¿Pero por qué no fiarte sobre la gracia de lo alto? ¿Necesitas gracias especiales? Pideselas á Jesús, y Él te abrirá sus tesoros. Si el orgullo vive en tu corazón, que esta íntima convicción te sirva para hacerte más humilde. Ves en él defectos que te repugnan, y por lo tanto no los ves sino de una manera limitada, imperfecta: querida hi-

ja, ¿qué serán ellos delante del ojo que todo lo penetra? Oh! bórralos de tu corazón, á fin de que se haga agradable á los ojos de Jesús, al Corazón humilde de Jesús. Hija mía, Jesús, durante su vida mortal podía decir: Yo soy la verdad, la santidad, y todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra; sin embargo, Jesús era humilde. Considéralo, hija mía, ceñido de un lienzo y prosternado á los pies de sus discípulos, cumpliendo para con ellos el más humilde oficio, ¡El que era Dios! Y tú?...

*Voz de la hija de María.*—Yo, Madre mía, yo soy una orgullosa... pero mi orgullo hace mi suplicio. ¡Oh misericordiosa María! rogad á Jesús por mí, concededme la gracia de corregirme.

*Voz de María.*—Esta obra te es reservada, hija mía, Jesús te prestará su socorro, y para ello quiere que lo implores. Que los trabajos que tendrás que emprender no te desalienten, sé valerosa: el reino de los cielos padece violencia. Querida hija, es tu Madre quien te dirige esta súplica, ella te ruega que trabajes con ardor en la obra que debe asegurar tu dicha eterna. Obra de amor puro, el

de Jesús te inspira; obra de gracia, por ella tú cumplirás. En vano trabajarías en hacer florecer en tu corazón la bella planta de la humildad, si la ola saludable de la gracia no la regase. Acude á Jesús, llama á la puerta de su Corazón: en él están ocultos tesoros de un valor inestimable, Él te abrirá, Él te introducirá en el misterioso tabernáculo y te enriquecerá de sus bendiciones. Eres indigente; ¿qué motivo para alejarte de Aquel que dispone de las riquezas del cielo y de la tierra! Él ha colmado de bienes á los que estaban hambrientos, y ha enviado con las manos vacías á los que eran ricos.

Él te dice: «Ven.» Acude, hija mía, y recibe con reconocimiento los dones que este buen Salvador te prodiga en su magnificencia. Sé prudente, no derrames sobre el camino el aceite de tu lámpara, porque serías sorprendida por las tinieblas. No te dejes abatir por las dificultades: Jesús prepara tu corona en la mansión de la gloria, pero tus virtudes son las que la deben embellecer. Él recibe en su tesoro cada acto de humildad que formas, haciendo sobre ti misma un generoso esfuerzo. Animo, pues, querida hija, tus trabajos pron-

to cesarán, pero tu recompensa será eterna, porque nada perece en la mansión de los santos. Que el soplo de la inconstancia no te haga vacilar; huye con horror del triste sendero del desaliento, y repite: «Yo todo puedo en Aquel que me conforta.»

*Voz de la hija de María.*—Y llena de esperanza añadiré: Yo elevo los ojos hacia Vos, ¡oh Dios mío! que habitáis en los cielos. Creed en mí un corazón nuevo, adornadle con la inocencia y la humildad, libradme del orgullo y de los vanos pensamientos, yo os alabaré y bendeciré vuestro santo nombre en la eternidad. ¡Oh María! vuestra divina maternidad, al elevaros sobre todas las criaturas, al colocar vuestro trono sobre el de los ángeles, ha excitado en vuestra alma la más profunda humildad, y ella puso en vuestra boca estas sublimes palabras: «porque el Señor ha mirado la bajeza de su sierva, he aquí que todas las generaciones me llamaron bienaventurada.» ¡Oh dulce, oh piadosa María! ¿qué hará vuestra hija para atraer sobre ella las miradas del Señor?

*Voz de María.*—Que sea humilde como su Madre.

*Voz de la hija de María.*—Y ella dirá: Madre querida, no temáis amonestarla de sus faltas, está ardiente del deseo de enmendarse. Su corazón estará entre vuestras manos como la blanda cera; recibirá todas las impresiones que vuestra maternal solicitud le dará. Decidme, María, ¿qué haré para agradar á la humilde Virgen que dió un Salvador á la tierra?

*Voz de María.*—Querida hija, no afligirme por sentimientos que ofenden á mi Hijo cuando se te dirigen palabras que te mortifican....

*Voz de la hija de María.*—¡Oh Madre mía! aquellas palabras me hieren más sensiblemente que el golpe de un hierro agudo. Cuando se me vitupera, cuando me acusan injustamente, cuando se me suponen intenciones que jamás formó mi corazón, entonces negras nubes, entonces la amargura del corazón, el resentimiento y el despecho, entonces mi alma se vuelve semejante á un mar tempestuoso....

*Voz de María.*—Y entonces, querida hija, lejos de dejarte arrebatado por la exaltación del despecho, lejos de escuchar la voz del orgullo que clama venganza, lejos de lisonjear en tu corazón los movimientos de un sober-

bio resentimiento, ó de dejar deslizar sobre tus labios una sonrisa irónica, deberías invocar á Jesús y clamar hacia el Señor, salvadme, porque perezco.... El extendería su mano sobre aquel mar atormentado, y la calma se haría sentir bien pronto. ¡Oh mi querida hija! cuando el día de la prueba se levanta para ti, lejos de perder el fruto de tus santas obras, recibe con gratitud las saludables humillaciones; y piensa que mil veces en tu vida las has merecido: al recordar que ellas son otros tantos medios para expiar una multitud de ofensas, que han afeado la hermosura de tu alma á los ojos de Jesús, deberías decirle del fondo de tu corazón lleno de angustias, es bueno, Señor, que me humilléis.

*Voz de la hija de María.*—Santa Maestra mía, yo seré dócil á vuestras lecciones, á pesar de las dificultades, y á pesar de los obstáculos que mis pasiones opondrán. ¿Pero qué hará vuestra hija, ¡oh mi buena Madre! cuando las alabanzas deslizarán su veneno adulator en su alma?

*Voz de María.*—Que oponga á sus emblesadoras dulzuras los anonadamientos de la santa humildad. Pero estas alabanzas, hija mía,

tú misma las buscas: escucha, yo también en este momento quiero entrar en lo más íntimo de tu corazón..... Ven, no apartes tus miradas, te será ventajoso conocerlo. Dime, querida hija, ¿por qué aquel ansioso deseo de elogio y de estimación? ¿Por qué aquella incesante contemplación de tu mérito? ¿Qué incomprendible ceguedad te representa virtudes que no posees? ¿Persigues sombras fugitivas que miras como realidades, quieres quitar la gloria á tu Dios para hacerla tuya, y no te avergüenzas de este indigno robo? ¿Pero qué es lo que veo aun más vil? ¡Qué una hipócrita humildad te hace rechazar vanas alabanzas con el fin de atraértelas con más seguridad! ¡Bebes con ansiedad el agua corrompida de aquellas cisternas cenagosas, y abandonas el manantial de agua viva, cuya onda pura te haría el retrato fiel de tus miserias! ¡Pobre corazón! has dedicado un altar con el incienso sacrilego. Cesa, cesa al instante, ¡jo ven seducida! si no el soplo de la cólera de Dios derribará el altar y el sacrificio...!

*Voz de la hija de María.*—Cúmplase vuestro deseo, ¡oh compasiva Madre! ¡cúmplase! También dignaos, yo os lo ruego, apli-

car un bálsamo sobre las llagas que habéis descubierto. No pretendo disculparme; en presencia de tantas miserias, bajo esta frente altanera que con demasiada frecuencia se atreve á elevarse con orgullo... ¡Lejos de mí estos pensamientos soberbios que la nada no temía formar! ¡Perdón, oh Madre mía! perdón..... y que vuestra misericordiosa severidad impida el retorno de mis debilidades!

*Voz de María.*—Hija mía, cuando encuentres en ti algo de bueno eleva tu corazón, consiento en ello, pero que sea hacia Jesús. Dale gracias, prométele no emplear más que para su servicio los beneficios que su amor te prodigó. Sábetelo que de ti misma nada posees. Aun no eras, y tu Padre celestial te formó á su imagen; él adornó esta imagen con los dones de naturaleza y gracia; tu alma estaba lánguida cerca de morir, el abismo se abrió delante de ella...tú le clamabas: "Perdón!" Y este clamor movió su corazón, su gracia santificante vino á infundir á tu alma moribunda, una nueva vida; si algunas tímidas virtudes comenzaron á germinar en la tierra de tu corazón, su palabra fué la semilla, y su gracia las regó. El orgullo con sus horribles

espinas iba á ahogarlas, y he aquí que su paternal vigilancia te preservó de esta desgracia por órgano de tu Madre. Si gracias corporales te han tocado por herencia, que ellas no te envanezcan. Si tienes talento, que no sirva sino para humillarte: se pedirá mucho á aquel que haya recibido mucho. ¡Oh querida hija! la belleza es pasajera, la ciencia engañadora, la prudencia sola lleva á la dicha, y la humildad es su asidua compañera. El incienso arde delante de ti.....;pero no ves que su humo ondeante se eleva hacia el cielo? Así, hija querida, cuando te den alabanzas, ofrécelas bien pronto á Jesús. Esta ofrenda le será agradable!

*Voz de la hija de María.*—Mi buena Madre, yo conservaré vuestras palabras en mi corazón, haré callar mis pasiones y en silencio meditaré vuestras palabras y lecciones. Me lo habéis dicho, por mí misma nada soy: la nada soy yo. Si me creo alguna cosa más, me elevaré contra mí, y mis iniquidades serán un testimonio verdadero, que no puedo contradecir. Si me glorifico en el Señor, seré glorificada en la eternidad; y si participo de las humillaciones de Jesús, tendré parte en su

corona. Haced que así se cumpla, Madre mía.

*Se obediente.*

*Voz de María.*—Hija mía, Jesucristo se hizo obediente hasta la muerte de la Cruz. ¡Oh sublime obediencia! Jesucristo era Dios. Su poderosa voluntad sacó al mundo de la nada; su voluntad creadora dió el sér á estos millares de ángeles que se apresuran á celebrar su gloria con sus himnos; su voluntad benévola dió el sér al hombre, á quien dió la inteligencia, la sabiduría y el amor, formándole á su imagen. El es, cuya voluntad suprema quiso que la voluntad del hombre existiera, que lo solicitó tiernamente, que le rogó como amigo y como Padre que la conformase con la suya, ofreciéndole como premio de su sacrificio en el presente, una paz inefable, y para el porvenir eternas recompensas. El ve la naturaleza vacilante al borde del abismo sin fondo, cavado por el orgullo y la rebelión; y lleno de una inmensa compasión consiente en descender del seno de su gloria; la voluntad del Padre se ha manifestado á El, y como no hace sino una sola voluntad con

el Padre, héle aquí que se anonada... Oculta su divinidad, se hace semejante al hombre, al hombre que, sin la gracia del Altísimo, no tiene por herencia más que la debilidad, la miseria; al hombre que osó oponer su razón rodeada del tinieblas á la suprema razón del Creador. El hombre ha dicho: No obedeceré; y el Cristo: Iré y obedeceré. Y El se hizo semejante al hombre. Tomó un cuerpo sensible y mortal y El pasó por grandes sufrimientos. Un Dios haciéndose hombre por obediencia, un Dios sufriendo por obediencia, derramando á grandes olas y á la faz del universo, esta misma sangre que la obediencia hizo correr en sus venas, ¡qué espectáculo! Hija mía, que tu corazón caiga anonadado y que apoyado sobre la fe, ella admire, que tu corazón ame, que tu inteligencia adore! Jesús muere, el sol se oscurece, las rocas se enternecen, todo se calla ó más bien, todos los ruidos de la naturaleza se confunden en un solo grito, en un solo acento de dolor, de admiración y de amor: «El Cristo, el Hijo del Dios vivo, ha muerto por obediencia!»

No se limitaron en eso los prodigios del amor obediente. Jesús había ocultado su di-

vinidad para hacerse semejante al hombre que El amaba: la ley de obediencia y amor es una. El corazón obediente ama y el corazón obedece: aspira en hacerse siempre conforme al objeto amado. He aquí que para confirmar por toda la duración de los siglos los magníficos prodigios de su divina obediencia, el Cristo va más allá; como El había ocultado su divinidad, oculta aún su santa humanidad; y obediente al generoso amor que le urge, permanece presente bajo la figura de un simple alimento; Dios oculto, obedece á la voz de su ministro, como había durante su vida mortal, obedecido á la voz de su Padre celestial, á la voz de la sencilla Virgen de Judá y á la de un pobre artesano. Permanece sumiso en la oscuridad del pesebre de Nazareth y del sepulcro, y allí permanecerá hasta la consumación de los siglos, coronando por el dón de sí mismo todos los dones que á todos prodigó.

Héle aquí, hija mía, este Dios obediente, residente en el humilde santuario que la mano del hombre edificó. Acércate á El pídele que te haga heredera de los méritos incomparables de su santa obediencia, los legados,

por el testamento de su amor á su Santa Iglesia. Ellos son los sagrados tesoros que deben enriquecer á sus pobres hijos, que El ha jurado no dejar huérfanos. Si se los pides El te los concederá, con tal que consientas en unir tu voluntad á la suya.

¿Y quién eres tú para atreverte á resistir á la voluntad de tu Dios?

Hija mía, eres una noble criatura formada á la imagen de Dios y destinada á poseerle eternamente, si le entregas tu alma limpia de pecado; pero por otra parte, no eres sino una vil nada, siempre inclinada hacia las cosas de la tierra, é incapaz sin la gracia de tu Dios, de elevarte hasta una piadosa aspiración á su amor. Has nacido enemiga de Dios. Tú has sido esclava del príncipe de las tinieblas. Reconciliada con tu Autor, no supiste entre tanto conservar tu voluntad libre de los enredos de la vanidad y del orgullo. En seguida tuviste el valor de romper los lazos que te encadenaban á los vanos atractivos del siglo; pero si de ellos has hecho tu propio ídolo, no es sino un sacrificio á medias, es un sacrificio que rechazará. El, un amigo generoso que se mostró tan liberal hacia ti. Es tiempo,



hija mía, es tiempo de hacer un valeroso esfuerzo para unir inviolablemente, para siempre, sin reserva y sin retorno, tu voluntad á la de tu Divino Redentor.

*Voz de la hija de María.*—Vuestro divino Hijo, El solo, Madre mía, debía ser ciertamente el dueño de mi voluntad. Reconozco sus derechos sobre mi corazón. Mi corazón es suyo, se lo he jurado. Pero gimo de que con tanta frecuencia mi voluntad se encuentre en oposición con la suya. Mi naturaleza rebelde suspira, sufre y se desola, cuando fiel á la gracia quiero romper sus locos apegos. Comprendo cuán sublime, cuán meritoria es la santa virtud de la obediencia. Virgen santa, quiero adquirirla á pesar de las dificultades que me opondrán mis propias inclinaciones. Para esto, ¡oh dulce María! meditaré la vuestra. Os seguiré en todas las circunstancias en que os visteis, ¡oh Virgen obediente! y después de haber contemplado el heroísmo de vuestra virtud, yo diré: «Madre muy amada, corro hacia vos!»

¡Cómo gusto, Virgen santa, en contemplaros dócil y tímida niña en la casa de vuestros padres! Vuestra sumisión filial era sencilla,

pronta y entera. Ni una acción, ni una palabra, ni un pensamiento en oposición con los deseos de vuestros padres, con las miras de Dios sobre vos. Dulce y amable niña, comprendíais ya que Dios pedía de vos la obediencia más entera; que El quería el imperio de vuestro corazón. Vuestros padres gozaban sin cuidado de vuestra ternura y de vuestra confiada docilidad. Enternecidos, conmovidos, lágrimas de gusto corrían de sus ojos cuando os veían postrada elevando á Dios vuestro tierno corazón, lanzando hacia el cielo todos vuestros pensamientos tan puros y tan santos, como otros tantos actos de amor, con vuestra postura angelical y vuestra celestial fisonomía virginal, vuestras pequeñas manos extendidas hacia el divino Esposo que vuestro corazón había elegido, y toda esta actitud, en fin, que parecía decir: «yo no soy para la tierra; mi tesoro está en el cielo.» Os llenabais de amor de Dios, de ternura por vuestros padres. El Señor os protegía y su ángel velaba por vos.

He aquí que de repente la inspiración celestial descende á vuestro corazón. Dios os llama..... Tierna niña, habéis comprendido

su voz y vos no resistis; «Escucha, hija mía, escucha: inclina el oído á mi voz: olvida tu pueblo y la casa de tu padre....» Es la voz suprema: ella ha resonado en vuestra alma y con alegría corréis á encerraros en el templo, y abandonáis las dulzuras de la casa paterna, el amor vigilante de vuestro padre y los dulces besos de vuestra madre. ¡Qué fuerza de ánimo en una edad tan tierna y tan débil! Los ángeles del cielo os acompañaban sin duda cuando vuestros pequeños pasos se dirigieron hacia el templo. Me parece oírlos exclamar en el éxtasis del asombro y admiración: «Esta tierna niña es toda bendita!» ¡Qué bella es la segunda época de vuestra vida, oh buena Virgen! En ella es donde nos dais el ejemplo de las más amables virtudes. Dócil á la voluntad del cielo, vivíais con una humildad sencillez en vuestro dulce retiro. Vuestras delicias eran entregaros toda entera á las inspiraciones del espíritu de Dios, y de esperar, con una filial sumisión, sin turbación, sin inquietud, lo que el cielo quería de vos. Dios habla.... y vuestra bella inteligencia se le consagra enteramente. Su espíritu ha soplado, y el vuestro le está sometido. Él se ha hecho

sentir á vuestro corazón con todos sus encantos, y uniendo á una sublime obediencia la ofrenda pura y desprendida de vuestros afectos, sin reservar ni uno solo para vos ó para cualquiera criatura, vuestro corazón es todo para Él. A partir del momento en que vos conocisteis la voluntad de vuestro Dios, hallasteis una dulce suavidad en sumergir y abismar para siempre la vuestra en la de vuestro Supremo Bienhechor. ¿Habráis, por todos los tesoros del mundo, consentido en tomar de nuevo su imperio? No, me responden vuestras obras, ¡oh Virgen dócil! no. Víctima voluntaria, había ofrecido en holocausto sobre el altar de mi Dios todas las facultades de mi alma: los días de mi tierna infancia habían visto inmolar mi voluntad al Señor. ¿Hubiera retirado todas estas prendas de mi amor y de mi confianza al generoso y magnífico amigo que me había dado la existencia como el menor de sus beneficios? ¿No era yo demasiado dichosa de poder manifestarle mi gratitud, consagrándole todas las palpitaciones de mi corazón, haciéndole homenaje de todos los actos de esta voluntad que tenía de Él? Vuestro cuerpo, Virgen santa, que el pecado

no manchó nunca, vuestro cuerpo, templo vivo del Espíritu Santo, estaba sumiso á la misma obediencia que reglaba todos los movimientos de vuestro corazón y de vuestra voluntad. Vuestras miradas eran para el cielo, vuestras manos consagradas á los trabajos de la caridad, vuestros pasos conducidos por el espíritu de Dios. Vuestra lengua no conocía más dulces acentos que los que celebraban las grandezas de vuestro Dios.

Vivíais en el templo, Virgen muy amada, observando la ley, estando sumisa á las santas mujeres que con vos habitaban, y esperando con una firme fe la ejecución de los decretos de la Providencia. Suspirabais en pos de la llegada del Mesías, y en vuestro corazón, tan lleno de fe, de amor y de obediencia, reinaba sin duda este humilde pensamiento: «Dichosa seré de obedecer á aquella que el Señor escogió para operar las maravillas de su amor.» Esposa de José, sin menoscabo de vuestra virginidad, más noble á vuestros ojos que los títulos y las coronas, más suave y más querida á vuestro corazón que las dulzuras de la maternidad, recibisteis la visita del ángel: vuestro corazón se turba, pero el mensajero

divino os tranquiliza, os hace conocer la voluntad del Altísimo, os anuncia la dignidad de Madre de Dios, y bien pronto, por el acto de una obediencia perfecta y sublime, considerando por lo tanto la nada de que habíais salido, reconociéndoos indigna de tan alto favor, de vuestro corazón se escapan estas admirables palabras: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra.»

Mas ¡ay! desde este momento, ¡oh Virgen mártir, cuáles no fueron vuestros sufrimientos! Conocíais la ley y los Profetas, sabíais con qué adversidades estaría en lucha el Hijo que llevabais en vuestro seno. El terrible presentimiento de los sufrimientos de vuestro Hijo adorable debía cruelmente traspasar el corazón de la más tierna de las madres, y sin embargo, este corazón estaba lleno de sumisión, y en medio de sus dolores él no reposaba más que sobre la santa obediencia, aceptaba el amargo cáliz, pues la voluntad de Dios le decía: «Sufre estos rigores, á fin de que todo el mundo sepa un día, que la más pura de las vírgenes, que la más noble y la más bella de las criaturas inteligentes, se sujetó enteramente á las órdenes de su Criador.»

Yo os admiro, ¡oh María! pero es poco si no os imito. Es poco seguiros en todas las circunstancias en donde vuestro grande corazón se eleva tan alto, anonadándoos bajo la voluntad de nuestro Dios; es poco, si una noble emulación no arde en mi seno.

No temeré, pues, ¡oh María! no temeré entregarme sin reserva á las miras de mi Dios sobre mí. A vuestro ejemplo yo diré: «He aquí la esclava del Señor, que su voluntad se cumpla en mí...»

Cuando abatiendo la soberbia de la nuestra, llevadas sobre las alas de una santa obediencia nos elevamos hasta el cumplimiento de la voluntad de Dios; cuando conformándonos á la suya perdemos del todo la nuestra; cuando la grande y suprema voluntad es una con la nuestra, ¿quién se atrevería á decir que nosotros nos humillamos? Los cielos verán con un trasporte de alegría las almas valerosas elevarse sobre sí mismas. Que el mundo en su orgullo se arrastre sobre el polvo; que el mundo, que es enemigo declarado del Evangelio, ponga en ridiculo una virtud que no puede comprender, porque es perverso y porque no puede ni comprende las cosas de Dios;

pero nosotros honrémonos de nuestra bajeza, y alegrémonos de una humillación que un día brillará más que los astros del firmamento.

Tal era la vuestra, ¡oh María! y ella os elevó al más alto punto de gloria á que la criatura pueda aspirar.

Cuando vuestro Dios os manda someter vuestro corazón á las más cruentas pruebas, estáis siempre resignada, siempre igualmente sumisa á sus voluntades adorables. Obedeciais acogiendo con amor la pobreza, el desprecio de los hombres; obedeciais consintiendo en ver á vuestro Hijo Jesús, el Rey de la gloria, cubierto de las insignias de la miseria, llevando sobre sí todo el peso de la iniquidad humana, agobiado de oprobios desde su pesebre, débil niño aún, y ya hombre, lleno de dolores y amenazado de la lanza cruel. La ingratitude de los hombres, á quién Jesús viene á salvar, os llena de amarguras. Y vos, María, en medio de estas pruebas dolorosas, ¡qué sumisión tan ejemplar! Ni una sola murmuración contra la rigurosa voluntad del Padre celestial viene á marchitar vuestros labios: en vuestro corazón, ni un solo movimiento, ni un pensamiento contrario á la heroica obediencia que ha-

báis jurado á vuestro Dios. Resignación, amor, paciencia, sumisión siempre profunda, siempre entera, adoración de la santa voluntad de Dios, he ahí vuestros sentimientos ¡oh María! he ahí todo vuestro ser. Eráis un holocausto que se consumía y vivía siempre sobre el altar de vuestro Dios.

Fiel hasta el último suspiro de vuestra vida, habéis querido permanecer sobre este altar, pues la voluntad de Dios os había señalado en él vuestro lugar, y, dichosa víctima, palpita-bais de amor bajo el puñal sagrado.

¡Jesús es inmolado sobre el Gólgota.....  
¡Oh María! ¡qué intensos dolores para vuestra alma! ¡qué angustias! ¡cuántas lágrimas interiores se derramaron sobre vuestro corazón y lo inundaron, abismándolo en un océano de amargura! Virgen santa, yo comprendo algo de vuestros sufrimientos; creo que en este momento mi alma experimenta una sombra de esta amarga compasión, que á la vista de los tormentos de Jesús desgarraba vuestro corazón. Si inmolándoos sobre el leño de la Cruz hubierais podido evitarle un solo dolor, un solo suspiro, con qué apresuramiento, con qué maternal prontitud os hubierais puesto

sobre este altar sagrado! Pero no: el Padre celestial quiso que, testigo del grande sacrificio, inundada con la sangre de vuestro Hijo muy amado, casi expirante bajo el peso de vuestra aflicción, os inmolaseis al pie de la Cruz sin perdonar vuestro amor..... El lo quiso: ¿y qué es lo que no tenía derecho de esperar del alma la más grande y la más elevada de todas las que había formado? Obedeciendo, visteis morir á vuestro Hijo y vos no moristeis, porque la voluntad del cielo os mandó vivir. ¡Qué grande era, oh María, vuestra obediencia! Eráis Madre, y Madre de un Dios: y en el momento supremo en que Jesús expiraba bajo vuestros ojos, vuestra alma no tenía más que un solo pensamiento: «Padre Santo, que vuestra voluntad adorable se cumpla para siempre en mí..... Mi Hijo sufre un dolor excesivo, heme aquí resignada..... Su sangre me cubre, yo la recibo..... Muere..... heme aquí entre vuestras manos, consiento en ello.....»

«¿Hubo jamás dolor semejante á mi dolor? me preguntáis, ¡oh Madre mía! y yo respondo: ¡Hubo jamás corazón más sumiso que el vuestro?»

El cuerpo de vuestro único Hijo, ¡oh Madre de dolores! está depositado en vuestros brazos. Vuestros brazos maternos lo reciben y lo estrechan sobre ese seno que lo ha llevado. Mil prodigios se suceden á vuestros ojos: veis la resurrección de Jesús, contempláis su triunfante ascensión hacia la santa mansión, se abren las puertas de la patria celestial, vuestro Hijo introduce los santos en la región de la felicidad: y vos, tierna Madre.....se separa de vos, os deja en el valle de las lágrimas.

¡Qué separación, oh María! ¿Cómo pudisteis consentir en ella?... ¿Vuestro hijo podía exígerla de vos?... ¿La obediencia no debía ceder al amor? No, Virgen amable; pero siempre sumisa, supisteis enlazar los derechos de una y de otra, vivisteis para consolar á la Iglesia naciente y en luto por la ida de su divino Esposo, alimentando á los débiles en la fe, con la fuerza de vuestro ejemplo; llenasteis los dias de vuestro destierro con el olor de vuestra santidad; animasteis á los santos para el combate. Y como fuisteis sumisa á la divina voluntad que os mandó vivir, así cuando os mandó morir por último acto

de obediencia repetisteis: «He aquí la esclava del Señor...» y exhalasteis vuestra alma en el amor.

*Voz de María.* — Has comprendido, pues, hija mía, la excelencia de esta bella virtud de obediencia: sabes cuán querida fué para mi corazón. La has seguido en todo el trascurso de mi vida; has visto que cada una de mis acciones fué animada por ella; que conducida por ella, nunca me aparté del sendero que la voluntad adorada me había trazado, y por ella alcancé la victoria prometida por el Espíritu Santo al hombre obediente. Pero no te limites, hija mía, á una estéril admiración. Esfuérzate para ser en esta virtud, como en todas las que deben adornar tu alma, una fiel limitadora de tu Madre. Has descubierto la hermosura de ella; tu alma ha sentido vivamente su importancia; tu corazón palpitaba de una ardiente emulación al repetir los hechos de mi voluntad anonadada en la voluntad divina; has sabido comprender que no sólo en ella está la humildad, que aquí más bien está la verdadera gloria, la única elevación digna de ser envidiada. Y por lo tanto, hija mía, cuán lejos te ves de esta

grande virtud. Te parece digna de elogios mi sumisión filial; pero tú, hija mía, no eres ni sumisa ni apresurada para ejecutar las voluntades de aquellos que Dios colocó sobre ti y á quienes El confió su autoridad.

*Voz de la hija de María.*—No, santa Madre mía, yo lo confieso con la amargura de mi corazón, yo no lo soy. Experimento en mi naturaleza un fondo de orgullo que rechaza á lo lejos toda dependencia. Mi miserable corazón se llena de indignación si se ve obligado á sujetar su razón orgullosa á cualquiera autoridad. Mi voluntad se resiste á ejecutar lo que no quiere! Ella se eleva más allá de todo lo que se opone á sus deseos; rompe, derriba todos los obstáculos; y llegando á satisfacerse, habiendo infringido el orden emanado del cielo, en vano le pido la dicha y el reposo... No encuentro ni paz ni gusto. Sobre mi corazón se hacen sentir el remordimiento desgarrador, el disgusto penoso..... Una voz se eleva del fondo de este yo, que ha querido ser obedecido y satisfecho: «Has errado.....» Entonces pienso en las virtudes de mi Madre, en su pronta obediencia; entonces veo que no se desdeñó de

someterse á las criaturas de quienes consideraba la voz como el órgano del Criador. Entonces me lisonjeo de ser en el porvenir de una sumisión entera; digo á Dios en el dolor de mi corazón: «Señor, yo acepto vuestra voluntad en la de aquellos que Vos me habéis dado... Señor, yo anonadaré la soberbia de la mía...» ¡Ay! á penas se presenta á mí el momento de la prueba, cuando la voz de la autoridad se hace oír: «Haz esto...» y mi espíritu se rebela y se atreve á decir: «yo no obedeceré.» Y los frutos de mis resoluciones son la vergüenza y el desaliento. ¡Oh querida Madre mía! estas dificultades son superiores á las fuerzas de mi débil naturaleza: desde el amanecer hasta la noche he hecho ensayos penosos, he sostenido largos trabajos, y nada he recogido de mi pena.

*Voz de María.*—Hija mía, has olvidado consultar la voz de tu Maestro. «Señor, ¿qué queréis que yo haga?» Eso es lo que debías preguntarle, y El te hubiera respondido: «Marcha al encuentro de las dificultades; mi gracia te sostendrá. Las pruebas son penosas, los senderos pedregosos y sembrados de espinas que desgarran; marcha sin embargo y

no temas, mi gracia te basta; yo te daré la fuerza para vencer á tus enemigos. Llena tu corazón de firmeza contra el mundo, y contra el ángel de las tinieblas, y contra ti misma: implora mi socorro, yo soy la fuerza y la vida.» Yo, hija mía, te digo: «Combate contra tu propia voluntad; la más brillante victoria te está reservada. Osa mostrar á tu enemigo que sabes vencerlo y vencerte á ti misma.» Cuando un corazón valeroso ha combatido á algunos enemigos débiles y poco hábiles, él no se duerme cobardemente sobre sus laureles. Mientras que su mortal enemigo respira, animado de un noble valor, él vuelve al combate. Piensa también, mi querida hija, que tu voluntad propia es tu declarado enemigo, y no le dejes tregua hasta extirparle de tu corazón. Mientras más grandes son las dificultades, más brillante será tu recompensa; allí las frentes que sobre la tierra se habrán humillado bajo el yugo de la obediencia, serán ceñidas con un brillo inmortal.

*Voz de la hija de María.*—Madre mía, ¡cuánto me animáis! Voy, pues, ayudada de la gracia de mi Dios, á emprender de nuevo mi

obra, y á creer que un generoso desprecio de mi misma es el primer paso que lleva á la gloria.

*Voz de María.*—Querida hija mía, puede ser que la voz de Dios no te diga: «Hija mía, olvida tu pueblo y la casa de tu padre....» pero no por eso deja de hablar á tu corazón por sus inspiraciones. A penas te apartas un paso del camino, que, Padre tierno y vigilante, El te dice al corazón ó por la voz de aquellos que te dió por guías: «Querida niña, te extravías.....» En adelante, pues, de cualquiera manera que El te enseñe sus voluntades, sé sumisa. Cuando te habla por sus toques secretos, cuando pide para El solo la sensibilidad de tu corazón, que te prohíbe aficionarle locamente á criaturas perecederas, no tengas sino un solo sentimiento, á ejemplo de tu Madre. ¡Obediencia á Dios!

*Voz de la hija de María.*—Si, obediencia á Dios, obediencia á mi Madre muy amada. En las dificultades, yo me refugiaré en su seno maternal para sacar fuerza de su ejemplo.

Modelo santo, era preciso que el mundo os viera y os admirase. Era menester que las



vírgenes cristianas os estudiaseis, porque sus obras un día serán comparadas con las de su Madre. Preciso era que las madres cristianas aprendiesen de vos á entregar á Dios sin ninguna murmuración los tesoros que turban su existencia... Era necesario que os volviéseis un espectáculo para todos los cristianos, á fin de que en el día de las justicias nadie tuviese derecho de decir: ¿Quién nos ha trazado el camino? Era necesario, en fin, que la sabiduría humana os viera, os contemplase y se detuviese allí... Ella ha visto y no ha podido comprender las maravillas del amor obediente. Ella ha apartado la cabeza con desdén, diciendo: «Esto es locura,» soberbia y ceguedad: tinieblas ha visto en el brillo del día más puro y más luminoso, y ha tomado la oscuridad por la luz. Se ha rodeado de un brillo imaginario: huyendo el escándalo de las humildes virtudes evangélicas, ha alzado la cabeza diciendo: «No soy hecha para obedecer; ¿quién se atrevería á mandarme?»

Por nosotras, Virgen santa, por nosotras que somos vuestras hijas, y que hacemos gloria de reunirnos al rededor del estandarte en el cual vuestra mano ha trazado *Sumisión y*

*Obediencia*, os prometemos de nuevo una fidelidad inviolable. Elevándoos hacia los cielos, habéis prometido vuestra poderosa protección á los hijos de vuestro amor que combaten sobre la tierra. Habéis prometido cubrirles con el escudo de vuestras virtudes: habéis dejado el perfume vivificante de vuestros santos ejemplos. Haced, ¡oh María! que vuestro amor vigilante y vuestros cuidados maternos no caigan sobre tierras estériles: haced que produzcamos frutos de vida y bendición. María, nosotros somos vuestros hijos: de esta tierra de destierro clamamos hacia vos. Virgen obediente, guiadnos y apartad los pasos de las jóvenes que os invocan, de los escollos del amor propio y de la propia voluntad.

**Sé modesta y pura.**

*Voz de la hija de María.*—Madre mía, una bella y tierna virtud brillaba en vos, cuando, joven israelita, permanecíais solitaria en el templo: era la modestia. Me parece veros, Virgen amable, de fisonomía graciosa y celestial: ¿por qué procurabais ocultar vuestra hermosura á los ojos de los hombres? ¡Ah!

dejadnos contemplar estas facciones tan puras y tan delicadas, sobre las cuales parece lucir un rayo de la Divinidad!... ¿Por qué vuestros párpados bajos nos ocultan el admirable candor de vuestras miradas?... Pero ya comprendo: habéis reservado vuestra hermosura para el celestial objeto que sólo ha podido encantaros. Una voz misteriosa ha hablado á vuestro corazón: «Bella eres y llena de encantos, ¡oh hija de Sion! bella como la luna, brillante como el sol.» Miradas de complacencia, bajadas del cielo, se han reposado en vos: Hija del Padre Eterno, el Espíritu Santo ve en vos á su Esposa, y el Hijo ya os ha destinado para ser su Madre. ¡Oh tierna modestia! es ella, Virgen santa, que os ha merecido vuestras sublimes prerrogativas. ¿Esta virtud ha de ser también el adorno de vuestras hijas?

*Voz de María.*—Hija mía, sin ella yo no podría llevarte con tanta predilección en mi corazón: sin ella mis miradas se apartarían de ti con indignación. Querida hija, yo quiero hallar en ti mi imagen: ¿qué rasgos de semejanza tendría esta imagen, si no estuviera adornada de modestia? Si un exterior pruden-

te y reservado no acompaña la humildad y la pureza de tu corazón, ¡oh hija mía! yo temeré decirte: “Tu virtud es falsa; ella está sin apoyo, sin prueba, y tus acciones desmienten tus palabras. Porque no tienes el valor de hacer un generoso sacrificio, ¡oh alma hasta ahora tan privilegiada! el Señor va á retirarte sus dones; Él te abandonará á tu propia indigencia.”

*Voz de la hija de María.*—¡Oh Madre mía! ¿cuál es ese sacrificio?

*Voz de María.*—El de los vanos adornos. Hija mía, una joven adornada de candor, de modestia y de inocencia, es un sér que el cielo envía á la tierra. La corte celestial la protege; á su vista el crimen abate su frente y se ruboriza, y el mundo perverso como está, se inclina delante de la virtud que ella representa. No pongas tu gloria en los adornos frívolos, porque el Espíritu Santo ha fulminado contra las hijas de Sion que idolatraban los vanos adornos. ¿Y tú, hija de la Jerusalem celeste, no serías mil veces más culpable que las hijas de la terrestre Sion, si tu corazón se dejara seducir por este frágil brillo? La modestia, querida hija, es la virtud de tu

sexo, y tu edad es la del candor y de la pureza. No adores tu hermosura: ella es fugaz como los días de tu juventud; no se necesita más que un poco de tiempo, y hela aquí marchitada. Demasiado tarde dirás tal vez entonces gimiendo: “¿Por qué no he hecho á mi Dios el don de los hermosos días de mi tierna edad? El mundo me ha engañado: en vez de la dicha, él no me ha dado más que el pesar emponzoñado... Y Dios, este generoso amigo, me hubiera recompensado magnánimamente, pues su mano es liberal y nunca se deja vencer en generosidad. Días floridos, gracia, hermosura, flor de inocencia, bellos años, primeras emociones, dulce calor del alma, volved, volved, yo os pondré sobre el altar de mi corazón, para ofreceros en sacrificio al gran Rey del cielo.”

Tardíos pesares! La fría vejez está aquí... La primavera del corazón y de las ingenuas virtudes ha pasado. Llorad entonces, víctimas del mundo, llorad, y esperad en la ansiedad de vuestra alma. Aquel que habéis rechazado vuelve hacia vos.

*Voz de la hija de María.*—¿Qué, santa Madre mía, Dios prohíbe que realcemos nues-

tros encantos por algunos adornos? ¿No podemos sin crimen hacer brillar las gracias naturales de que somos dotadas con alhajas que no ultrajan la decencia? ¿Qué, la modestia es tan severa? ¿no concede nada á los deseos de un joven corazón que la quiere, que la admira, que no quisiera hacer nada que pudiera herirla, y que por otra parte se encuentra encadenada por los pequeños goces de la vanidad y más aún por los ejemplos y los usos?

*Voz de María.*—Una alma generosa, mi querida hija, no pone tantas restricciones á los sacrificios que Dios pide de ella. El te colma sin cesar de sus gracias las más preciosas, y tú temerías sacrificarle un poco de polvo. Querida hija mía, la modestia es severa, porque ella es la custodia de la castidad. Que tu hermosura ¡oh joven cristiana! sea del todo interior, y el Rey del cielo quedará prendado de tus encantos. Toda la gloria de la hija del Rey está en el interior; aquí los brillantes y los rubies, las rosas de amor y los lirios de la pureza. Aplícate á adornar este santuario; lo demás no es nada. Si la hermosura, mi querida hija, encanta tan vivamente tu corazón por sus atractivos, ¡ah!

haz de modo de poseerla siempre; y para esto, durante los días de tu corto destierro, adórnate de modestia. ¿Qué te importa, joven viajera, qué te importa no mostrarte brillante y llena de atractivos aquí donde no haces más que pasar? El torbellino del mundo corre delante de ti; todo pasa, todo muere. El hombre tiene pocos días que vivir sobre la tierra. Considera los restos de esta joven... Ayer ella sonreía al mundo y el mundo le sonreía; ayer se admiraba la frescura de su cutis, la seductora expresión de su mirada, las gracias de su persona, y hoy ya no existe más; hoy la que la llevó en su seno llora sobre su pálido y frío polvo... Escúchame, querida hija, no hagas como esta joven infortunada: ella ha visto sus alegres adornos marchitarse en el polvo del sendero de la vida: por ti, sé más prudente; prepárate inmortales adornos, y consérvalos para el gran día en el que ya habrá cesado tu viaje para la resplandeciente ciudad, en la que sus habitantes admirarán tus gracias, que se habrán vuelto celestiales é imperecederas. Más aún: todos los que estimas, las gentes de bien, tus jóvenes y virtuosas amigas, que ves marchar

con tanto ardor en el camino que lleva al cielo, todos aquellos, en fin, que hayan abrazado la humillación de la Cruz, serán entonces condecorados de los encantos que la Divinidad misma derramará sobre su persona. ¿Podrías tener ahora el monstruoso valor de prepararte á contemplar á lo lejos su brillo sin ser admitida á compartirlo? Y yo, querida niña, yo que te amo, ¡qué doloroso no sería para mi corazón maternall! ¡Ah! yo te lo ruego, no seas bella sobre la tierra; sepulta tus encantos terrestres en el seno de la modestia; ella te los volverá en el cielo mil veces más brillantes.

*Voz de la hija de María.*—Virgen immaculada, vos que por vuestra admirable pureza habéis aplastado el orgullo de la serpiente... ¡oh lirio brillante! ¡oh oro sin mezcla! ¡oh mi Santa Reina! sí, mi corazón os ha comprendido: ardiendo de deseos, animada por las palabras de sabiduría que le habéis hecho oír, avanza valeroso hacia la conquista de la bella palma prometida á la pureza... Virgen querida, vos me la pintáis tan bella, tan encantadora, que ardo de amor por ella. Venid, santa Madre mía, venid, yo os lo ruego:

venid con todo vuestro celestial influxo; venid, haced mi corazón semejante al vuestro; venid, yo seré eternamente agradecida...

¿Pero quién es esta Virgen que se adelanta adornada de candor y de inocencia, con frente serena, mirada angelical, y los vestidos más blancos que la nieve? En el éxtasis de mi admiración, caigo de rodillas.. María, ¿sois vos? ¿Vos mi buena Madre, vos, cuya hermosura realza el brillo de los cielos? ¿No es vuestra voz la que oigo?.. Heme aquí, hija mía, yo vengo á ti, porque me has invocado. ¿Cuál es el deseo de ese tu corazón? ¿Oh María! mi celestial Maestra, yo quiero tener una alma siempre pura, pura como el lirio de los campos, pura como estos espíritus de llama que mi alma cree ver cerca de vuestro trono, pura como todas las jóvenes vírgenes de la celeste Sion, pura como mi Madre muy amada. Este es mi voto, Virgen santísima, este es el deseo querido de mi corazón: haced que sepa cumplirlo; acoged favorablemente mi oración, porque vuestro poder es grande en los cielos. Estrechadme sobre vuestro corazón, ¡oh María! y que estos abrazos maternos inflamen mi alma de

amor por la virtud que vos amáis. ¿Qué me darás, mundo, comparable á las delicias de que mi corazón está inundado?

¿Encantos frívolos, que aturdís á tantos jóvenes, qué sois en comparación de las misteriosas bellezas que la Virgen de las vírgenes me ha hecho ver?

Mundo, tus goces son falsos, y aun quisieras hacérmelos probar! no, no, mi Madre me ha dicho que no tienes sino venenos. Dices que tienes ricos tesoros que darme, ¿pero me darías la dulce paz de la inocencia y los encantos del amor divino? ¿Me suministrarías con qué adquirir galas inmortales? ¿Me darías en la vida eterna un trono de gloria? Adorándote durante mi vida, ¿iría después de mi muerte con los ángeles y la Virgen, Reina de los escogidos, en un torrente de delicias alrededor del trono del Cordero? Hé aquí mi deseo .. hé aquí la ambición que arde en mi corazón: nada menos quiero.

Jesús, por la boca de su Santa Madre, me ha prometido sus bienes. Ella ha hablado á la puerta de mi corazón, de una dicha que me ha hecho palpar de esperanza y de alegría, de una dicha que sobrepuja la expresión de

las lenguas humanas. Ella me ha dicho que sería mi herencia, si soy fiel... ¡Y yo no lo seré!... ¡Oh Dios! con vuestro socorro que imploro, yo seré fiel!

¡Oh mundo engañador! no, no, yo no quiero tus caricias, tú no eres digno de mi atención.

Es la Virgen inmaculada á quien imploro, aquella que es toda bella entre las hijas de Adam, aquella que la mancha original no manchó jamás y que es como el lirio entre las espinas.

¡Oh Virgen! mi protectora, dejadme hablaros aún, contemplaros y oír vuestra dulce voz, porque la virtud favorita de vuestro sagrado Corazón, la he escogido por mi herencia. Dejadme pensar en vuestros celestiales atractivos, dejadme sumergir en las delicias que ellos me inspiran. Cuando, en la vivacidad de mis sentimientos, yo creo ver aparecer vuestra dulce imagen á mi alma enternecida, entonces... entonces mi corazón trasportado, mi corazón se va al cielo... ¡Oh Dios! ¿qué veo?... Una Virgen elevada sobre un trono resplandeciente!... Ella está revestida del sol, la luna está á sus pies y las es-

trellas forman su corona! He reconocido á la Reina de las vírgenes, he reconocido á mi Madre... Nubes de ángeles la rodean y cantan himnos á su gloria. ¡Oh Virgen Madre! de lo alto de vuestro trono brillante, dejad caer una mirada sobre vuestras hijas... Desde arriba, ¿podríais olvidar á vuestras jóvenes congregantas, que, sobre esta triste tierra, tímidas y temblorosas, temen sin cesar perder la corona que sólo se da á la perseverancia? no, no, vos no las olvidáis, habéis hablado y los ángeles han precipitado su vuelo hacia la tierra para traernos los dones del amor maternal, para repetirnos: Tiernas vírgenes, sed puras.

¡Oh María! ¿cuáles son esas almas tan bellas que os rodean en la mansión de los Santos y que os llaman su Madre? Son vírgenes cristianas, tesoros que el cielo se apresuró á arrebatarse á la tierra, porque ellas eran todas celestiales, porque eran ángeles en un cuerpo mortal, y que no tenían nada de común con el mundo. Yo las veo avanzar siguiendo á su graciosa Reina... ¡Dios, qué maravillosas hermosuras! ¡Qué brillante es la corona de la inocencia! Virgen, haced que ella sea mi he-

rencia... ¡Y qué inmenso número! ¡Todas las naciones del mundo, han pues tenido sus escogidas! En medio de ellas veo brillar la virgen de Mérida, la valerosa Eulalia, que se elevó del terreno español y vino á colocarse al lado del trono de María para proteger desde allí á su patria. La joven Romana la había precedido: Inés había ya contado á los habitantes de los cielos que en la vida eterna nobles jóvenes se alistaban en multitud bajo los estandartes del Cristo... La Francia vió subir á él sus heroínas y en la piadosa Bélgica, Lidivina, Gertrudis, Gudula, valerosas amantes del Cristo, se apresuraron á subir á los cielos para interceder en favor de su religiosa patria. El perfume de sus santos ejemplos embalsama aún estos lugares; fieles imitadores renuevan sus obras de santidad y todos los días almas piadosas y fervorosas dejan esta tierra protegida de los santos para seguir al Cordero en todas partes á donde El va, para cantar, sobre las liras misteriosas del amor, el fuego sagrado que las abrasa. ¡Ojalá que un día una yo mis acentos á estas voces!... ¡Coro de las vírgenes de la celestial Sion, en medio de vuestras suaves melodías, dignaos for-

mar una invocación en favor de una hija de María! ¡Pedid á Jesús, pedid á María la perseverancia para mí, para todas aquellas que me son queridas! ¡Qué nuestros lugares sean señalados entre vosotras! ¡No sois nuestras hermanas? ¡No sois nuestras amigas? Ea, pues, miradnos inclinadas bajo el peso de las miserias de nuestra peregrinación, y que vuestros corazones se interesen por nosotras, y que á pesar del mundo, á pesar de los furoros de Satanás, á pesar de nuestra propia debilidad, siempre modestas y puras, merezcamos unirnos un día con vos!

Amable pureza del corazón, tu recompensa es grande en los cielos y allí está tu mansión por excelencia. También reinas sobre la tierra; aun no estás desterrada de todos los lugares; la Virgen inmaculada te protege. Sin ti ¿qué sería de la tierra? Un objeto de horror y de maldición. Venid, pues, corazones puros, venid, unid vuestros sentimientos á mi dulce voz, proclamad á porfía la virtud muy amada de la Reina de las vírgenes... Contad á la tierra y á los cielos, que, si hay sobre la tierra algún rayo de verdadera felicidad, es en los corazones puros que ella habita.

*Voz de María.*—Bienaventurados aquellos que tienen el corazón puro, porque ellos verán á Dios. Mi querida hija, no te causes en meditar estas palabras.

—  
se dulce.

*Voz de María.*—La virtud de la dulzura embellece todas aquellas de que el cristiano debe ser adornado. Hija de María, ¿quieres ser digna de este glorioso título? Que tu corazón sea un templo de paz y de dulzura. Vive en paz con todo el mundo. Bienaventurados, dice Jesús, los mansos, porque ellos poseerán la tierra, ellos tendrán el imperio de los corazones: en la eternidad ellos poseerán la tierra de los escogidos. La virtud de la dulzura, una de las más admirables que inspira la ley de Jesucristo, es también una de las que más acercan al hombre á la Divinidad. El Espíritu Santo la pone en el número de aquellos que son los frutos de su divina operación en las almas .....

Toda la religión respira sólo dulzura y clemencia. Amad, dice ella, amad aun á aquellos que os hacen mal, rogad por los

que os persiguen, volved el bien por el mal. Si queréis que la caridad reine en vosotros, sed dulces, pues la caridad es dulce, ella nunca se irrita. La Santísima y adorable Trinidad os enseña á amar la dulzura. El Padre celestial es el Padre de las misericordias, Jesús se hace llamar con el dulce nombre de Cordero y el Espíritu santificador se ha manifestado bajo la forma de una Paloma. Estos diferentes atributos no respiran mas que dulzura; Jesús era amigo de la paz, la mansedumbre estaba en su corazón y las palabras más suaves en sus labios. Él se ha mostrado tal á los hombres, y tal, hija mía, debes mostrarte á tus compañeras y al mundo, que en las miras de Dios estás destinada á ver y á edificar.

*Voz de la hija de María.*—Virgen santa, vos que la Iglesia se complace en nombrar dulce, buena y clemente, dignaos enseñarme á poner en mis relaciones con mi prójimo esta amable dulzura, de la cual Jesús nos ha ofrecido el perfecto modelo.

*Voz de María.*—Mi querida hija, una pequeña contrariedad llenó tu corazón de un negro pesar, una ligera ofensa te encuentra



tan sensible! ¿Por qué? ¡Ah! es que no tienes dulzura. La virtud de la dulzura, mi querida hija, no se irrita; ella es paciente y resignada, no se exhala en quejas y en murmuraciones; ella es humilde, sufre con paciencia la injusticia. Esta humilde dulzura es la que da la felicidad, la alegría y la paz de la conciencia: paz deliciosa, el más precioso bien que se pueda dar al corazón del hombre para consolarlo en sus disgustos.

¡Qué! hija mía, tú, congregacionista, tú, hija de Jesús y de María, harías sufrir por tu mal humor á aquellos que habitan contigo en una misma casa! ¡mostrarías un corazón lleno de hiel y de rencor á tus enemigos! ¡No perdonarías, y llevarías sobre tu rostro las señas del negro resentimiento que oculta tu corazón! ¡No tendrías para tus superiores sino una sumisión fría y austera! ¡para tus inferiores, modales bruscos y altaneros! Se escaparían de tus labios palabras de cólera, ellos que como un panal deben siempre destilar la miel! A estos rasgos, yo no podría reconocerle por mi hija. No lo serán todas aquellas que me digan: ¡Madre mía! que yo recibiré sobre mi seno maternal, pero sí aquellas que

hayan observado los preceptos de Jesús. Un día llegará en que varias me invocarán, y yo les responderé: «Cristianas, mostradme los títulos que os merecen mi protección.» Y cada una de ellas me dirá tal vez: «Ved, ¡oh María! yo he llevado vuestras libreas, vuestra imagen la llevé sobre mi pecho, yo tenía el nombre de congregacionista.» Y yo les diré: «Tales no son las verdaderas señas por las que yo reconozco mis hijas. Mostradme las virtudes que habéis practicado en esta cualidad; mostradme sobre todo la dulzura y la amenidad por las cuales habéis ganado almas á Jesús.» ¡Qué dichosa serías entonces, hija mía, si pudieras contestarme: María, yo poseo estos tesoros!

Ten fe en mí, querida hija, aplícate á adquirir esta amable virtud de dulzura, que adorna tan bien tu sexo, por excelencia piadoso. La gracia y la dulzura son la herencia de la mujer; que se sirva de estas preciosas cualidades para hacer de ellas los encantos de su piedad; ella ganará preciosos méritos delante del Señor. La dulzura inspirada por la religión es llena de elocuencia; ella es persuasiva, conmueve los corazones, atrae á la pie-

dad y entenece á los más insensibles. Su mismo silencio es con frecuencia más poderoso para ganar almas á Dios, que los más elocuentes discursos. El silencio de la dulzura ¡qué adorno para una alma cristiana! ¡Te ultrajarán, hija mía! no respondas, y que tu mirada respire la dulzura del perdón evangélico. Ultrajaron al Hombre-Dios; hicieron más, lo hicieron morir sobre un infame leño; y El no abrió la boca para quejarse, se dejó llevar á la muerte sin resistencia, como una oveja que se va á degollar; permaneció en silencio como el cordero que se calla delante del que lo trasquila.

¡Cuánto esta virtud de dulzura debe agradar al Sagrado Corazón de Jesús! Porque, hija mía, ¿crees que es una de las que ha hecho brillar más durante el tiempo que vivió en medio de los hijos de los hombres? ¡Ah! era para enseñarles su importancia, para hacerles ver las preciosas ventajas que de ella debían resultar, para mostrarles que la unión, que la dulzura de la paz fraternal es como el rocío de Hermón, que desciende sobre la montaña de Sión, y que á esta paz el Señor concede la bendición y la vida en la eternidad. Jesús

es un Dios de paz. El no vive en las discusiones y los trastornos; vive en paz, á fin de que viva contigo. Pesa todas las palabras que este divino Salvador ha pronunciado durante el tiempo de su cruel pasión: ellas no son más de dulzura y paz. Su profunda tristeza está siempre dulce y apacible. Al momento mismo en que la víctima de la más horrible traición que el mundo haya visto, al momento en que su discípulo pérfido emplea para hacerle traición, le da los sagrados testimonios de la amistad, y hace de la prenda de un santo amor el sello de un horrible parricida.

¡Jesús, siempre buen Padre, le dijo, con el acento de la más dulce compasión: «Y qué, amigo mío, entregas al Hijo del Hombre con un beso!» Este traicionero, hija mía, era su amigo, su discípulo, el testigo de sus milagros, aquel que había recibido de este Maestro divino las más tiernas señales de confianza y de amistad.... Y sin embargo, la dulzura de Jesús no se desmiente. Él no presenta á Judas un rostro austero. Como esta tierna interpe-lación: «¡Y qué, amigo mío...» debiera haber traspasado el corazón del pérfido! pero

todos los sentimientos de este corazón estaban vendidos al demonio del furor y de la avaricia. Entonces fué cuando la dulzura del Hijo del Hombre, enseñó á los mortales que esta virtud es la perfección de la caridad. Hija mía, que ella sea el resplandor de la tuya. Si tienes celo por la gloria de tu Dios [y ¿cómo podrías no tenerlo?] está persuadida de que esta virtud es una de las más propias á procurársela. Eres hija de Dios, ¿qué motivo para amar á tus hermanos y tus hermanas en Jesucristo con un amor de preferencia y de afabilidad! qué motivo para llevar sobre tu rostro la amable, dulce y alegre paz de tu conciencia! Mi querida hija, la verdadera piedad no es ni salvaje ni austera; que tu devoción sea llena de amenidad y de dulzura. Todo para Dios, nada para ti; conságrale hasta tu exterior. No seas de aquellas almas mercenarias, no te entregues á una devoción feroz y pesada, porque harías despreciable el amor de tu Dios, y el mundo diría: «¿Cuál es este Dios? ¿A dónde está la dicha que Él ofrece á sus adoradores?» El espíritu de Dios es un espíritu de benignidad, y el Salvador ha dicho: Mi yugo es dulce y amable. Que

tu vida, hija mía, sea un testimonio de esta consoladora verdad.

Oh vosotras, pues, jóvenes y fervorosas cristianas; vosotras que protestáis sin cesar á Dios en el ardor de vuestras oraciones, que le amáis únicamente á Él; vosotras que estaríais prontas á comprar al precio de todo lo que tenéis de más querido, la salvación de vuestros hermanos y hermanas, que quisierais sacrificar vuestra vida para procurar la gloria de Dios; vosotras que deseáis tan ardentemente que la caridad reine en las almas, he aquí que tenéis entre las manos un medio fácil, un medio eficaz para alcanzar este fin tan laudable.

No se trata de dejar vuestros padres y vuestra patria, de recoger la palma del martirio; no se os impone ayunos austeros ni una soledad rigorosa; pero con vuestros padres, hermanos, hermanas, amigos, en el seno de vuestra familia, con todas las personas que tienen algunas relaciones con vosotras, sed dulces y humildes de corazón. Dulzura constante, dulzura religiosa, dulzura que es la perfección de la caridad.

Haced conquistas á Jesús por la serenidad de vuestro rostro, por la afabilidad de vues-

tras palabras, por la inalterable dulzura de vuestra conducta. Mis queridas hijas, en todos lugares y en todas circunstancias, sed mansas y humildes de corazón.

*Voz de la hija de María.*—Si, Virgen dulce, buena y clemente, nosotras aprendemos de vuestro sagrado modelo á ser dulces y humildes de corazón. ¡Oh Jesús! poned en nuestros corazones esta constante amabilidad que Vos habéis traído sobre la tierra. ¡Oh Madre de Jesús! concedednos el ser sencillas y humildes, y tendremos la dulzura.

¿Y qué, gran Dios, exclama un ilustre santo, todos los tesoros de ciencia y de sabiduría ocultos en Vos, se reducen á que miremos como una cosa de la más alta importancia, el aprender de Vos que sois manso y humilde de corazón? ¿Es, pues, una cosa tan grande ser pequeño, que sólo de Vos podemos aprenderla, Vos que sois tan grande? Sí, pues sólo en esto se encuentra el reposo del alma, y los hombres no son tan agitados y tan atormentados, sino porque no son mansos y humildes de corazón.

Venid, pues, ¡oh santa dulzura! que como un sello estáis impresa en la frente de los ele-

gidos, venid á apoderaros de nuestras almas. Venid y que nuestros corazones sean vuestro asilo, mostraos en cada una de nuestras obras, sed en todas nuestras palabras, sed en la deferencia que debemos á nuestros superiores, brillad en nuestras relaciones con nuestros iguales, que la autoridad sobre nuestros inferiores sea templada y suavizada por el bálsamo que vos derramaréis en ella. Que por nuestras palabras dulces y consoladoras, el afligido vea desaparecer su dolor; que en todas partes derramemos el perfume de la dulzura y de la caridad cristiana. Que al vernos, al oirnos, se aprenda lo que son los verdaderos discípulos del Evangelio; mostremos á todos que la ley de Jesús es una ley de dulzura. Que la concordia y la paz fraternal reinen para siempre entre nosotros, y que el mundo sepa que nada más amable, más afable, que la sociedad del verdadero cristiano.

se confiada.

Acércate con amor á la mesa sagrada para alimentarte allí con el pan de la vida, y espera firmemente la recompensa de los cielos.

*Voz del alma afligida.*—Santa madre mía, bienaventuradas las almas que han dejado esta tierra de destierro, bienaventuradas mil veces, porque han llegado á su santa patria! Para ellas, no hay más angustias: ellas no conocen más los tormentos de la incertidumbre; su felicidad está para siempre asegurada. Por nosotras, Virgen santa, por nosotras ¡oh triste pensamiento! todos los días estamos expuestas á ofender á vuestro divino Hijo. Pero qué digo. ¡Ay de mí! ¿me atreveré á creer que ahora vivo en gracia?... ¿quién me ha dado esta consoladora seguridad? ¿No es más bien una ciega presunción que ha seducido mi corazón demasiado confiado? ¿Me he creído hija de la gracia mientras que, si mi arrepentimiento demasiado poco eficaz no ha purificado mi alma de todas sus manchas, no soy sino hija de cólera!.... ¡Oh Madre de mi Dios! un triste presentimien-

to me hiela el corazón, si en el porvenir... si en la eternidad, víctima de la cólera de un Dios..... ¡horrible pensamiento! si con demasiada ligereza me he creído justificada delante de este temible Señor. Los cielos tienen manchas delante de sus ojos, y yo, alma presuntuosa, me he creído la amiga de mi Dios.

*Voz de María.*—Hija mía, no te dejes abatir por sentimientos poco dignos de la bondad del Maestro que sirves. Rechaza lejos estas tristes alarmas. ¿Es este el lenguaje que hasta aquí el divino Jesús ha hablado á tu corazón? ¿Aun no has sabido comprender su voz? Sus palabras son amor y paz, El habita en la paz y la paz es el adorno de sus hijos. Es El, querida hija, quien hace correr las lágrimas de una verdadera penitencia, pero la amargura de estas lágrimas está suavizada por la unción del perdón; este arrepentimiento es tranquilo como el Dios que lo inspira, los peyares que Él pone en el corazón están mezclados de confianza y de esperanza. Aprende, pues, á no desconocer sus movimientos. No vienen de Él estos trasportes que te arrojan en la turbación y el susto. Las tinieblas

derramadas en tu alma, son la obra del espíritu de malicia! Elévate noblemente sobre sus negros artificios, no estás hecha para rastrear como él. Llorá tus imperfecciones á los ojos de Aquel que es la pureza por esencia; pero llora con confianza, que el amor te dé lágrimas, y que estas lágrimas no apaguen, pero sí que hagan más ardientes las llamas de tu amor.

*Voz del alma afligida.*—Y puedo ¡oh María! puedo aun llorar y amar? ¿Tengo en mí la fuente de estas santas lágrimas de amor y arrepentimiento? Mi alma está triste hasta la muerte. Mi alma no derrama más oraciones al pie de los santos altares, ella no sabe sino lanzar gritos de espanto hacia este hermoso cielo que ella desespera de poseer. Mi fervor se ha extinguido, mi alma está lánguida! Excitada la cólera de mi Dios, El no ve en mí más que un corazón manchado con las más horribles infidelidades. Estas faltas diarias en las cuales caigo sin cesar, son crímenes á sus ojos... Yo, colmada de tantas gracias! Yo, hija de María! alma en otros tiempos privilegiada? Y no tengo bastante energía para decir: Levantémonos, salgamos de este

abismo. ¿Mi triste vida se pasará de este modo? ¿Iré con las manos vacías de obras santas, á comparecer en presencia de un Juez irritado? He aquí la muerte, la muerte inexorable.... Yo veo un Juez severo é inflexible... vos misma ¡oh Madre mia! dejándome con indignación y abandonándome á la severidad de Aquel que no es más que un Padre para mí... Temblorosa, perdida, en vano busco un asilo, no encuentro los brazos de mi Madre para estrecharme, ni sus miradas maternales para consolarme, ni ángel bueno para calmar mis angustias, ni virtuosas amigas para animarme con sus buenos ejemplos..... Abandono! miserias! desesperación! espantosa soledad!.....

*Voz de María.*—Hija mia, obedece á tu Madre: eleva tu alma, clama hacia Jesús, pronuncia con respeto su nombre adorable.

*Voz del alma afligida.*—¡Oh Jesús! ¡Oh Dios! ¡Oh presencia adorada y temerosa á la vez! libradme de mis angustias..... volved, volved á mi alma la paz que consueta, la paz que el mundo no conoce, la paz que en vos está, y que distribuis por el espíritu de consueta y de santidad. ¿Podré yo no esperar

más en vos? ¿Qué es lo que he hecho? Pero no, no era sino una triste visión que me profetizaba el espíritu de mentira. Todavía me quedan días que pasar sobre la tierra, y aun puedo merecer.....; Mas soy digna de ello? No, no, pues mi corazón ya no se dilata en el pensamiento de los encantos de la virtud, y la felicidad de los santos no le hace más palpar de esperanza.... Esta felicidad, felicidad del cielo, es para las almas generosas que se elevan hasta la más sublime práctica de la virtud. ¡Virtud! mi corazón está lleno de amor por ella, pero desvanecido por su esplendor no tiene más fuerza para adquirirla... Amor puro para con Dios, desprecio del mundo, humildad, sumisión, amor de la Cruz, dulzura, modestia, encantadoras virtudes, para las almas grandes y generosas vuestros atractivos, y para ellas también el don del Supremo Remunerador. Por mí, desalentada, desgarrada por los tormentos de la muerte, no puedo sino lloraros, llorar amargamente mi esperanza decaída, y la sociedad de los santos Hijos de Dios, y el corazón de mi Padre, y la ternura de mi Madre..... Llamada, pero indigna de ser escogida, yo re-

cordaré en la amargura de mi corazón los días en que alimentándome con la divina esperanza, con el bálsamo de las palabras de salvación, de la unción de una fervorosa oración, yo me creía ya en el cielo.

*Voz de María.*—Cesa, alma insensata, cesa por una desconfianza injuriosa, de ultrajar á un Dios demasiado bueno. Sabete que sus misericordias sobrepujan tus iniquidades. Escucha, hija mía: un padre, el más tierno que haya, ve á su hijo culpable, sentenciado á perecer con una infame muerte. Nada puede salvarlo; pero este padre, demasiado bueno, con el corazón traspasado del dolor de la pérdida de su hijo, olvida sus crímenes y su negra ingratitud, se ofrece él mismo á la justicia rigurosa; él da su vida, sufre tormentos inauditos, muere.....; ¿Qué dirías si, en el extravío de sus negros pensamientos, el hijo culpable se atrevía á exclamar: «Mi padre no me ha amado, mi padre me ha rechazado.....?» Detente, le dirías, detente, hijo desnaturalizado; ¡qué, blasfemas de tu padre!... ¡y qué padre!.....; En dónde está tu amor, en dónde tu gratitud, dónde la dulce confianza que te ha pedido, exhalando por ti su

último suspiro?.....Mas, mi querida hija, este Padre es el tuyo; este hijo culpable eres tú. El te ha dado su vida y su sangre, y te atreverías á decir que no te ama, que no te perdona?...Desvanece una desconfianza que lo affige; y si temes, hija mia, que sea de no amarle bastante, confía, espera.....espera, mi querida hija. ¿En quién esperas? ¿Será en los hombres, en tus parientes, en tus amigos? No, únicamente en Dios. En tus penas, en tus miserias, en las tempestades que el demonio suscita en tu corazón, acude pronto á tu mejor amigo, á tu Padre. Dile tus sustos, cuéntale tus penas, participale todas tus cosas, tráblale como un amigo á su amigo, y este Supremo consolador hará correr en tu alma la celestial unción que reanima y vivifica. Si no lo hiciere, si por un efecto de sus miras providenciales y siempre paternales sobre ti, quisiere prolongar tus pruebas; si se mostrase sordo á tus sollicitaciones; cree firmemente que quiere aumentar tus méritos; cree, sin titubear, que sus ojos, siempre abiertos sobre tus necesidades, miran con complacencia tus combates, tus pruebas, y que su brazo poderoso está siempre pronto á socorrerte. Las

faltas que diariamente cometes deben humillarte y no desalentarte. Lloro, pero no ofendas más al Dios que te ama. El conoce mejor que tú las miserias del corazón humano, perdona su fragilidad. Acuérdate á menudo qué bondadosa acogida te hizo en otros tiempos tu buen Padre cuando volviste á El: habías abandonado su casa; El lo sentía con dolor, y esperaba en la ansiedad de su corazón el retorno de su querida hija. Nada merecías entonces, pero El se dignó poner en tu corazón un buen movimiento. Arrepentida volviste llorando, sin atreverte á alzar los ojos. El, contento de tu retorno voló á tu encuentro; en seguida te hizo despojar de los andrajos de la miseria, mandó que se te revistiera con magnificencia; y todo resonó de alegría, porque el alma perdida había vuelto á la gracia de su Dios. Ahora, mi querida hija, la fragilidad de la naturaleza te hace cometer muchas faltas, y no conseguirías el perdón! Caes; pero con qué amor el más tierno de los padres te levanta y te estrecha en sus brazos!..... Caes aún, pero tu desgracia, lejos de irritarlo, lo penetra de compasión.....De-rramas una lágrima, y esta lágrima entenece



su corazón, y El mismo viene á consolar tu dolor.

«Ven, te dice en este momento, ven, alma querida, y recibe con amor la copa de las tribulaciones, sufre con calma las pruebas que te envió; ellas te serán una prenda de felicidad. Ten valor para decir en medio de las angustias que se agolpan sobre tu corazón: Yo seré ferviente y piadosa á pesar de todo. Nada podrá apartarme del amor de Jesús, ni los dolores, ni las persecuciones, ni la vida, ni la muerte.... Y ¿por qué temerías, oh alma de poca fe? ¿Por qué te retirarías en el momento de la adversidad? ¿No soy siempre el Dios de fortaleza y de consuelo?..... Ven, te diría en el día que su sabiduría ha señalado, ven, alma querida, recibe el ósculo de paz, gusta de las delicias de mi amor, saca del seno de tu Padre la abundancia de los consuelos celestiales, desprende enteramente tu corazón de todo lo terrenal: mis delicias son el estar contigo, á tu vez entrégate sin reserva á mi amor.»

Cumple los deseos de Jesús, mi querida hija, y hazte digna de acercarte con alegría, para que en el día de la justicia, la voz ya conocida,

la voz adorada de tu Padre, de tu amigo, te diga: «Ven, alma valerosa, fiel y constante, ven á recibir la recompensa de tus trabajos: ven, yo te coronaré.»

*Voz del alma afligida.*—Santa Madre mía, mi alma vuelve á la vida y al amor de mi Dios... «Ven, alma querida...» Esta dulce invitación ha hecho sentir en el fondo de mi corazón una cosa que no puedo expresar; es la esperanza, la alegría, la confianza... Santa Madre mía, dignaos hablarme más; vuestras palabras son para mi alma lo que á la tierra árida el rocío de la mañana.

*Voz de María.*—Querida hija mía, cuando el enemigo de tu salvación quiera aun inspirarte estos negros accesos de tristeza, corre pronto á refugiarte en los brazos de Jesús. ¿Cómo! puedes poseer el bien supremo; puedes comer el pan vivo bajado del cielo, y dejarías morir tu alma de inanición, de tristeza y de susto... Jesús reside en los tabernáculos sagrados; tiene allí las riquezas del cielo entre sus manos. Acércate á Él con un amor suplicante. Si no tienes expresiones para pintarle tus sufrimientos, muéstrale con sencillez tu corazón y tus miserias; si no tienes lágrí-

mas para llorar tus pecados, pídele que rompa la piedra, pídele con la Samaritana, de aquellas aguas que saltan hasta la vida eterna. Recibe á Jesús con un corazón humilde y dócil: dile con ingenuidad que sufres mucho.... Conmovido; enternecido de tu confianza, héme aquí, hija mía, te dirá; héme aquí, yo vengo para curarte.—¿Y qué pedís, Señor, por precio de este beneficio?—Que me ames, hija mía...—¿Y qué más haré, oh Jesús, para agradaros?—Amarme siempre más....—Pero, Señor, mi amor es débil y lánguido, y las aguas de la tribulación han inundado mi alma...—Hija redimida al precio de mi sangre, conságrame hasta tu mismo dolor, y espera en mí en la más oscura noche de las tribulaciones; entonces, enternecido por tu ingenua confianza, me haré tu guía y marcharé delante de tus pasos.

*Voz del alma afligida.*—¡Cómo! Madre mía, cuando esté triste y sin devoción, iré con las almas fervorosas á participar del divino banquete! No, no, Virgen sagrada, es entonces el sentimiento de mi indignidad el que me aparta del festín sagrado. ¿Yo recibir á mi Dios en un corazón falto de amor? Jesús sólo

llama á los corazones fervientes, y rechaza con indignación los tibios y los cobardes.

*Voz de María.*—Llama también á las almas débiles y dolientes, y á todas aquellas que tienen buena voluntad. Llama sobre todo á las almas confiadas, y á ti en particular, te llama, porque sus miras sobre ti son de misericordia y de amor. Dime, querida hija ¿cuando tus languideces y desconfianzas te apartan de la sagrada mesa, no se encuentra tu alma más enferma? No has querido apagar tu sed en la fuente de la vida, le falta el bien supremo... No tenías la paz, y no la has perdido á Aquel que sólo la dá. Has exclamado en medio de las turbaciones que te han agitado: «¿Quién me volverá la alegría? ¿Quién quitará de mi alma las tinieblas que la espantan?... Del seno del santuario ha salido una voz misteriosa, voz que consuela á toda alma fiel: Venid á mí, vosotras que buscáis en todas partes el reposo, venid y lo hallaréis en la herencia del Señor; venid y lo experimentaréis en la mesa sagrada en donde se consume en una deliciosa paz la unión del alma fiel con su Dios!... El espíritu del error ha dicho á su turno: Huye, huye, alma presun-

tuosa, no consumes por un horrible sacrilegio el acto de tu eterna reprobación.... Y con demasiada frecuencia, asustada por el lenguaje del seductor, has seguido sus perniciosos consejos; á menudo has rehusado á tu alma sedienta, la bebida divina; demasiado le has negado, en los días de su debilidad, el alimento de la vida! Reconoce, querida hija, tu engaño, gime sobre tu error, él te ha privado de muchas gracias.... En adelante acércate con alegría á la mesa sagrada; recibe en el sacramento de vida, á Jesús, y su amor, la alegría, la paz y todos los dones del Espíritu consolador; recibe allí la inteligencia para iluminar tu corazón en estos sentimientos; y, proveída de este manjar divino, marcha en paz hacia la inmortalidad.

*Voz del alma consolada.*—Así lo haré, oh tierna Madre mía! Vuestra voluntad para siempre venerada se cumplirá en mí. La fe en la bondad de mi Dios me parece más consoladora y me tiende la mano. Guiada por ella, venceré los negros artificios de Satanás, y con alegría me acercaré al tabernáculo de paz, en donde el Dios de los elegidos ha fijado su mansión, y le pediré sin cesar que en-

cienda en mi corazón la llama pura de la caridad.

*Voz de María.*—Has esto, mi querida hija, y obra con perseverancia. El Esposo llegará tal vez antes de que la noche haya terminado la mitad de su carrera. Vela sin cesar y sé pronta para recibirlo. El hombre á penas ha comenzado á vivir, cuando toca á su fin; porque nada tiene duración sobre la tierra. Valor, pues, hija mía, valor, el cielo te está esperando al fin de tu peregrinación.

## MÉTODO PARA OIR LA SANTA MISA

en unión de los Sagrados Corazones

## DE JESÚS Y DE MARÍA

EN EL CALVARIO.

Según el Concilio de Trento, *el Santo sacrificio de la Misa es el mismo que el de la Cruz, puesto que es la misma víctima la que se ofrece en ambas, con esta sola diferencia, que Jesucristo, Soberano Sacerdote, se ofrece El mismo de un modo inculpato, por mano de los sacerdotes sus ministros.* El mejor método para oír la Misa, es pues, figurarnos el altar como un nuevo Calvario, ó más bien trasportarnos en espíritu sobre el Calvario, uniéndonos á las disposiciones del Sagrado Corazón de Jesús, ofreciéndose á su Padre para reparar los ultrajes hechos á su gloria, expiando los pecados de los hombres; y á las disposiciones del Corazón de María, que fueron en todo perfectamente conformes á las de su divino Hijo.

He aquí lo que leemos en la vida de la ve-

nerable Margarita María de la Visitación, que fué favorecida de tantas revelaciones con relación á la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; revelaciones suficientemente reconocidas por la Iglesia, que ha autorizado la fiesta y el culto del Sagrado Corazón, conforme á estas mismas revelaciones: *Nuestro Señor mismo á su piadosa sierva dijo, que oyese la santa Misa con las disposiciones del Corazón de María al pie de la Cruz, ofreciendo al Padre Eterno la pasión y los sufrimientos de su Hijo, para alcanzar la conversión de los corazones infieles y endurecidos.*

Aconsejamos á las personas que se sirvan de este método, no recorrerlo por entero en cada Misa, sino tomando sucesivamente una parte todos los días y leyéndola con reflexión. Una vez que uno se ha unido al sacerdote, toda oración vocal ó mental, basta para asistir al Santo Sacrificio, pero el ejercicio más perfecto es ciertamente la meditación de la pasión de Jesucristo, y enseñar este ejercicio de viva voz ó por escrito, es una obra de celo muy agradable á los sagrados Corazones de Jesús y de María.

**Oración para antes de la Misa.**

Corazón adorable de Jesús, solo perfecto adorador de la divina Majestad y único mediador entre Dios ofendido y el hombre culpable, me uno á las intenciones que os llevan á inmolaros sobre la Cruz, y que os llevan aún á inmolaros todos los días sobre el altar. Haced que asista á esta Misa con los sentimientos de que estaba penetrado el Corazón de María sobre el Calvario, y al pie de los altares, cuando después de ella asistía á la Misa celebrada por los Apóstoles.

Alcanzadme, divino Corazón de María, la fe viva y el amor ardiente con los cuales os inmoluabais en unión de la divina víctima.

**Durante el Confeiteor.**

Considerad al Corazón de Jesús agonizando en el huerto de los Olivos, y sumergido en la tristeza, á vista de vuestras ingratiudes y de los castigos que ellas han merecido, el Corazón de María, retirada en la soledad, compartiendo toda la tristeza del Corazón de su divino Hijo.

Divino Jesús, yo estaba presente en vuestro pensamiento, con la horrible multitud de mis pecados, cuando vuestro Corazón fué sobrecogido por el temor, por la tristeza y el

tedio, en vista del cáliz amargo de la pasión que se os presentaba para expiarlos. Yo soy la causa, por mis ingratiudes, de vuestra agogía mortal y del sudor de sangre con el cual habéis regado el jardín de los Olivos. Soy yo quien ha sumergido el Corazón de María en un Océano de amargura. Sí, es *por mi culpa* que Jesús y María han sufrido tan crueles padecimientos durante todo el curso de la pasión, es *por mi propia culpa, es por mi grandísima culpa*. Perdonadme, Corazón misericordioso de Jesús, como perdonasteis á la Magdalena penitente y al ladrón arrepentido y resignado sobre su cruz. Suplico al Corazón de la bienaventurada María, siempre Virgen, que interceda por mí, á fin de que alcance un corazón contrito y humillado que me haga obtener gracia delante de la divina clemencia.

**Al Introito y á los Kyries:**

Acompañad en espíritu á Jesucristo, cargado de cadenas, delante del tribunal del Sumo Sacerdote.

Es para libramme de las cadenas del pecado y congratularme de la santa libertad de los hijos de Dios que vuestro Corazón generoso,

¡oh divino Salvador! ha consentido en sufrir las cadenas y la prisión. Es por el mismo sentimiento de misericordia y de caridad que vuestro Corazón, ¡oh María! ha consentido el humilde cautiverio de vuestro Hijo. Yo, ciego é ingrato, he renunciado, por el pecado, al beneficio de mi Redención, y me he comprometido de nuevo en más vergonzosa esclavitud, bajo la tiranía del demonio y de los malos hábitos. Corazones sagrados de Jesús y de María, tened compasión de mi miseria y reclamad para mí, os lo ruego, la misericordia de la Santísima Trinidad, á fin de que, renunciando á las costumbres y hábitos del pecado, vuelva á la posesión de los derechos que el bautismo me confirió, y que honre en adelante, por la santidad de mi vida, al Padre celestial que me adoptó, al Hijo de Dios que me ha hecho miembro de su cuerpo místico, y al Espíritu Santo que quiere habitar en mí como en su templo viviente.

#### AL Gloria in Excelsis.

Contemplad á Jesucristo confesando su divinidad delante del Tribunal del Sumo Sacerdote, aunque sepa que esta generosa confesión no le atraerá más que ultrajes y una sentencia de muerte.

En los oprobios y humillaciones de la Pasión, el Corazón de Jesús adora, alaba, bendice y glorifica las perfecciones divinas que han hallado el secreto admirable de castigar el pecado sin perder á los pecadores, haciendo caer todo el rigor de la justicia sobre el Justo y el Santo, porque se ha hecho fiador de sus crímenes. El Corazón de María se une á las adoraciones, á las alabanzas y á las acciones de gracias del Corazón de Jesús.

Permitidme, Trinidad Santísima, que me una á los homenajes que os rinden estos divinos Corazones, y que bendiga vuestra santidad, vuestra justicia, vuestra sabiduría, vuestra misericordia, vuestra bondad infinita en el tiempo y en la eternidad. Así sea. ®

**A las Oraclones.**

Transportaos en espíritu á la prisión en donde Jesús, entregado á la custodia de los soldados y criados del Sumo Sacerdote, es llenado de oprobios durante la noche de su Pasión.

Cordero divino, vuestra lengua se quedaba muda mientras que vuestros enemigos os daban bofetadas, manchaban vuestro rostro adorable con inmundas salivas y blasfemaban contra vuestra divinidad, pero vuestro Corazón caritativo pedía gracia para estos impíos y para todos los pecadores que os han ultrajado por su boca y por sus manos. Amable Corazón de Jesús, pedid gracia por mí; y vos, augusta Maria, alcanzadme que grabe en mi corazón y que imite como vos los ejemplos de dulzura, humildad, paciencia y caridad que me ha dado vuestro adorable Hijo.

**A la Epístola.**

Seguid á Jesucristo enviado del Tribunal de Caifás al de Pilatos, y del Tribunal de Pilatos al de Herodes.

Es para recibir más oprobios por lo que habéis querido comparecer sucesivamente delante de los Tribunales de tantos jueces inicuos, ¡oh divino Jesús! es á fin de merecer á vuestros

fieles discípulos la gracia de estimar su dicha cuando ellos son *Calumniados y perseguidos por la justicia*: ¡Tan ávido era vuestro Corazón de humillaciones! ¡Y tenía tanto celo y tanta caridad! Oh Maria, vos fuisteis la primera en penetraros de los sentimientos del Corazón de vuestro Hijo, en aprovecharos en su escuela, de esta grande lección que El nos ha dado: *Aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón*. Vos perdonasteis generosamente á estos jueces injustos y crueles, que á porfía hacían sufrir al Santo de los santos, anunciado por tantas profecías y deseado de todas las naciones, las afrentas y las ignominias. ¡Corazón de Maria! alcanzadme la gracia de conformarme como vos á los sentimientos del Corazón de vuestro Hijo, y de volver á mis enemigos el amor por el odio, los servicios por los malos tratamientos, y las bendiciones por las maldiciones.

## Al Evangello.

Escuchad con fe esta declaración que Jesús hace á Pilatos: "He venido al mundo á fin de dar testimonio á la verdad. Aquel que pertenece á la verdad escucha mi voz." (Joan. 18, 37.) Gemid sobre la indiferencia de Pilatos, que, después de haber preguntado á Jesús: ¿Qué cosa es la verdad? sale, sin esperar una respuesta de la cual dependia su salvación.

Sí, yo creo, ¡oh divino Jesús! que es para dar testimonio á la verdad por lo que habéis venido al mundo. Vuestro Corazón compasivo ha sido conmovido al verlo desolado por los errores y los vicios; y entonces, precisado por las entrañas de vuestra misericordia, habéis venido para enseñarle, por vuestra doctrina y vuestros ejemplos, el verdadero camino que conduce á la vida. No permitáis, Señor, que yo imite al infiel Pilatos y á tantos otros indiferentes en materia de religión. Haced al contrario, que por mi docilidad en escuchar vuestra voz, me muestre constantemente hijo de la verdad. ¡Oh María! que con tanto cuidado conservabais en vuestro corazón las palabras de vuestro Hijo, que merecisteis ser proclamada bienaventurada, más por vuestra fidelidad en ponerla en práctica, que por el privilegio de la maternidad divina, alcanzadme la

gracia de imitar vuestra fidelidad profesando abiertamente la fe católica, y practicando sin respeto humano, todos los deseos que ella impone.

## Al Credo.

Bienaventurada sois, ¡oh María! porque habéis creído los inefables misterios que os han sido revelados del cielo: *Beata quæ credidisti* (Luc. 1, 44), y es en recompensa de vuestra fe por lo que habéis sido elegida para ser la cooperadora de su cumplimiento. Los anonadamientos de la encarnación, las humillaciones del pesebre y los oprobios de la Cruz, no pudieron ni por un solo instante haceros dudar de la divinidad de vuestro Hijo, ni de la verdad de las promesas del cielo. Alcanzadme ¡oh Madre del Verbo encarnado! la invulnerable firmeza de vuestro Corazón, á fin de que yo crea constantemente todas las verdades que me han sido reveladas por vuestro Hijo y que la Iglesia católica me enseña, para que nunca los escándalos de la incredulidad, ni las persecuciones del mundo me impidan hacer de las verdades de la fe, la regla de mis pensamientos, de mis palabras y de toda mi conducta.



## Al Ofertorio.

Considerad cómo un respeto humano lleva á Pilatos á hacer sufrir á Jesús el suplicio de la flagelación, y de la coronación de espinas, y en fin, á pronunciar contra el Hijo de Dios una sentencia de muerte, á pesar de estar convencido de su inocencia.

Es para expiar nuestros pecados de orgullo y de sensualidad por lo que habéis consentido, ¡oh Jesús! en ser azotado y coronado de espinas. Es para rendir un soberano homenaje al dominio de vuestro Padre sobre la vida y sobre la muerte, por lo que queréis someteros á esta sentencia de muerte pronunciada por un juez pagano: vuestro Corazón generoso tiene celo por la gloria de Dios y la salvación de los hombres! Es por este mismo espíritu de celo y de caridad, por lo que el corazón de vuestra divina Madre consiente en esta cruel sentencia, y en veros inmolado en la Cruz. Adorable Redentor, que aun vais á inmolarnos sobre el altar, aceptad la ofrenda que os hago en este sacrificio, de todo lo que tengo, de todo lo que soy y de todo lo que poseo ó podré en adelante poseer sobre la tierra. Demasiado feliz, si en unión á vuestro sacrificio y el de vuestra Madre, pudiera inmolarme por

causa de la fe ó por la santificación de las almas que habéis redimido con vuestra sangre.

## Al Orate. Fratres y Oraciones Secretas.

Considerad con qué amor Jesús recibe la Cruz, instrumento de nuestra salvación, y que sus enemigos ponen sobre sus hombros.

Vos habéis dicho, ¡oh divino Jesús! hablando de vuestra pasión: *Yo debo ser bautizado con un bautismo de sangre, y ¡cuánto deseo que se cumpla!* (Luc. 12, 50.)

Con qué amor abrazasteis la Cruz que debía ser el instrumento de este bautismo sangriento, en pos del cual suspiraba vuestro divino Corazón! ¡Es la malicia de los hombres la que os lo ha preparado! y vos lo aceptáis de mano de vuestro Padre, que se sirve de las malas disposiciones de ellos para cumplir con los designios eternos de su misericordia. Vuestro Corazón, ¡oh María! compartía los sentimientos del Corazón de vuestro Hijo, y se resignaba á llevar una Cruz interior, la cual no era menos cruel. Alcanzadme la gracia de recibir amorosamente las cruces que la Divina Providencia me tiene preparadas, en las penas y aflicciones de la vida, y que

las haga servir según sus adorables designios por la expiación de mis pecados, el ejercicio de la humildad, de la penitencia, de la caridad, y para aumentar mis merecimientos.

**Al Prefacio y al Sanctus.**

Contemplad á Jesús caminando del Pretorio al Calvario cargado de su Cruz.

«Elevad vuestros corazones!» *Sursum Corda!* nos dice el celebrante, á fin de invitarnos á pensamientos y á sentimientos dignos de la acción por excelencia que está para cumplirse. ¡Elevad los corazones, exclaman Jesús y María subiendo al Calvario! Destiérrense los pensamientos bajos y terrestres, fuera los sentimientos carnales y humanos. Quiero entrar en las intenciones y los sentimientos de vuestro Corazón. ¡Oh divino Jesús! Subís al Calvario para rendir allá á la divina Majestad el soberano homenaje que le es debido, para rendir á la divina bondad las acciones de gracias proporcionadas á sus beneficios, para ofrecer á la divina justicia una satisfacción que compense perfectamente la injuria que nuestros crímenes han hecho á su santidad, y en fin,

alcanzar de la divina Clemencia toda gracia y toda bendición. El Corazón de María se une á vuestras intenciones y á vuestros sentimientos acompañándoos al Calvario. Con las mismas intenciones y sentimientos os ofrezco este santo sacrificio. ¡Oh Trinidad Santísima! yo me uno á los coros de los ángeles, de los arcángeles, de los tronos y de las dominaciones, y de todas las potestades de la milicia celestial: ellos glorifican vuestra Santidad infinita durante el sacrificio del Calvario, la glorificarán hasta la consumción de los siglos durante la oblación de la Santa Misa, y sin fin durante la eternidad.

**Después del Sanctus hasta la Consagración.**

Contemplad á Jesús, el Cordero sin mancha, despojado de sus vestiduras, puesto sobre la Cruz y clavado en el altar de su sacrificio.

¿Hasta este punto me habéis amado? ¡oh divino Jesús! hasta entregaros por mi amor á los tormentos del más ignominioso y del más cruel de los suplicios.

¡Es así como habéis querido expiar el uso pecaminoso que he hecho tan á menudo de mis pies y de mis manos! Aun no he comen-

zado á amaros, al contrario, hasta este día os he ofendido y contristado vuestro adorable Corazón, por mis ingravidades y mis infidelidades. Clavad hoy todos mis pecados á vuestra Cruz, así como la sentencia de muerte que me han merecido, á fin de que sean borrados, y detenida mi sentencia por la sangre que corre de vuestras sagradas llagas.

Padre celestial, yo os ofrezco, al Cordero que borra los pecados del mundo, en expiación de todos los pecados de los hombres y por los cuales se ha ultrajado á vuestra Majestad santa; dignaos, á vista de sus méritos, concedernos el perdón de ellos. Os ofrezco la caridad infinita que lo llevó á inmolarse por vuestra gloria y la salvación del género humano, en expiación de mi tibieza en vuestro servicio. Os ofrezco á este mismo fin, los dolores crueles del Corazón de María; cuando en sus oídos resonó el ruido horrible de los martillos que clavaban los pies y las manos de su Hijo muy amado, y el espantoso eco del Calvario que, rodoblando los golpes, aumentaba sus tormentos y multiplicaba las lanzas que traspasaban su alma.

Es por los méritos de la caridad infinita del

Corazón de vuestro Hijo, y de los dolores del Corazón inmaculado de María, por lo que os suplico, ¡oh Padre Todopoderoso! protejáis vuestra Iglesia y á los pastores que la gobiernan en medio de tantos peligros y combates. Concedednos á todos la luz y la fortaleza necesaria para dirigirnos, sin naufragar á través de tantos escollos, y de conducirnos al puerto de la salvación. Dignaos poner un término á los extravíos que causan la incredulidad, el cisma y la heregia en la viña regada por la sangre y los sudores de los Apóstoles y de los Mártires; concedednos á todos, y especialmente á las personas por las cuales estoy obligado á rogar, días tranquilos sobre la tierra y la dicha de ser contados en el número de vuestros elegidos en el cielo.

**Después de la Elevación hasta el Pater Noster**

Contemplad á Jesucristo elevado en la Cruz entre el cielo y la tierra; haciendo el oficio de Mediador entre Dios y los hombres, mientras que María al pie de la Cruz, cumple con el oficio de medianera cerca de Jesús, Soberano Mediador.

Oígo, ¡oh divino Jesús! que decís á vuestro Padre como en el día de vuestra entrada en el mundo por medio de la Encarnación: *Las*

víctimas y los holocaustos que en la antigua ley os ofrezcan, no pueden ya agradaros ni detener vuestra cólera. Heme aquí, oh Padre mío! en estado de víctima, me habéis revestido de un cuerpo; yo os lo ofrezco en sacrificio por los pecados de todos los hombres; lo inmolo á vuestra gloria en reparación de todos los ultrajes que os han sido hechos por los pecadores. Escrito está que en todo haré vuestra voluntad, así lo quiero, oh Padre mío! en medio de mi corazón está grabada esta voluntad santa; y satisfecho de haberos obedecido hasta la muerte, y muerte de Cruz, quiero obedéceros hasta la consumación de los siglos, inmolándome todos los días entre las manos de los sacerdotes mis ministros.

Si, Padre Santo, yo creo firmemente que vuestro adorable Hijo está en este momento sobre este altar en calidad de víctima. A vuestra gloriosa Majestad, ofrezco esta hostia pura y santa, esta hostia inmaculada, este pan de vida eterna, este cáliz de salvación. Haced, Señor, que esta oblación sin mancha sea llevada por manos de vuestro santo Angel sobre el altar sublime, en el cielo, á fin de que apacigüe vuestra justicia y me alcance de vuestra misericordia toda suerte de gracias y ben-

diciones. Es por el Corazón de Jesús, en el Corazón de Jesús y con el Corazón de Jesús ofreciéndose Él mismo sobre el altar, por lo que yo os rindo, Trinidad Santísima, todo honor y toda gloria sobre la tierra; es en el Corazón de Jesús, por el Corazón de Jesús y con el Corazón de Jesús, por lo que yo espero, pecador como soy, rendiros todo honor y toda gloria durante la eternidad.

Corazón de María, traspasado por el puñal del dolor á vista de Jesús inmolado sobre la Cruz, y durante el resto de vuestra vida, con la vista de la adorable víctima ofrecida sobre el altar, por manos de los Apóstoles, que renovaba todos vuestros dolores del Calvario; dignaos hacerme participar de vuestras angustias y de las llagas de vuestro Hijo, muerto para redimirme; alcanzadme el unirme durante mi vida á su Pasión y á vuestros dolores; alcanzadme el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, por lo cual el Corazón de Jesús abrazó vuestro corazón sobre el Calvario, pero sobre todo un celo constante por la santificación y la salvación de mi alma redimida á tan gran precio.

**Al Pater Noster.**

Las personas á quienes este ejercicio pareciere demasiado largo, pueden omitir esta paráfrasis del *Pater noster* y se contentarán con rezar la *Oración Dominical*. Escuchad y meditad las siete palabras de Jesús en la Cruz, y haced con confianza las siete peticiones de la *Oración Dominical* que Jesucristo mismo nos enseñó.

1.<sup>o</sup> *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre.*—Esta petición es justamente la primera, puesto que la santificación y la gloria de vuestro santo nombre, ¡oh Dios mío! es el primero y el más excelente de todos los bienes; por los cuales debo sin vacilar sacrificar los demás, con la misma generosidad que Jesús, vuestro Hijo, cuando inmoldando á vuestra gloria su vida que era de un precio infinito, os dijo antes de expirar: Padre mío, en tus manos entrego mi espíritu.

2.<sup>o</sup> *Venga á nos tu reino.*—Reinad, ¡oh mi Dios! en mi corazón, por vuestra gracia; ¡pueda yo contribuir á haceros reinar en todos los corazones, por la caridad! Pueda yo, pecador como soy, tener el consuelo de oír á la hora de mi muerte, las palabras que llenaron de consuelo al buen ladrón en la Cruz: *Hey serás conmigo en el paraíso!*

¡Oh Maria! que por vuestra mediación, al-

canzasteis una santa muerte á este gran criminal, alcanzadme morir con la muerte de los justos, á fin de gozar con vos y vuestro Hijo en la gloria:

3.<sup>o</sup> *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.*—Concededme, ¡oh Dios mío! la gracia de imitar, no solamente la fidelidad con que los ángeles cumplen vuestra voluntad en el cielo, sino sobre todo la perfecta obediencia de Jesús vuestro Hijo, que en el huerto de los Olivos repitió tanto estas admirables palabras: *Que vuestra voluntad se cumpla y no la mía*, y que diciendo sobre la Cruz: *Sed tengo*, estaba sobre todo sediento de hacer vuestra voluntad santa.

Alcanzadme, ¡oh Maria! practicar esta perfecta conformidad de Dios de que me habéis dado el ejemplo durante toda vuestra vida, pero sobre todo durante la Pasión de vuestro divino Hijo.

4.<sup>o</sup> *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.*—¡Oh Padre celestial! vuestra Providencia cuida de todos los que en ella confía sólo vuestro muy amado Hijo ha podido decir en la Cruz: *¡Oh Dios! ob Dios mío! ¿por qué me habéis abandonado?* Era preciso para que así

no séamos abandonados al rigor de vuestra justicia, después de habernos separado de vos por el pecado, y vos habéis entregado á vuestro Hijo á los oprobios y á los tormentos, sin socorro ni consuelo.

No, yo no quiero más abandonar á mi celestial Padre, no quiero más abandonaros, ¡oh divino Jesús! porque sólo vos tenéis palabras de vida eterna, que son, con la gracia y la santa Eucaristía, el alimento de mi alma.

5º *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*— ¡Oh Dios mío! podré yo dejar de perdonar á mis enemigos, cuando os oigo, olvidando vuestros tormentos, elevar la voz para implorar el perdón de vuestros verdugos: *Padre mío, perdónadles, ellos no saben lo que hacen;* cuando veo á María al pie de la Cruz pedir gracia por los enemigos de su Hijo! Con todo mi corazón perdono, para imitar la caridad de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y merecer con esto alcanzar el perdón de mis numerosas ofensas.

6º *No nos dejes caer en la tentación.*— Nada tengo que temer de las tentaciones, si no tengo la temeridad de exponerme á ellas, pues

que de lo alto de vuestra Cruz, ¡oh Jesús! me habéis dado una poderosa protectora en vuestra Madre, á quien le habéis encomendado velar sobre mí como un hijo confiado á la ternura de su corazón maternal: *Mujer, he ahí á tu Hijo.*— *Hijo, he aquí á tu Madre.* ¡Oh dichosa esperanza! ¡Oh refugio seguro! exclamaré con San Bernardo, *la Madre de Jesús es mi Madre, Jesús es pues mi Hermano, yo el hermano de Jesús!* En mis tentaciones, acudiré al Corazón de Jesús, mi divino Hermano; acudiré al Corazón de María, mi divina Madre, y así alcanzaré victoria de todos mis enemigos.

7º *Mas libranos de todo mal.*— Libradnos del pecado, el mal soberano; libradnos de la muerte en estado de pecado, y de la condenación, que es el mal eterno. Cuando por mi perseverancia, haya consumido la obra de mi salvación, no tendré ningún mal que temer y ya podré decir sin ningún temor, con Jesús moribundo: *Todo está consumado.* Pero, hasta entonces, debo desconfiar de mi inconstancia y de mi debilidad, y os suplico, Señor, por la intercesión de la bienaventurada María Madre de Dios, siempre Virgen, me li-

bréis de todos los males pasados, presentes y venideros. Dadnos, ¡oh Dios mío! dad á vuestra Iglesia la tranquilidad y la paz. Alma misericordiosa de mi Jesús, que bajasteis al limbo para consolar allí á las almas de los justos, os suplicamos concedáis por los méritos de este Santo Sacrificio á los fieles difuntos el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz.

**Á la fracción de la Hostia antes del Agnus Dei.**

Contemplad la abertura del sagrado Costado, del cual corren el agua y la sangre para nuestra justificación.

Vuestro Corazón abierto por la lanza me convida á la compunción, ¡oh divino Jesús! pues que son mis pecados los que os han hecho esta cruel y profunda herida: pero esta herida ha sido más cruel aún para vuestro Corazón, ¡oh María! que para el de Jesús. «¡Oh tierna Madre mía! os diré con San Bernardo, es entonces cuando vuestra alma santa fué traspasada, según la profecía de Simeón. Porque la lanza cruel ya no podía alcanzar el alma de Jesús, que había ya salido de su cuerpo, pero vuestra alma estaba toda entera en su Corazón cuando fué heri-

do por el fierro del soldado. Entonces fué cuando merecisteis el título de Reina de los mártires, porque habéis sufrido más que todos los mártires juntos, porque el sufrimiento del alma es mayor suplicio que todos los tormentos del cuerpo.» ¡Oh María! que recogisteis con tanto respeto, según lo refiere la tradición, el agua y la sangre que corrieron del sacrosanto Costado entreabierto por la lanza, dignaos aplicarme los méritos de esta sangre adorable, de la cual sois la dispensadora, y purificad mi alma de sus manchas con esta agua saludable.

«Señor Jesús, diré aún con Santa Brígida, «yo os ruego por vuestro Sagrado Corazón traspasado por la lanza, que traspaséis mi corazón con las flechas de vuestro divino amor, «á fin de que muerto al mundo, yo os ame únicamente, no de boca y en palabras, sino en obras y en verdad.»

**Al Agnus Dei y á la Comunión.**

Contemplad el cuerpo de Jesucristo desprendido de la Cruz, y entregado á su Santísima Madre, y después embalsamado y puesto en el sepulcro.

¡Oh la más afligida de las Madres! cuál no sería vuestro dolor, cuando sentada sobre la roca del Calvario, tuvisteis sobre vuestras rodillas y en vuestros brazos el cuerpo sangriento de vuestro Hijo! Contemplabais sucesivamente su rostro acardenalado y manchado de salivas, su frente traspasada por las espinas, sus ojos apagados y su boca entreabierta; recorríais con los ojos las innumerables llagas de que este cuerpo divino estaba cubierto, pero sobre todo deteníais vuestras miradas sobre la llaga de su sagrado Costado abierto por la lanza; cubríais con vuestros besos y lágrimas maternales á aquel cuerpo inanimado, lo estrechabais contra vuestro Corazón herido de dolor, porque estaba ardiendo de amor. Haced pasar á mi corazón, oh tierna Madre mía! vuestro dolor y vuestro amor, á fin de que la contrición y la caridad lo dispongan á recibir dignamente el cuerpo y la sangre de vuestro Hijo en la sagrada comunión.

*(Si no hacéis la comunión sacramental, haced al menos la comunión espiritual, excitando en vuestro corazón un ardiente deseo de recibir realmente la Sagrada Eucaristía.)*

Según la piadosa tradición, ayudasteis, ¡oh Madre afligida! á José de Arimatea y á Nicodemus á embalsamar y á sepultar el cuerpo de vuestro Hijo. Permitidme, ¡oh tierna Madre mía! que ofrezca á Jesús las disposiciones de vuestro Corazón, para suplir las que me faltan. Que no pueda en este momento en que se digna bajar á mi corazón para recibir allí una nueva sepultura, ofrecérselo renovado por la penitencia! Que no pueda representar los sudarios de lino fino por la pureza de mi conciencia; la mirra y el aloe, por la mortificación interior y exterior; el buen olor de los perfumes, por la santidad y la edificación de mi vida; la piedra, los sellos y los guardas del sepulco, por mi vigilancia! Hacedme, oh María! participar de los sentimientos de que vuestro corazón estaba penetrado en el momento de la Encarnación del Verbo en vuestras castas entrañas, y del fervor de vuestras comuniones, cuando asistíais al augusto sacrificio de la misa, celebrado en vues-



tra casa por el discípulo muy amado vuestro hijo adoptivo.

**Desde la Postcomunión hasta el fin de la Misa**

Contemplad á María ocupada, mientras que el cuerpo de Jesús reposa en el sepulcro, meditando en su celda solitaria el misterio de la pasión, esperando que su Hijo resucitado venga á consolarla con su presencia.

No fué sino con pena, oh María! que os apartasteis del sepulcro en el que habíais depositado el adorable cuerpo de vuestro Hijo; no es sino con pena que yo también me apartaré de los altares santos, en los que lo he visto ofrecido por mí en sacrificio, y de la sagrada mesa, en la que he tenido la dicha de recibirlo en la Eucaristía. Pero al retiraros del Calvario, dejasteis vuestro Corazón en el sepulcro unido con el de Jesús, mientras que vuestra alma acompañaba á su alma santa en el limbo. Oh Dios de las virtudes! también deseo que mi alma esté siempre unida á vuestra alma santa; al retirarme de vuestro templo, quiero dejar mi corazón en el tabernáculo en el que estáis de noche y de día presente por mi amor. Angel santo, que Dios me ha dado por guía, haced mis veces al pie de los altares, á fin de continuar el homenaje

de mis acciones de gracias, por los beneficios sin número de los que he sido colmado.

Os ofrezco especialmente, oh mi Dios! en gratitud del beneficio de esta Misa y de esta comunión, las acciones de gracias del Corazón de Jesús en el día de la institución de la Eucaristía, y las acciones de gracias del Corazón de María después de la Encarnación del Verbo y de sus fervorosas comuniones.

Con el alma de María, mi alma glorifica al Señor, y en unión de su espíritu, mi espíritu se enternece en el Dios mi Salvador, porque el Todopoderoso ha hecho también por mí grandes cosas: que su santo nombre sea para siempre bendito!

Benedicidme, oh Jesús! como bendijisteis á vuestra Madre, cuando después de vuestra Resurrección os aparecisteis á ella; bendicidme como habéis bendecido á vuestros discípulos, reunidos con vuestra Madre sobre la montaña de los Olivos, en el día de vuestra Ascensión. Benedicidme, Corazones sagrados de Jesús y de María, que sois la fuente de todas las bendiciones; hacedme la gracia de conservar hasta el fin los frutos preciosos del sacrificio del Calvario, que acaba de ser re-

presentado y renovado de una manera no sangrienta sobre este altar.

Oh Jesús! haceme la gracia de que perseverare en vuestro amor, y de que conserve hasta el fin el fruto de las Misas que oigo, y de las comuniones que he tenido la dicha de hacer, á fin de que en el último día colocado á vuestra diestra con vuestros escogidos merezca oír estas palabras de bendición eterna. *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino de los cielos que os ha sido preparado desde el principio del mundo.*

Es la gracia que os pido por la intercesión del Corazón inmaculado de María, vuestra Madre y la mía.

## PREPARACIONES PARA LA COMUNION

EN LAS

## PRINCIPALES FESTIVIDADES DE LA SMA. VIRGEN.

EL 23 DE ENERO.

### LOS DESPOSORIOS DE LA SMA. VIRGEN.

#### PREPARACION PARA LA COMUNION.

1. *¿Quién viene?* Jesús, Esposo de las almas; "Esposo tierno, apasionado, trasportado, y cuyo amor se muestra por efectos inauditos," (Bossuet, Elev.) y en la Encarnación, en el pesebre, en la soledad de Nazareth, en el pretorio, en el Calvario y sobre nuestros altares.

2. *¿A quién viene?* A una criatura indigna de su preferencia, que sólo tiene por dote su nada, que nada puede ofrecerle que no tenga de su liberalidad, y á quien él no pide para herir su corazón, más que una sola mirada, un suspiro, una intención, un deseo, un retorno de tantos é incomprensibles beneficios.

presentado y renovado de una manera no sangrienta sobre este altar.

Oh Jesús! haceme la gracia de que perseverare en vuestro amor, y de que conserve hasta el fin el fruto de las Misas que oigo, y de las comuniones que he tenido la dicha de hacer, á fin de que en el último día colocado á vuestra diestra con vuestros escogidos merezca oír estas palabras de bendición eterna. *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino de los cielos que os ha sido preparado desde el principio del mundo.*

Es la gracia que os pido por la intercesión del Corazón inmaculado de María, vuestra Madre y la mía.

## PREPARACIONES PARA LA COMUNION

EN LAS

## PRINCIPALES FESTIVIDADES DE LA SMA. VIRGEN.

EL 23 DE ENERO.

### LOS DESPOSORIOS DE LA SMA. VIRGEN.

#### PREPARACION PARA LA COMUNION.

1. *¿Quién viene?* Jesús, Esposo de las almas; "Esposo tierno, apasionado, transportado, y cuyo amor se muestra por efectos inauditos," (Bossuet, Elev.) y en la Encarnación, en el pesebre, en la soledad de Nazareth, en el pretorio, en el Calvario y sobre nuestros altares.

2. *¿A quién viene?* A una criatura indigna de su preferencia, que sólo tiene por dote su nada, que nada puede ofrecerle que no tenga de su liberalidad, y á quien él no pide para herir su corazón, más que una sola mirada, un suspiro, una intención, un deseo, un retorno de tantos é incomprensibles beneficios.

3. *¿Por qué viene?* «Para llamarla á la sociedad, no sólo de su reino, sino de su real tálamo, colmándola de dones, de castas delicias, gozando en ella, dándose á ella, y dándole no solamente todo lo que tiene, sino también todo lo que es: su cuerpo, su alma, su divinidad, y preparándole en la vida futura una unión incomparablemente más grande.» (Bossuet, Elev.)

*Oración Jac.*—El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Oh grito del Verbo hecho carne que saca al alma de su fango y que le dice: Ven, resuena sin cesar en el fondo de mi Corazón! ¡Oh grito del alma suplicante que, del seno de su miseria, responde: Venid, ¡sea mi clamor continuo!

#### ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo, en medio de vuestro corazón, que os presenta su mano traspasada por los clavos, y que os dice: «Dadme vuestra fe, y recibid la mía. Nunca os repudiaré, oh alma, que de toda eternidad he elegido.» (Bossuet.) Yo os he hallado en vuestra impureza, os he la-

vado, os he adornado, he tendido mi manto sobre vos, y os he revestido con los méritos de mi humanidad, con los esplendores de mi divinidad, y así habéis sido mía: *Et facta es mihi.* (Oseas, 11; Ezeq., 16.) Y vos, postrada á sus pies, diciendo: Los esposos de este mundo se presentan á las bodas adornados con lo que tienen de más precioso: y vos, mi Señor, venís á estas castas nupcias de las almas coronado de espinas, cubierto de cardenales y de llagas. ¡Oh! ¿cuándo, pues, iré á vos revestida con los mismos adornos? Sólo entonces yo seré menos idigna de vos.

«Esposa, cuidado á los santos é inexorables celos de vuestro Esposo. No dividáis vuestro corazón, no seáis infiel, porque si rompéis el sagrado contrato que tenéis formado con él en vuestro bautismo, en la comunión, ¿cuál no será contra vos su justo furor!» (Boss., Elev.)

3. No hagáis ningún esfuerzo con la mente ni aún de corazón, para uniros á Jesucristo; llevad solamente vuestro corazón aparte: el Esposo sagrado encontrándoos en la soledad, hará su obra. No hagáis nada de extraordinario... Abrid vuestro corazón al Es-

poso que sólo quiere gozar. ¡Oh qué admirable secreto! ¿Es posible que Dios haga tales cosas en su criatura? ¡Que obre, pues, como dueño, puesto que es un Maestro tan lleno de amor! Amén, amén.» (Boss.)

*Oración Jac.*—Vos habéis dicho, Señor mío, *No es bueno que el hombre permanezca sólo;* pero si no sois vos mismo el ayuda y el sostén de su debilidad, ¿cómo podrá sufrir el peso de esta miserable vida?

**EL 2 DE FEBRERO.**

**LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.**

PREPARACION.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, el cual al ver que Dios rechazaba los sacrificios y las obla- ciones de la ley antigua, ha dicho: «Heme aquí, ¡oh Dios mío! para hacer vuestra volun- tad,» ofreciéndose así con anticipación á to- dos los dolores y á todas las agonías del huer- to de los Olivos y del Calvario.

2. *¿A quién viene?* A una alma imposi- bilitada para hacer algo que pueda reparar las ofensas de que se ha hecho culpable hacia su

Dios, y que le ruega que no la deje salir de este mundo, sin que primero comience á amarlo y á servirlo en verdad.

3. *¿Por qué viene?* Para hacer de vuestra alma un santuario, y de vuestro corazón un altar, en el cual el fuego de su amor pueda arder continuamente y tributar así una gloria infinita á su Padre por la ofrenda que le ha- céis de su Sagrado Corazón unido al vuestro.

*Oración Jac.*—Ave, María, llena de gra- cial en los brazos de la cual un Dios se in- mola á un Dios.

ACCION DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucris- to, depositado por las manos de María en el fondo de vuestro corazón de un modo mil ve- ces más íntimo que lo fué entre los brazos de Simeón. Y vos, recibéndolo entre los brazos del amor, y diciéndole, con este santo ancia- no: Ahora sí, Señor, dejaréis morir á vues- tro siervo en paz, pues que mis ojos han vis- to á mi Salvador, y lo que mi corazón posee es esta luz que ha convertido á las naciones, es Cristo, el deseado que vuestro Espíritu

Santo llamaba en el fondo de mi alma, y sin el cual yo no podía morir, ni quiero morir.

2. Desead emplear todas las facultades de vuestro cuerpo y de vuestra alma al servicio y á la gloria del Señor, y de consumiros sin interrupción por él, como el fuego sagrado que noche y día ardía en el lugar santo, como la lámpara que arde delante del Santísimo Sacramento.

3. Ofreced á Nuestro Señor, por la salvación de las almas, el dolor que traspasó el Corazón de su Divina Madre, cuando el Santo anciano Simeón le profetizó que su divino Hijo sería establecido para la ruina de varios.

*Oración Jac.*—Pues que vos nos mandáis vivir, haced, ¡oh Padre Santo! que crezcamos con Jesús.

EL 25 DE MARZO.

## LA ANUNCIACION.

PREPARACION.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, el Verbo de Dios, que desde toda la eternidad, estaba en

Dios, que él mismo era Dios; Jesucristo, la luz del mundo, que se ha dignado bajar de los esplendores de la gloria, para hacerse hombre y habitar no solamente entre nosotros, sino también en nuestro propio corazón.

*¿A quién viene?* A vuestra alma ingrata que tanto ha recibido de él, en la cual quería complacerse como en su herencia, y que ha rehusado ella por largo tiempo reconocerlo y recibirlo, cerrando voluntariamente los ojos á la luz que le presentaba.

3. *¿Por qué viene?* Para sacaros de las tinieblas de la muerte, de las que estabais rodeado, para llamaros á su admirable luz, y contaros entre los hijos de su Padre. Viene para descubriros el secreto de su amor en la Encarnación, principio de todas las maravillas de su vida, y así os dice: Sólo una vez he nacido, sólo una vez he muerto; mi misión y mis sufrimientos en este mundo han tenido un término limitado; pero en cuanto á mi Encarnación, es un misterio permanente que mi muerte no ha podido suspender; misterio que se continúa en el cielo, y que durará allí por toda la eternidad; allí mi Di-

vinidad, revestida de vuestra carne, será el objeto eterno de vuestras contemplaciones, prueba siempre subsistente de mi incomprendible amor.

*Oración Jac.*—¡Oh Jesús! ¡oh Dios encarnado! vos nos habéis vuelto la paz, vos habéis reunido en vos la grandeza y la humildad.

#### ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe, en medio de vuestro corazón, á Jesucristo, tan real y sustancialmente presente en vuestra alma, como lo fué en María en el momento de la Encarnación; y vos como un objeto de respeto y de admiración á los mismos ángeles por esta divina unión, escuchad á este Divino Salvador que os dice: Bien que no puedo encontrar sobre la tierra habitación tan pura y tan dulce como el seno de mi divina Madre; sin embargo, mi amor no sería satisfecho, si no hubiere podido incorporarme con cada una de mis criaturas. Y vos, prostrado á sus pies, exclamad: ¡oh Jesús! yo os pregunto con mucha más razón que vuestra divina Madre: ¿y cómo puede ser esto, có-

mo podéis amarme tanto? Y si la Iglesia se admira de que no habéis tenido horror del seno de María, ¿cómo, pues, podéis anonadaros hasta mi bajeza? Jesucristo os responde: *el amor ha hecho este prodigio.* “El amor puede todo; el amor hace un imposible para contentarse y para contentar á su querido objeto: *¡Dios ha amado tanto al mundo!* Lo que era imposible á la naturaleza y al sentido humano comprender, ha sido hecho: su Hijo se ha hecho hijo del hombre, y así se ha acercado á vosotros.” (Boss., Med.)

2. ¡Oh! si pudieseis penetrar en el Corazón de Jesús y en el de María, en el momento de la Encarnación! ¡Si pudieseis comprender la unión de estos dos Corazones, experimentar sus ardores, sus trasportes, ver el celo abrasado que les anima desde entonces por vuestra alma; penetrar en los anonamientos del Corazón de Jesús delante de su Padre, del Corazón de María delante de su Hijo y de su Dios!

3. Desead participar de todas estas admirables disposiciones de Jesús y de María; ofrecedlas á Dios para suplir á vuestra insuficiencia.

4. Pedid pronunciar, no sólo en las circunstancias penosas de la vida, sino también en cada una de las pruebas diarias, este sí, este *fiat* que dió un Dios al mundo, y que hará sin cesar habitar este Dios en vuestro corazón por una perfecta conformidad á su voluntad.

*Oración Jac.*— *Fiat, fiat.* Si, Jesús mío, sí, mi buen Señor; sí, las humillaciones, los enfados, los trabajos de la vida, y la muerte misma, sí, todas las penas, todos los sufrimientos del corazón, del espíritu y del cuerpo.

DÍA 13 DE MAYO.

PREPARACIÓN.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, el cual, no contento con haber tomado vuestra naturaleza, haberse hecho hombre por vuestro amor, quiere aún atraeros á él por el más dulce de todos los dones, el de una Madre, de su propia Madre.

2. *¿A quién viene?* A una alma que á menudo se ha descuidado en servise del medio fácil é infalible de salvación que le ha

presentado en la devoción, y en la invocación de su Madre.

3. *¿Para qué viene?* Para descubrir á vuestra inteligencia la extensión de este inmenso beneficio, para calentar vuestro corazón é inflamarlo con el amor, con el cual él mismo arde por su Madre, dándose á vos todo entero por la virtud de su divinidad, como él se dió tantas veces á María después de su Ascensión.

*Oración Jac.*— ¡Oh Jesús! enseñadme á amar á María.

ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe, en medio de vuestro corazón á Jesucristo, que os dice: No es bastante para mí haberos dado mi Padre para que sea vuestro Padre: *Patrem meum Patrem vestrum*; quiero aún que mi divina Madre sea vuestra, y hoy os la presento con tanto amor como lo hice sobre la Cruz, repitiéndoos: *He aquí vuestra Madre: Ecce Mater tua.* Y vos, postrado á los pies de Jesús y de María, en los sentimientos de gratitud



y de amor, decidle: ¡Oh Señor mío! por todos estos dones que vos nos habéis hecho de vos mismo y de lo que tenéis de más querido, vuestros santos han agotado todas las expresiones del deseo y del amor; ellos han deseado amaros sin cesar, con un amor infinito, como es el vuestro; amaros con el corazón de todas las criaturas existentes y posibles, con el corazón de María, vuestra Madre; ¿que hará, pues, vuestra pobre sierva para deciros, para hacer alguna cosa que sea digna de vos? ¡Oh Señor mío! amaos á vos mismo, amad á vuestro Padre con este amor que produce el Espíritu Santo, formaos corazones que os amen aun más que vuestros santos de los tiempos pasados, de los santos que salen continuamente de sí mismos para sólo vivir en vos. Haced que los vea y si yo no soy digno de ser abrasado con tan perfecto amor, que me regocije á lo menos al ver que los otros lo tienen plenamente.

2. Amad á María como un niño ama á su madre; pedid á Nuestro Señor poder amarla como él la amaba, ó si no, presentad á esta tierna Madre el amor infinito é incesante de su Hijo, en compensación de vuestro amor

tan humillado, tan trío y tan á menudo interrumpido.

3. Desead vivir bajo los ojos de María, como un niño bajo los ojos de su madre, sin apartarlos de ella ni un solo instante.

*Oración Jac.*—¡Oh María! qué frío es mi corazón en comparación del vuestro, ¿pero qué, el corazón de la madre no pertenece al hijo? Tomaré, pues, vuestro Corazón, y lo ofreceré á Jesús.

21 DE MAYO.

NTRA. SEÑORA DEL BUEN SOCORRO.

PREPARACIÓN.

1. ¿Quién viene? Jesucristo, el Dios Todopoderoso, que ha hecho el cielo y la tierra y que quiere ser el apoyo y el fiador de cada una de sus criaturas, de la más débil entre todas, de vos, que en vano buscáis sobre la tierra socorro, fuerza y consuelo.

2. ¿A quién viene? A una alma que se arroja entre sus brazos con los ojos cerrados, en medio de los peligros de toda clase que la rodean, clamando del fondo del abismo en el que se ve cerca de perecer: El Señor.

y de amor, decidle: ¡Oh Señor mío! por todos estos dones que vos nos habéis hecho de vos mismo y de lo que tenéis de más querido, vuestros santos han agotado todas las expresiones del deseo y del amor; ellos han deseado amaros sin cesar, con un amor infinito, como es el vuestro; amaros con el corazón de todas las criaturas existentes y posibles, con el corazón de María, vuestra Madre; que hará, pues, vuestra pobre sierva para deciros, para hacer alguna cosa que sea digna de vos: ¡Oh Señor mío! amaos á vos mismo, amad á vuestro Padre con este amor que produce el Espíritu Santo, formaos corazones que os amen aun más que vuestros santos de los tiempos pasados, de los santos que salen continuamente de sí mismos para sólo vivir en vos. Haced que los vea y si yo no soy digno de ser abrasado con tan perfecto amor, que me regocije á lo menos al ver que los otros lo tienen plenamente.

2. Amad á María como un niño ama á su madre; pedid á Nuestro Señor poder amarla como él la amaba, ó si no, presentad á esta tierna Madre el amor infinito é incesante de su Hijo, en compensación de vuestro amor

tan humillado, tan frío y tan á menudo interrumpido.

3. Desead vivir bajo los ojos de María, como un niño bajo los ojos de su madre, sin apartarlos de ella ni un solo instante.

*Oración Jac.*—¡Oh María! qué frío es mi corazón en comparación del vuestro, ¿pero qué, el corazón de la madre no pertenece al hijo? Tomaré, pues, vuestro Corazón, y lo ofreceré á Jesús.

21 DE MAYO.

## NTRA. SEÑORA DEL BUEN SOCORRO.

PREPARACIÓN.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, el Dios Todopoderoso, que ha hecho el cielo y la tierra y que quiere ser el apoyo y el fiador de cada una de sus criaturas, de la más débil entre todas, de vos, que en vano buscáis sobre la tierra socorro, fuerza y consuelo.

2. *¿A quién viene?* A una alma que se arroja entre sus brazos con los ojos cerrados, en medio de los peligros de toda clase que la rodean, clamando del fondo del abismo en el que se ve cerca de perecer: El Señor.

es mi luz y mi salvación, ¿qué puedo temer? El Señor es el protector de mi vida, ¿qué poder tan visible ó invisible me hará temblar?

3. *¿Para qué viene?* Para haceros sacar ventajas de los designios de los enemigos de vuestra alma por la fuerza de su brazo invencible, al cual todo el poder ha sido dado en el cielo y sobre la tierra.

*Oración Jac.*—¿Qué temes, alma mía? Si Dios está por ti, ¿quién será contra ti?

#### ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe, en medio de vuestro corazón á Jesucristo, que os dice: Que aquellos que han puesto su confianza en brazos de carne permanezcan confusos y temerosos; que aquellos que son ansiosos de los bienes, de los honores, de los placeres de este mundo, teman vérselos arrebatados; pero vos, que habéis alzado los ojos hacia mí, que los tenéis puestos sin cesar sobre mi corazón, por vos que no queréis más que á mí, ¿qué temeréis? Y vos, postrado á sus pies, diciéndole: Señor, vos sois, y seréis para siem-

pre todo el apoyo de mi esperanza; sin vos nada.—No, oh Jesús mío, nada me satisface, nada me consuela, nada me tranquiliza, nada me ilumina, nada me inflama, nada me es fácil, nada me es posible. Con vos todo. Si todas las riquezas, todos los bienes llenan mi corazón, lo hacen aun en medio de las pruebas las más dolorosas, las cruces, los sufrimientos, los disgustos, el trastorno del orden social, la enfermedad, el abandono, el martirio y la muerte.

2. El que ama á Jesús y que ha colocado en su seno todas sus solitudes, es invencible: ninguna preocupación, ningún temor es bastante fuerte para apartarlo de su único fin. No examina lo que pasa en derredor suyo para inquietarse, alegrarse, entristecerse, ó irritarse inmoderadamente; él no vé ni estudia mas que sólo á Jesús. El no pide razón á aquellos que lo rodean de su modo de obrar, y no pierde el tiempo en escuchar sus repugnancias y sus simpatías; él rechaza absolutamente las unas y las otras para no distraerse de su única ambición: Jesús, Jesús es la razón soberana que triunfa de todas sus inclinaciones, y sobrepuja sobre todas las consideracio-

nes de honor, de placer, de ganancia y de amor propio.

*Oración.*—Oh Jesús mío, no hay para mí sobre la tierra mas que vos, como no habrá mas que vos para mí en el cielo. No hay mas que vos, sin interrupción, celoso de mi alma; que vos, esperando sin cesar sus miradas, sus abrazos; que vos que conocéis á fondo sus bajezas, sus manchas, y que vos que no os disgustáis de su comercio; que vos, perdonadme que os lo diga, insensato de amor por mí; insensato hasta la insensatez de la Encarnación, del pesebre, de la cruz y del tabernáculo. Parece que no sabéis qué inventar para despertar mi corazón. Oh Señor mío! qué es lo que iré á pedir á las criaturas? Nada, no, nada; ni estimación, ni alabanzas, ni servicios, ni afectos. Escondedme, pues, á sus miradas. Vos queréis gozar sólo de mí, y yo no quiero gozar sino de vos sólo, de vos en el tiempo y en la eternidad.

*Oración Jac.*—Socorro de los cristianos, oh María, alcanzadme el apoyo y el favor de Jesús.

31 DE MAYO.

DIA ULTIMO DEL MES DE MARIA.

PREPARACIÓN.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, que quiere examinar vuestro corazón y preguntaros cómo os habéis aprovechado de este tiempo favorable, de estos días de salvación que os ha presentado durante el mes consagrado á María.

2. *¿A quién viene?* A uno de aquellos que ha escogido de preferencia, para descubrirle los tesoros de gracias ocultos en el amor de su Madre.

3. *¿Para qué viene?* Para deciros: Aquel que ama quiere también á aquellos que tienen de cerca al objeto amado; ¿me habéis dado esta prueba de amor, reanimándoos en el culto y en la consagración sin límites que debéis á mi Madre? He dicho en otros tiempos: lo que hagáis al menor de estos pequeños que creen en mí, yo lo miraré como hecho á mí mismo. De allí podéis juzgar de lo que haré por aquellos que han amado á mi divina Madre! Aquel que permanece frío en

su amor, no puede tener entrada en mi Corazón.

*Oración Jac.*—«Yo quiero amar á María».  
[Berchmans.]

ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo en medio de vuestro corazón, que os dice: Yo os he preferido á todo: á las delicias del cielo, al reposo de la vida, á las comodidades del cuerpo, á las lágrimas de mi Madre al pie de la Cruz. He abrazado por vos los dolores, las ignominias y la amargura de la muerte más cruel. Y vos, ¿cuándo me preferiréis á todo lo que me arrebaté vuestros pensamientos, vuestras obras, vuestro amor, alma cobarde y sin afecto, á quien todo parece penoso para seguirme? Y vos, postrado á sus pies, decidle: ¡Oh Señor mio, qué justos son vuestros reproches! ¿y qué remedio pondré á tan grande mal? Oh Jesús, después de vuestra muerte, después de vuestra sepultura, no quedó más á María y á vuestros queridos amigos, que la cruz, la lanza, los clavos y la corona de espinas. Cuando os separéis de nos-

otros en la comunión, dejadnos también estos instrumentos de vuestro sacrificio, para que los pongamos sobre nuestro corazón, como un manojito de mirra, que sin cesar nos recuerde vuestros sufrimientos, y nos impela á sufrir á nosotros también por vuestro amor.

2. María, cuya vida como Jesús, sacrificó por vos en el dolor y en el sacrificio, os enseñará el amor puro que quita á la abnegación todas sus amarguras para hacérosla amar. Desead, pues, que este mes sea para vos el principio de una devoción sólida, iluminada y constante hacia María.

3. Consagraos á María por Jesús, y á Jesús por María, rogádoles sean el uno y el otro la garantía y el principio de vuestra fidelidad en su amor.

*Oración Jac.*—Oh mi divino Salvador, mi corazón debía arder de vuestro amor; pero incapaz de amaros como quisiera, él os ofrece el Corazón de vuestra divina Madre.

## LA VISITACION.

## PREPARACION.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, el cual en el ardor que tiene de unirse á vos, no puede esperar el gran día de la eternidad para manifestarse á vuestra alma en el brillo de su gloria, y que corre hacia vos, atravesando las montañas, pasando las colinas, allanando todos los obstáculos que separan al Criador de la criatura, el todo de la nada.

2. *¿A quién viene?* A una alma encarcelada en la prisión de su cuerpo, atada con las cadenas del pecado y de la infidelidad y que no puede dar un paso por sí misma para ir á su Redentor y á su Dios.

3. *¿Para qué viene?* Para deciros, oh casa de Israel alma que quiero ¿por qué os moris? mientras que yo, á quien habéis ofendido, no quiero la muerte de aquel que se muere. Volved á vuestro Señor, que viene á vos, y vivid.

*Oración Jac.*—Y de dónde á mí tanta dicha que mi Dios, él mismo venga á mí?

## ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo, que os dice: El invierno ha pasado, las lluvias se han disipado, ellas han cesado; levantaos, mi muy amada, mi única hermosura, venid hacia aquel que viene á vos. Y vos, postrada á sus pies, responded: «Venid, Señor, venid á moverme por un santo y repentino deseo de ir á vos. Que este deseo se eleve en mí hoy á la voz de vuestra Madre. Hacedme decir, con Elisabeth: *De dónde á mí tanta dicha?* Hacedme decir: Ella es dichosa de haber creído, y yo quiero imitar su fe. Hacedme que como el Bautista yo me extremezca; y niño aún en la piedad, recibid mis inocentes trasportes. No soy un Bautista en quien vuestra gracia adelanta el uso de la razón; yo soy un verdadero niño en mi ignorancia; aceptad mi tartamudez, el a, a, a, de mi lengua, que aun no está desatada. [Jer. i, v. 6.] «Vos sois el que yo quiero; á vos sólo á quien yo aspiro; y no puedo expresar todo lo que vuestra gracia inspira á mi corazón.» (Bossuet, Elev.)

2. Dad gracias á Dios que se da á vos, re

pitando este cántico de acción de gracias tan agradable á su corazón: *Magnificat anima mea Dominum*, que San Ambrosio llama el éxtasis de humildad de María.

*Oración Jac.—Ave María, gratia plena:* Salve, oh María llena de gracia. Salve, por la voz, por el Corazón de Jesús que me habéis dado.

### MAGNIFICAT.

*Magnificat anima mea Dominum.*—Alma mía, es ahora cuando podéis glorificar al Señor de un modo tan digno de Él, pues que por su boca, por su corazón, y por su persona adorable que toda entera se ha entregado á vos, le rendiréis gracias y lo adorareis. Alma mía, ya que sois el templo aunque indigno de la Santísima Trinidad: alaba, pues, exalta con todo tu poder al magnífico huésped que ha bajado del cielo hasta tu nada.

Señor Jesús, y qué justo sería que mi alma, que os posee tan íntimamente como María, entrase con ella en el éxtasis de la admiración, y saliese para siempre de sus miserias para

perderse y abismarse en vos, su Dios y su Salvador! Pero ¡ay! Señor mío, al venir á mi corazón prodigáis en vano el más magnífico de vuestros dones; porque yo no os comprendo, no os doy gracias y no os amo como lo merecéis.

Yo me alegraré á lo menos, en mi insuficiencia, de saber que no todos son ingratos y estúpidos como yo, que hay almas tan pequeñas á sus propios ojos, tan generosas en sus sacrificios, que las hacéis dignas de comprender el exceso de vuestro amor y de vuestro anonadamiento en este misterio, y que la consideración de estas maravillas, arrebatándo las fuera de sí mismas, las hace capaces de los más heroicos sacrificios.

Este anonadamiento de vuestra divinidad que sobrepuja mis pensamientos, esta condescendencia de vuestro amor, del que yo también soy el objeto aunque indigno, en Él se cifra el único principio de mi grandeza: naciones enteras proclamarían mi felicidad y la envidiarían, si este grande misterio les fuese revelado. Que yo me una, pues, á vuestra divina Madre para exaltar vuestra misericordia.

Porque habéis hecho brillar vuestro poder

con tantos prodigios, habéis hecho por mí tan grandes cosas en este misterio de amor, que no puedo escudriñar su profundidad. ¡Triste importancia! Oh Jesús mío! ó haced menos, ó aumentad la capacidad de mi inteligencia para comprender vuestros excesos, y la de mi corazón para reconocerlos. ¿De qué sirve para el ciego la vista de un magnífico cuadro, y para el sordo un delicioso concierto? Cuántas criaturas encontraréis que ensayan estudiar este misterio de amor, cuántas que corresponden á Él á lo menos con todo lo que tienen de capacidad para sufrir, trabajar y amar? Permitid que os lo diga, y que quede estupefacto de admiración. ¿Qué inútil gasto de todo lo que tenéis de más precioso en vuestros tesoros! Oh! dadme una inteligencia, dadme un corazón....

Aquel que se ha dignado venir así hasta mí ¿quién es? Rey, príncipe grande de la tierra; todo esto no es nada, no es digno de mí; su nombre es *Santo*; es la santidad por esencia, el mismo Dios no ha tenido horror de bajar al abismo de mi alma ingrata, olvidada y pecadora.

Yo sólo tengo un título á esta inconcebi-

ble predilección de mi Dios; soy miembro de una nación, sobre la cual Él ha extendido su misericordia de raza en raza, que goza de su incomparable luz, que le teme, que respeta su santo nombre y que lo ama. Y esto mismo es aún un beneficio particular de su amor.

¡Mi divino Jesús, vos habéis en otros tiempos hecho aparecer la fuerza de vuestro brazo contra las naciones, contra los hombres soberbios; y si hoy yo os pido el apoyo de este omnipotente brazo contra los enemigos de mi alma, contra estos ángeles orgullosos que han querido usurpar vuestro trono, vos no me lo negaréis. ¿Qué digo? vos me lo ofrecéis á cada instante. Oh alma mía, confésalo: todas las veces que has sido vencida, es porque has abandonado aquel brazo divino sobre el cual el esposo por excelencia te había permitido apoyarte; es que te apoyabas sobre tí misma por una vana presunción, y sobre las criaturas, por una loca confianza.

Confianza, pues, pero en Dios sólo; ¡oh alma mía! porque para merecer sus favores, no se necesita ser ni poderoso, ni sabio, ni rico. Sólo un título es de mérito á sus ojos; *humilde*. Oh Jesús mío! hacedme, pues, hu-



milde y tan pequeño, que no me vea á mí mismo! Ah! hace tiempo que he escogido el ser abyecto é ignorado en vuestra santa casa, en la asamblea de vuestros fieles servidores; mas la acción desmiende á menudo esta justa resolución! La contradicción, el olvido y los desprecios, qué mal son acogidos por mí! Pero si es preciso á este precio alcanzar vuestro amor, oh! haced que los estime y que los busque.

Qué admirables y abundantes, son los bienes con que alimentáis á aquellos que, experimentando su pobreza, acuden á vuestra mesa para alimentarse de vos mismo! Vuestra palabra, vuestras miradas, el amor con que ardéis por ellos, aquel con que ellos arden por vos; la posesión de vuestra divinidad y de vuestra humanidad, son fuentes de delicias que sólo aquel que las ha gustado puede comprender sin que le sea dado expresarlas. Oh ricos de este mundo, si supieseis cuál es vuestra indigencia comparada á la abundancia en que viven los amigos de Dios!

Es en este sacramento en el que olvidando vuestra justicia, vuestra grandeza y vuestra santidad, para sólo acordaros de vuestras mise-

ricordias y de vuestro amor, os dignáis recoger sobre la tierra y tomar entre vuestros brazos, Señor, á vuestro pobre y pequeño servidor, para consolarlo y acariciarlo como una madre consuela á su hijo, así como lo habéis prometido tantas veces á nuestros padres, á Abraham y á su posteridad. Oh alma mía! alaba, pues, y exalta al Señor, *Magnificat anima mea Dominum!*

16 DE JULIO.

### NTRA. SRA. DEL MONTE CARMELO.

PREPARACION.

1. ¿Quién viene? Jesucristo, aquella palabra que ha afirmado los cielos y que produce en las almas más asombrosos y aun más maravillosos efectos; palabra tan necesaria al alma que su silencio es la nada en la vida de la gracia, como en la creación.

2. ¿A quién viene? A una alma que le dice, con el Rey profeta: «Yo escucharé lo que el Señor mi Dios hablará en el fondo de mi corazón; porque sus palabras son palabras

de paz y de amor para su pueblo escogido, para las almas que lo buscan.»

3. *¿Para qué viene?* Para hacerle oír su voz y decirle: Yo soy todo vuestro; sed, pues, todo mío. Yo os doy gracia por gracia; rendidme gracia por gracia: yo me he entregado todo entero por vuestra libertad; consagraos todo á mi gloria: yo me ocupo constantemente de vuestra salvación; sujetaos plenamente á todas mis voluntades.

*Oración Jac.*—Vuestra palabra es toda de fuego, ella transforma á las almas, por eso es que vuestro siervo la ama y la desea.

#### ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo, palabra increada de Dios Padre, que se inclina sobre vuestra alma envuelta en tinieblas, como en otros tiempos sobre el caos; que la penetra, que la anima sobre un soplo de vida más precioso que aquel que dió la existencia al primer hombre, que os crea de nuevo á imagen de su humanidad y de su divinidad que sólo hacen uno con vos. Y vos, anonadado en su presencia, decidle: ¡Oh Dios de

incomprensible amor, ¿sufiré, después de tales excesos de liberalidad, que unas criaturas como yo puedan darse entre sí unos testimonios de amor que superan á los míos hacia vos? No, vos á lo menos no lo permitáis.

2. Dad gracias á Dios que se ha dignado daros una señal de predilección tan consoladora, al ocultaros bajo de su manto, al revestiros del hábito de su Santísima Madre: vestido de salvación, que debe llevaros al cielo, si lo lleváis en espíritu de confianza y de amor, y si os aficionáis á olvidar todas las cosas criadas para vivir de la vida de Jesús y de María.

3. Acordaos de la parte que tenéis en las oraciones, en las penitencias y en las santas obras de toda la orden del Carmen, de todos los fervorosos socios del Santo Escapulario, y ofrecedlas unidas á los méritos de Nuestro Señor, como suplemento de nuestra indigencia.

*Oración Jac.*—«Oidme, Señor, Jesús, Salvador del mundo, vos á quien nada es imposible, sino dejar de tener compasión de los miserables.» (Sta. Gert.)

5. DE AGOSTO.

## NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES.

PREPARACION.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, que quiere edificarse un templo en vuestra alma, trazando El mismo el plan, y fijar allí su morada para siempre: Jesucristo, este fuego divino que bajó del cielo para consumir los holocaustos y las víctimas que le ofrecemos sobre el altar de nuestros corazones.

2. *¿A quién viene?* A vuestra alma, esta nueva Jerusalem salida del mismo Dios, bajada del cielo sobre la tierra, y que nada desea tanto como verse para siempre separada de todo uso profano, consagrada de nuevo á su Dios, y puesta en la dichosa imposibilidad de no amar y de no servir sino á El sólo.

3. *¿Para qué viene?* Para enseñarnos, por su ejemplo, el modo con que quiere ser adorado en el templo de vuestra alma: El pasaba la noche en oración postrado; El se retiraba solo á las montañas... Escoged el tiempo, el lugar, la postura más favorable al recogimiento. Dejad todo pensamiento, toda preo-

cupación extraña á la ocasión; deteneos en ella, con Dios solo... Y si pudieseis penetrar en el Corazón de Jesucristo, ¡qué anonadamiento de su sér humano delante de Dios su Padre! ¡qué atención! ¡qué fervor! ¡qué instancia! Mirad, y haced según este modelo.

*Oración Jac.*—¡Oh Jesús! de día y de noche abrid los ojos sobre este templo de mi alma al que os dignáis bajar, y formad vos mismo en mí las oraciones que os complacéis en escuchar.

ACCION DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo que baja á vuestro corazón, que llena de su Majestad toda la mansión de vuestra alma: que de nuevo la consagre por la unción de su presencia, diciendo: *Esta es la casa del Señor, en la que el que pide recibe, el que busca halla, y el que toca se hace abrir.* Y vos, postrado á sus pies, responded: ¡Oh mi buen Jesús! hoy santificad, pues, el templo de mi alma; ¡ay! tan á menudo esta alma que os recibe permanece muda y estúpida, sin pensamiento, sin amor, y sin oración; pero vos, allí,

mientras que os poseo, vos obráis, amáis, rogáis y expiáis los crímenes del mundo y los míos; vos ofrecéis vuestras divinas llagas á vuestro Padre, y esta voz, El la oye; que reciba, pues, vuestros homenajes en recompensa de mi frialdad y de mi insuficiencia.

2. Decid, con el piadoso autor de la Imitación: «Oh Jesús! yo os ofrezco los trasportes de alegría, los ardientes afectos, los arrebatos del espíritu, las luces sobrenaturales y las celestiales visiones de todas las almas santas; yo os las presento con todas las alabanzas que os rinden y os rendirán todas las criaturas en el cielo y en la tierra, á fin de que seáis alabado de todos y para siempre.»

3. Pedid por todos: por vuestros padres, por vuestros amigos y enemigos, por las almas confiadas á vuestros cuidados, por aquellas que se han encomendado á vuestras oraciones, por los pobres, por los enfermos, por los agonizantes, por la Iglesia vuestra Madre, por vuestra patria, por aquellos que os gobiernan; y no olvidéis las almas que sufren en el Purgatorio.

4. *Oración.*—¡Oh Señor! vos sois el dueño de todo el universo, que no teniendo ne-

cesidad de nada, habéis querido haceros un templo, una mansión en nosotros mismos; ahora, pues, ¡oh Santo de los Santos! ¡oh Señor de todas las cosas! conservad limpia de toda mancha hasta la eternidad, esta casa de mi alma que acabáis de purificar de nuevo.

*Oración Jac.*—Señor, enseñadnos á orar.

15 DE AGOSTO.

## LA ASUNCION DE MARIA SANTISIMA.

PREPARACIÓN.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, el muy amado, escogido entre mil, y digno de todos los deseos del alma (Cánt., 3), nuestro Emanuel, que, en el exceso de su amor, quiere entrar en nuestro corazón, y se digna vivir sobre la tierra hasta que llegue el gran día de la eternidad, y que las sombras se disipen.

2. *¿A quién viene?* A su muy amada tan poco digna de este título, pues tantas veces se ha extraviado lejos de El siguiendo sus afectos desarreglados; aquella alma que, en el exceso de su amor, El se digna llamar su paloma, su hermosa, su perfecta, su inmaculada,

no porque ella sea tal, sino porque él lo desea así.

3. *¿Para qué viene?* Para cambiarla en una nueva criatura: para darle el ósculo eucarístico é introducirla en el tálamo de sus llagas, para hablar á su corazón del exceso del amor que le tiene. (Cánt., 1, Oseas, 2.)

*Oración Jac.*—Hijas de Jerusalem, almas queridas de Aquel que mi corazón quisiera amar, yo os ruego, si lo encontráis, decirle que languidezco de amor. (Cánt., 5, 8.)

#### ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe, en medio de vuestro corazón, á Jesucristo, que desea y pide los castos brazos de vuestra alma. Y vos, postrado á sus pies, decidle: ¿Qué hará este desterrado tan lejos de vos? ¿Qué hará este siervo que suspira en pos de vuestro amor, si vos no le enseñáis cómo os ha de buscar y cómo os puede encontrar. (S. Agus.) cómo vivir en vos sin perderos un solo instante de vista?

2. Escuchad á Jesucristo que os responde: Seguid el ejemplo de mi Madre; ved á precio

de qué sacrificios ella ha merecido ser, entre todas las criaturas, la más amante y la más amada de su Dios. Ninguno será coronado si no ha combatido valerosamente. Yo daré al vencedor un maná oculto y un nombre nuevo, y será su recompensa infinitamente grande.

3. Tomad la resolución fija de servir en adelante á vuestro Dios con un corazón y una alma resueltos, á fin de merecer el oír un día de su boca estas tiernas palabras: Ven, esposa mía, y serás coronada.

4. Unios á todos los corazones cristianos y á los franceses, que renuevan en este día la consagración que hizo á María de sus súbditos y de su reino uno de sus piadosos reyes; y recordad que es la patrona de México y bajo esta advocación está dedicada su catedral.

5. Decid á María: ¡oh Madre mía! por vuestro último suspiro, dignaos santificar los míos hasta el postrero, y no permitáis que en adelante emplee un solo instante de mi vida sino en gloria de vuestro Hijo, por el cumplimiento puntual de su beneplácito.

*Oración Jac.*—He encontrado á Aquel que mi corazón ama, yo lo tengo, y no lo dejaré ir. (Cánt., 3, 4.)

8 DE SETIEMBRE.

## LA NATIVIDAD DE LA SMA. VIRGEN.

PREPARACION.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, el mismo Dios que, por nuestro amor, ha querido nacer de una Madre Virgen en el tiempo, y ser llamado su Hijo, que os la da también por Madre, y os llama su hermano.

2. *¿A quién viene?* A una pobre criatura sola y abandonada sobre la tierra.

3. *¿Para qué viene?* Para recordarle que, si los corazones de todos los hombres se cierran para ella sobre la tierra, le queda en el cielo un Padre, que es su Dios; una Madre, que es la Madre de su Dios; un amigo, un hermano, un esposo, que es Jesús, Dios y hombre al mismo tiempo.

*Oración Jac.*—Mi padre y mi madre me han abandonado, pero Dios me ha recibido en sus brazos.

ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo en medio de vuestro corazón, como la más

tierna de las madres, que os recibe entre sus brazos y os hace reposar en ellos. Y vos, en este asilo, esperad de Jesús el alimento, el movimiento y todos los bienes; pedidle el favor de nunca salir de este amparo, en medio de los peligros, de las pruebas y de las más amargas aflicciones de la vida.

2. Figuraos que Jesucristo os conduce á la cuna de María, y que postrado á los pies de vuestra divina Madre, tomándola entre vuestros brazos, estrechándola contra vuestro corazón, le ofrecéis el único presente digno de ella, al Hijo muy amado que poseéis de una manera tan íntima.

3. Pedid el nacer de nuevo con esta divina Madre para sólo vivir en Dios; desead los sentimientos de respeto, de amor, de consagración y de admiración que llenaron el corazón de San Joaquín y de Señora Santa Ana á los pies de María, y dad gracias á Dios que os ha dado tan buena Madre.

*Oración Jac.*—El mismo Dios está en medio de mi corazón, yo no seré derribado.

Domingo en la Octava de Navidad.

## EL DULCE NOMBRE DE MARIA.

### PREPARACIÓN.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, que quiere ser tenido como Señor, honrado como Padre, amado y querido como Esposo.

2. *¿A quién viene?* A una alma que quisiera amarlo, pero cuyo amor no es bastante ardiente para permanecer sin extinguirse, ni tan fuerte que no se interrumpa á menudo, tan aplicado que no se canse, ni, en fin, tan perfecto que sus deseos lo llenen.

3. *¿Para qué viene?* A fin de poder habitar en vuestro corazón como en su morada, de conversar con vos como un amigo conversa con su amigo, de trataros como el esposo trata á su esposa, y de haceros participar de sus continuas delicias.

*Oración Jac.*—Oh María, por el reposo muy suave que Jesús encontró sin interrupción en vuestro corazón, preparadle en el mío una mansión menos indigna de El.

### ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo en medio de vuestro corazón, presentándose á vos con toda la dulzura de un esposo muy querido que deja, para conversar familiarmente con vos, la calidad de maestro, que hace desaparecer su real Majestad, que se despoja de su grandeza dejando todo lo que puede causaros temor y susto. Y vos, postrado á sus pies, decidle: ¡Oh Señor! si he hallado gracia delante de vos, venid á mi alma hoy, y todos los días de mi vida, y que vuestra presencia le sea un continuo festín.

2. Desead que, de cualquier lado que os volváis, sólo encontréis en todas partes espinas y heridas, para que seáis obligado á arrojaros entre los brazos de Jesús, el esposo de vuestra alma.

3. Pedid que la unión con Jesús venga á remplazar vuestras vanas alegrías, y haga desaparecer vuestras tristezas pueriles.

*Oración Jac.*—María, Madre mía, dadme vuestro corazón para reparar la fría recepción que he hecho á vuestro divino Hijo.

Tercer Domingo de Setiembre.

## LOS DOLORES DE NTRA. SEÑORA.

PREPARACIÓN.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, el cual siendo el Señor del reino de la gloria, no ha querido entrar en su posesión sino por los sufrimientos, y que tiene costumbre de grabar en el corazón de sus verdaderos servidores una viva impresión de sus dolores, y una voluntad eficaz de retratarlos en ellos.

2. *¿A quién viene?* A una alma indiferente y cobarde, á un corazón enemigo de la Cruz, que pone todo su estudio en sustraerse de los más ligeros sufrimientos, y en buscar todas las satisfacciones del corazón, del espíritu y de los sentidos.

3. *¿Para qué viene?* Para reprocharos vuestra cobardía, vuestra poca conformidad á sus disposiciones y cubriros de vergüenza, poniéndoos bajo los ojos los trabajos, los sacrificios y las privaciones que inspira todos los días alrededor vuestro el amor de una débil criatura, un vil atractivo de ganancia, y una ansiosa curiosidad.

*Oración Jac.*—¡Oh Jesús! haced, en fin, yo os lo ruego, que mi vida se parezca á la vuestra, que sea una perpetua alegría de espíritu, y una cruz continua para los sentidos.

ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo que os descubre todos los dolores de su Corazón, retratados en el de su Madre como en un fiel espejo, y que os pregunta ¿qué semejanza encontráis en el vuestro con estos dos corazones saciados de amargura? Y vos, no pudiendo sostener este paralelo, decidle: Huye, oh mi muy amado, huye, pues me avergüenzo de verme sin dolores delante de ti, de ver en tu Corazón las innumerables heridas con que mis iniquidades lo han cubierto. Pero no, vuelve, vuelve, á fin de que encuentre en la contemplación de tus llagas, las que yo te he hecho, los sentimientos de pesar, de gratitud y de amor que de mí esperas.

2. Ofreced á Jesús, en compensación de vuestra insensibilidad, de vuestra inclinación á toda satisfacción criada, la compasión y los dolores del Corazón de María.



3. Alegraos porque existe á lo menos un corazón que ame perfectamente á este divino Salvador, un corazón que comprende sus dolores, que los comparté y que los suaviza.

*Oración Jac.*—Oh Salvador mío, si vuestro ejemplo y el de María no me animan al sufrimiento, ¿qué cosa será capaz de hacerlo?

Primer Domingo de Octubre.

## EL SANTISIMO ROSARIO.

### PREPARACIÓN.

1. *¿Quién viene?*—Jesucristo, el modelo que debéis imitar si queréis serle un día conforme.

2. *¿A quién viene?* A una alma que siente en demasía sus penas, sus dificultades, sus trabajos y sus sufrimientos, porque continuamente piensa en ellas sin acordarse de Aquel que la haría vencer.

3. *¿Para qué viene?* Para decirnos: He pasado por todas las necesidades á las que os encontráis reducido. He velado, orado y trabajado; he sufrido el frío, el calor y el cansancio; he experimentado el temor, el tedio,

el abandono, los oprobios, el dolor y la muerte. No apartéis, pues, los ojos de mí en estas pruebas, y si me amáis, ellas os parecerán dulces.

*Oración Jac.*—Oh Jesús! nosotros os hemos contemplado todo desfigurado sobre el monte Calvario, y ardentemente os deseamos.

### ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo en medio de vuestro corazón, que os dice: Oh alma que yo alimento con mi propia carne, es á vos á quien clamo, á vos á quien dirijo mi voz ¿no la oiréis alguna vez? Si os hacéis pequeño á vuestros propios ojos, yo os enseñaré la sabiduría; si me confesáis vuestra ignorancia, yo os instruiré. Escuchad, pues, y os hablaré cosas grandes y saludables. Y vos, postrado á sus pies, respondedle: Oh, vos que habitáis en el jardín, ¡ay! tan inculto de mi alma, aquellos que os aman escuchan vuestras palabras; hacedme, pues, oír vuestra voz, enseñadme á seguir vuestras máximas.

2. En todas vuestras acciones, en todas vuestras palabras, mirad á Jesús vuestro mode-

lo, y formad hoy este firme propósito, diciendo: Oh Jesús! cuando esté cansado, cerca de vos iré á buscar el descanso; cuando mi imaginación se extravíe, os la confiaré; cuando mis sentidos se rebelaren, los conduciré á vuestras llagas; cuando el dolor me cercare, iré á hacer os compañía al huerto, á la columna, al pretorio y al Calvario; cuando el silencio y la soledad se me hicieren pesados, os buscaré en el desierto; cuando la envidia y el deseo de ser algo se apoderaren de mí, iré á ocultarme en el taller de Nazareth; cuando me vea el blanco de la contradicción y del vituperio, iré con vos á las sinagogas en medio de vuestros enemigos; para orar, os seguiré sobre los montes; y cuando mi corazón tenga sed de vos, iré á reposar cerca del vuestro en este Sacramento de amor, en el que siempre os encontraré.

3. Entregad vuestro corazón á Jesucristo para que le participe de sus amarguras ó de sus delicias; vuestro espíritu, para que le deje en las tinieblas, ó que le ilumine con sus luces; vuestra voluntad, para que no tenga otro movimiento que la suya. Desead entregaros á él, como él mismo se ha entregado á vos.

*Oración Jac.*—Que mi Señor preceda á su siervo; yo seguiré poco á poco sus huellas hasta llegar á El.

Segundo Domingo de Octubre.

## LA MATERNIDAD DE LA SMA. VIRGEN.

### PREPARACIÓN.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, que nos hace vez de Madre y de Padre, porque nos ha llevado en su corazón durante treinta y tres años, y que nos ha dado la vida del alma sobre el árbol de la Cruz, con dolores indecibles:

2. *¿A quién viene?* Al Hijo de sus dolores y de sus llagas, que nunca ha pensado á cuántas privaciones, vigiliias, angustias, y renuncia de toda alegría en este mundo, Jesús se ha sujetado para ser su madre.

3. *¿Para qué viene?* Para quejarse y decirnos: Yo os he recibido en mi seno con todo el amor de una madre en el día de vuestro bautismo, os he llevado en mis brazos, estrechado sobre mi corazón, alimentado con mi sustancia en la participación de los Sacra-

mentos; y vos me habéis despreciado y abandonado. ¿Permaneceréis siempre entre los ingratos?

*Oración Jac.*—Oh Dios! y cómo habéis podido amarme, sabiendo que un día yo dejaría de amaros?

#### ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo, en medio de vuestro corazón, que os dice: Escuchadme, alma querida; escuchadme, vosotros todos que sois los preciosos restos de la casa de Israel, y que yo encierro en las entrañas de mi caridad; nada podrá resfriar mi amor, yo mismo os llevaré en mi seno hasta una extrema vejez, hasta el último suspiro de vuestros días, y no os abandonaré antes de daros á luz en la vida de los bienaventurados en el cielo. Y vos, postrado á sus pies, decidle: Oh Jesús! que venís á mí como una tierna madre al encuentro de su hijo, haced que siempre yo vaya á vos con un corazón de niño.

2. Pensad que Dios exige más de aquel por quien ha sido más liberal, y que es me-

nester una asiduidad sin interrupción, y esfuerzos generosos para encontrar de nuevo sus favores perdidos por la negligencia.

3. Rogad á María, por el amor de Madre con que Jesús le ha llenado su corazón, que os enseñe á dar á su divino Hijo amor por amor.

*Oración Jac.*—Alma mía, alégrate en Aquel que te ha formado, que te lleva en su corazón como una tierna Madre.

Tercer Domingo de Octubre.

#### LA PUREZA DE LA SANTISIMA VIRGEN.

##### PREPARACIÓN.

1. ¿Quién viene? Jesucristo, que quiere habitar en vuestro corazón tan á menudo manchado por el pecado, y profanado por afectos indignos de este divino Salvador.

2. ¿A quién viene? A una alma que El ha pedido á su Padre con lágrimas, que ha adquirido y purificado al precio de su sangre; y que le agrada, no por sus propios méritos, sino únicamente porque se digna amarla.

3. *¿Para qué viene?* Para deciros: Si la más ligera mancha me obliga á apartar de mí en el momento de la muerte al alma que yo amo, ¿no tendré el mismo horror en mi Sacramento? Bien quiero compadecerme de vuestra debilidad en este mundo, no exigir aquella pureza sin la cual no se me pueda contemplar en la gloria; ¡mas no debéis pagar esta condescendencia, con una escrupulosa atención en purificar vuestro corazón antes de recibirme?

*Oración Jac.*—Oh Jesús! purificadme de las faltas que yo deploro, purificadme de aquellas que no conozco.

#### ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo, en medio de vuestro corazón, que os dice: Para merecer verme, y ser del número de mis amigos, es preciso tener una grande pureza de corazón, una estima de preferencia hacia mi persona, con un amor ardiente y generoso que no sea dividido, y que ningún sacrificio sea capaz de causarle repugnancia; ¿cómo lo lograréis? Y vos, postrado á sus pies, de-

cidle: oh Dios, oh Jesús! quién podrá llevarme á vos con esta plenitud de perfección, sino vos mismo? Guardad, pues, á mi alma entre vuestras manos, porque en las mías ella se pierde.

2. Alabad á Jesús por la inviolable pureza de cuerpo, de espíritu y de corazón con que ha dotado á su Santísima Madre, y rogad á María que os alcance alguna parte de estos dones que le han merecido el ver á Dios y poseerle desde esta vida, de un modo tan íntimo y tan elevado, que excede á vuestra inteligencia.

3. Pedid al Hijo y á la Madre aquel espíritu serio que conduce á la pureza de corazón, espíritu que sólo entretiene buenos pensamientos, que sólo forma generosos designios, que reserva sus apresuramientos para las cosas de la eternidad, de las que se penetra y empapa, hasta el grado que todas las demas preocupaciones son ya para él lo que le serán á la última hora, lo que son á los ojos de Dios; nada, vanidad y miseria.

*Oración Jac.*—Oh Jesús! y quién me hará esta gracia que vengáis á mi corazón, que lo

llenéis de vuestro amor, á fin de que olvide mis males y que os abrace estrechamente, á vos, mi Soberano bien?

Cuarto Domingo de Octubre.

### EL PATROCINIO DE LA SANTISIMA VIRGEN.

#### PREPARACIÓN.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, custodio de las almas, que siempre vela y á quien nunca el sueño sorprende: custodio que entrevé y previene todo lo que nos puede suceder, avisándonos de ello fielmente.
2. *¿A quién viene?* A una alma que no siempre le permite velar sobre ella, que interrumpe ó que hace inútiles sus tiernos cuidados por la debilidad de su fe, por su languidez y por sus infidelidades.
3. *¿Para qué viene?* Para preguntarle cuánto tiempo durará esta cobarde indiferencia; para decirle que se apresure á dejarle obrar en ella, mientras que su luz brilla todavía, por temor de que las tinieblas la sorprendan, y que no llegue aquella noche durante la cual será á todos imposible hacer algo.

*Oración Jac.*—He pecado, yo lo confieso, oh fiel custodio de los hombres! he pecado apartándome de vos. ¿Qué haré para que os encarguéis aún de la conducta de mi alma?

#### ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo, que os dice: Yo soy quien guarda vuestra alma en el seno de mi Providencia, y la conservo más preciosamente que si fuera la niña del ojo: ¿Por qué, pues, tantas prevenciones infructosas, tantas vanas solicitudes? Y vos, entrando en este refugio seguro, en el corazón de vuestro Dios, decidle: El Señor es quien me guarda, es el Señor quien es mi protector. Yo vivo en El y El vive en mí; el sol no me quemará durante el día de la prosperidad; ni la luna me dañará durante la noche de la adversidad.
2. Pensad que María quiere también ser vuestra patrona y vuestra custodia, quiere tomar vuestra defensa; y ved si hay algo de más seguro, de más dulce que la suerte de una alma que tiene á semejantes fiadores de su felicidad y de su perseverancia.

3. Desead dejar á Jesús y á María libres en vuestra alma, á fin de no exponeros á que os abandonen á vuestra conducta, ó más bien á la de vuestro enemigo.

*Oración Jac.*—Oh Señor! que me habéis guardado desde mi entrada en este mundo, guardadme aún durante todos los días de mi destierro, y sobre todo guardadme en el último instante.

21 DE NOVIEMBRE.

### La Presentación de la Sma. Virgen en el Templo.

PREPARACION.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, el Dios celoso, que quiere haceros el honor de disputar á sus rivales todos los movimientos de vuestra alma y todos los afectos de vuestro corazón, que os quiere perseguir sin cesar hasta que no haya el menor fraude en el holocausto que espera de vos; Jesucristo, fuego que quiere destruir y anonadar en vos todo lo que no es El, á fin de vivir sólo en vos.

2. *¿A quién viene?* A un corazón que

sólo ha vivido de inconstancia y de recaídas, á un corazón dividido que quisiera amarlo, pero que no quisiera renunciar á aquello que lo aparta de El; que le ruega rompa sus lazos, pero que teme ser escuchado, prefiriendo el placer de satisfacerse á la dicha incomparable de una completa victoria sobre sus pasiones.

3. *¿Para qué viene?* Para dilatar y abrasar vuestro corazón, á fin de que corráis con alegría en el camino de sus mandamientos y de sus consejos; para romper vuestros lazos, á fin de que voléis hacia El y que en El reposéis.

*Oración Jac.*—Hejurado y resuelvo guardar vuestra ley, ¡oh Jesús!

ACCION DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo en medio de vuestro corazón, que os presenta el suyo y que os dice: He aquí que yo os doy un corazón nuevo que sólo arderá por mi gloria y por la de mi Padre, á fin de que vuestra juventud se renueve como la del águila. Y vos, postrado á sus pies, recibiendo con acción de gracias este don inestimable, exclam-

mad: He encontrado el Corazón de mi Rey, de mi hermano, de mi celestial esposo, de mi dulcísimo amigo Jesús, para rogar á mi Dios; es ahora realmente cuando cumpliré los votos que he hecho al Señor.

2. Desead haberos dado á Dios desde el primer instante en que habéis gozado del uso de razón, y ofrecedle en reparación de vuestro amor tardío, la generosidad, la plenitud y la perseverancia del sacrificio que le hizo la Santísima Virgen en el templo á la edad de tres años.

3. Uníos á la oblación de María, diciendo con una firme fe: «¿Qué víctima, oh mi Jesús, queréis que yo sea? ¿Queréis que sea un holocausto consumido y anonadado delante de vuestro Padre por el martirio del Santo amor? ¿Queréis que sea una víctima por el pecado, por las santas austeridades de la penitencia, ó una víctima pacífica y eucarística, cuyo corazón, conmovido de vuestros beneficios, se exhale en acción de gracias y se destile en amor ante vuestros ojos? ¿Queréis que inmolado á la caridad, distribuya todos mis bienes para el alimento de los pobres, ó bien que, hermano *sincero y benéfico*, dé mi

vida por los cristianos, consumiéndome en piadosos trabajos en la instrucción de los ignorantes y en la asistencia de los enfermos? Heme aquí pronto á ofrecerme, á sacrificarme, con tal que sea con vos, puesto que con vos todo lo puedo, y dichoso seré de ofrecerme, por vos y en vos, á Dios vuestro Padre.»

*Oración Jac.*—Oh Señor mío, ¿qué esperaréis de mí? Nada puedo añadir á vuestra grandeza y á vuestra santidad, á vuestra gloria, á vuestra eterna bienaventuranza, á vuestro tranquilo reposo y á la inaccesible luz en la que habitáis y con la que venís á mí!

8 DE DICIEMBRE.

### La Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen.

PREPARACIÓN.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, fuente de toda pureza, que se complace entre los lirios de un corazón puro, delante de quien los mismos ángeles tienen manchas, y á los ojos del cual nuestras justicias son impurezas. Jesucristo, el mismo Dios que, para ser concebi-

do en el seno de María, acudió á la operación de un Dios semejante á él, el cual exigió que su Madre fuese Virgen, inmaculada y adornada con las más sublimes virtudes, y sin embargo, se humilló aun más de lo que podemos pensar, en la Encarnación.

2. *¿A quién viene?* A un pecador purificado á penas de la mancha de sus iniquidades que, como un viento impetuoso, le han arrebatado á su Dios, á su razón y á sí mismos. A una alma que no piensa cuánto necesita el socorro del Espíritu Santo, para crear en ella las disposiciones que su Dios exige al bajar á su corazón: á una alma impura, infectada mil veces por las más vergonzosas manchas, y que rehusa hacer algún esfuerzo para hacerse menos indigna del Dios que se digna visitarla.

3. *¿Para qué viene?* Para purificar, para lavar su alma inmundada, para devolverle su primera inocencia, para conceder á este culpable esta segunda conversión, que es como una nueva creación, y que lo fijará en Dios por el cambio de todo su sér.

*Oración Jac.*—¿Quién puede hacer puro á aquel que ha sido concebido en el pecado,

sino vos, oh Jesús, fuente única de toda pureza?

#### ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo crucificado, en medio de vuestro corazón, dejando correr de sus llagas la sangre divina que ha lavado las iniquidades del mundo. Y vos, postrado al pie de la Cruz con María y las santas mujeres, bañado con esta preciosa sangre, decidle: «Oh luz que destestáis toda mancha, que no podéis ser vista sino por corazones puros, ¿cómo os dignáis brillar á mis ojos, y en dónde, pues, oh Jesús, hallaréis en mi corazón un lugar, un templo bastante santo para recibirnos?» (S. Agustín).

2. Tened pena por haber añadido á la mancha original tantas faltas actuales que han manchado vuestra alma, y muy á menudo profanado la inocencia que os había sido dada en el santo bautismo.

3. Pedid á nuestro Señor, á nombre y por los méritos de María, concebida sin pecado, de María, ejemplo de toda falta actual, á aquel amor que hace mirar como un crimen el me-



nor olvido voluntario, y tal horror al pecado, que preferáis antes la muerte á la más ligera ofensa venial.

*Oración Jac.*—Como el lirio entre las espinas, es María entre los hijos de Adán.

*Oración.*—Es demasiado cierto, oh mi Señor; no hay nadie inocente en este mundo, ni siquiera el niño de un día. Todos hemos sido viciados, manchados en nuestro origen. Los más señalados entre vuestros santos han tenido igualmente que deplorar, no solamente la mancha original común á todos, sino también mil faltas personales, y multitud de infidelidades. No hay nadie que haga el bien que lo haya hecho sin interrupción; no hay ni uno sólo! ¡Que aun entre aquellos mismos que os habéis escogido, que habéis colmado de los más preciosos dones, no hay ni uno solo en el corazón del cual os hayáis podido reposar sin ser inquietado al menos por ligeras debilidades, por pasajeras inconstancias! Perdón por todos, á fin de que todos lo imploren por mí, aun mucho más infiel hacia vos. Oh triste condición de nuestra miserable vida sobre la tierra! Ofenderos, contristaros, olvidaros y vivir apartado de vos por un

justo castigo de nuestras ingratitudes, y esto á pesar de nuestras miras, de nuestros deseos, resoluciones y esfuerzos! Vos sólo, pues, oh Jesús, que amabais sin ser amado como vos amáis, y vuestro poder viniendo en auxilio á vuestro amor, puede hacer este milagro de un corazón verdaderamente indigno de vos.

Gloria á vos, oh María! sola, sola sin ejemplo, sin interrupción, sin que vuestro fervor se haya relajado, habéis sabido agradar á Nuestro Señor Jesucristo. Amad por mí, rogad por mí, y reparad por mí.

Así sea.

12 DE DICIEMBRE.

## NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

PREPARACIÓN.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, nuestro Señor, el Redentor del mundo, el que padeció por nosotros en la Cruz para abrirnos con su dolorosísima Pasión las puertas del Cielo y enseñarnos el camino del bien.

2. *¿A quién viene?* A una alma indigna de pertenecerle, á una alma que lo adora y que ve con indecible placer aproximarse el

feliz instante en que Dios nuestro Señor se va á dignar bajar hasta ella, pero que no tiene la constancia y la perseverancia para huir de las asechanzas del demonio.

3. *¿Para qué viene?* Para demostrarnos que su bondad y su misericordia es infinita y que la santa intercesión de su Divina Madre, que se ha dignado venir en nuestra ayuda, es de gran precio y estimación para Él.

*Oración Jac.*—Oh María, que bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe te has dignado hacer con esta Nación lo que con ninguna otra (*Non fecit taliter omni nationi*), no me desampares, Madre mía, y sostenme en el estado de gracia en que me encuentro para recibir dignamente á tu amado Hijo.

#### ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo en medio de vuestro corazón que os dice: Serás tan insensible, alma querida, que no harás mella ninguna en tu corazón mis dolores y sufrimientos en la Cruz por culpa tuya y las lágrimas que por tus pecados derrama mi Santísima Madre: Serás tan insensible á su

voz que á pesar de haberte dado tan inmensa prueba de cariño haciendo su aparición en las cumbres del Tepeyac, aun perseveres en el mal? Y vos, postrada á los pies de Jesús y de María, llena de agradecimiento por los favores que habéis recibido, exclamad en un éxtasis de amor: No, Jesús mío! no, adorada Madre mía! voy á poner cuantos medios pueda, voy á hacer cuanto en mi mano esté para hacerme digna de Vos, para mostraros mi gratitud inmensa por los bienes de que me habéis colmado.

2. Dad realmente las gracias á Dios con todo vuestro corazón y ofrecedle cuanto bueno hiciereis en satisfacción de vuestros pecados y ofreced al Corazón de Jesús una oración como expiación de los agravios que continuamente se le infieren.

3. Dirigíos á su Santísima Madre manifestándole también vuestra eterna gratitud por la distinción que con nosotros los mexicanos se sirvió hacer y rogándole escuche piadosa las oraciones que en loor suyo se levantan diariamente en toda la nación y no nos abandone jamás.

*Oración Jac.*—Oh! Jesús, Redentor mío!

mi Divino Maestro! enséñame á querer como Tú quisiste; enséñame á ser buena como Tú lo fuiste y que tu ejemplo sea siempre la norma de mi conducta.

18 DE DICIEMBRE.

LA EXPECTACIÓN

DEL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR.

PREPARACIÓN.

1. *¿Quién viene?* Jesucristo, aquel libertador que todas las naciones han llamado con sus votos, á quien María deseaba ver y servir con un ardor que excedía al del género humano entero.
2. *¿A quién viene?* A una alma muda de admiración al ver á una simple criatura Madre de su Dios, el Dios Creador oculto, anodado en el seno de su criatura.
3. *¿Para qué viene?* Para decirle: Veréis un prodigio más sorprendente aún, pues aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, aquel también participará de la maternidad divina; él será de mi estir-

pe, será mi hermano, mi hermana y mi madre.

*Oración Jac.* Enseñadme á hacer vuestra voluntad.

ACCIÓN DE GRACIAS.

1. Mirad con los ojos de la fe á Jesucristo, que os da la inteligencia de esta palabra admirable: *Aquel que hace la voluntad de mi Padre es... mi madre*, añadiendo: Sí, yo soy quien os lo digo, cumplid con mi voluntad, y vos seréis mi madre: me llevaréis en vuestro corazón sin cesar; me daréis á luz en el corazón de vuestros hermanos por vuestras oraciones, por vuestros trabajos y sufrimientos; os consumiréis de celo por mi defensa y por mi gloria; os será tan imposible olvidarme como lo es á una madre el olvidar á su hijo; y yo os trataré con grande reverencia: Yo os confiaré mis secretos, mis alegrías y mis dolores; á mi vez me conformaré á vuestra voluntad, porque si me complazco en hacer la voluntad de los que me temen, con cuánta más razón no haré la del alma que me ama con un amor generoso! Y vos, postrado

á sus pies, decid en vuestra admiración: Oh cielos! sed llenos de admiración por esta increíble maravilla.

2. Dirigios á María para que os alcance la gracia de cumplir en vos el sentido de esta inconcebible promesa de su divino Hijo.

3. Adorad á vuestro Señor en el seno de María como sobre el trono de su amor, y alegraos de saber que esta Virgen santa ha sido Madre del Verbo, según la carne, y que estas funciones las ha cumplido con un amor, fidelidad y humildad, que exceden al entendimiento humano.

*Oración Jac.* Oh bienaventurada Madre! haced nacer á Jesucristo en mi corazón.

## ORACIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN

para alcanzar el remedio

### DE NUESTRAS MAS URGENTES NECESIDADES.

Omnipotente, Inmaculada y divina Maria, en cuyas manos purísimas ha depositado el Altísimo los tesoros inagotables de su bondad y misericordia para con los hombres, dignate volver tus ojos clementísimos hacia esa porción escogida de la grey de tu divino Hijo, que se compone de la gerarquía eclesiástica, hoy tan necesitada de tus maternales auxilios. Acoge bajo tu protección á todos los que la constituyen, desde el Sumo Pontífice su cabeza visible hasta los iniciados en la primera tonsura. Mira, pues, con especial ternura á ese anciano venerable, que hoy es el blan-

co de los tiros de sus implacables enemigos: León XIII, el hijo de tu predilección, devuélvele su libertad perdida, restitúyete sus Estados, dale el triunfo contra todos sus adversarios; y prolongando su preciosa vida, séle tú misma su apoyo, su consejera y su guía, para que gobierne la Iglesia según los designios de tu divino Hijo.

Asiste de un modo especial á los señores Obispos, en la elección, formación y consagración de los sagrados ministros, para que proporcionando á sus ovejas, sacerdotes santos é ilustrados, según el Corazón de tu Hijo, las apacienten en la piedad y en la más sana doctrina. Levanta, poderosísima María, levanta al estado eclesiástico de la postración y abatimiento en que hoy yace; reviste á todos los sacerdotes del espíritu de Jesucristo tu Hijo adorado; hazlos, como Él, desprendidos de los bienes de la tierra, amantes de la santa pobreza, mansos, humildes, purísimos de cuerpo y alma, y tan celosos por la gloria de Dios y la salvación de los pecadores, que como otros santos apóstoles, sean infatigables en la predicación de la divina palabra, en la recta administración de los Sacramentos y en

el ejercicio de las funciones del culto; todo practicado con la santidad, decoro y veneración que tan santos ministerios exigen.

Tiende una mano compasiva á los ministros caídos, conviértelos á tu Hijo divino, y haz que vivan según el espíritu de su santo estado. Preserva del pecado á los que están en peligro próximo de cometerlo, aléjalos de las ocasiones y fortalécelos con la gracia de que eres dispensadora. Muestra, que eres la Madre especialísima de los eclesiásticos, ya que ellos fueron singularmente representados en San Juan, cuando te lo dió por Hijo el Salvador moribundo; y como á Él, ampáralos con tu manto, bendice todas sus empresas, y sálvalos en los peligros.

Pero lo que más precisamente te pedimos ¡oh Santísima María! es que obtengas de tu divino Hijo, que cuanto antes se realicen los designios de su misericordia en favor suyo, y de toda su Iglesia: á este fin, pues, y para hacer una santa violencia á tu maternal corazón, te ofrecemos todas las misas, rosarios y demás oraciones que en honor tuyo se hacen en todo el mundo católico; todos los ayunos, penitencias y mortificaciones de tus devotos; to-

dos los elogios y alabanzas que te han dirigido en tus sermones y en sus escritos los predicadores de tus grandezas; y para acabar de rendir tu misericordia en favor nuestro, ponemos en tus brazos maternos el cuerpo moribundo de tu divino Hijo. Sí, Inmaculada y divina María, por sus llagas y su sangre, por sus dolores infinitos, por sus lágrimas é inmensos tormentos de su pasión sacratísima, te suplicamos, nos concedas cuanto te pedimos en esta oración; para que salvándose principalmente los que han de ser la luz del mundo, la sal de la tierra y los pastores del rebaño del Salvador, se disipen por su medio las tinieblas de la ignorancia, se moralicen los pueblos, reciban los fieles el pasto saludable de su doctrina y buenos ejemplos: y así pastores y ovejas caminemos presurosos por los senderos de la justicia hasta llegar á la patria de la inmortalidad. Sí, omnipotente y divina María, concédenos, en fin, esta gracia, que te la pedimos confiados, por la honra y gloria que recibe tu purísimo Esposo de todo el mundo católico, principalmente desde que Pío IX lo declaró *Protector y patrón universal de toda la Iglesia católica*; y desde

que nos enseñó á confiar en Él indulgenciando la siguiente jaculatoria: ¡Oh Señor San José, nuestro guía! protegéd á todos nosotros y á la Santa Iglesia.

NOTA.—Se suplica á los Señores Eclesiásticos y á todos los fieles recen esta oración, ofreciendo algunas buenas obras, con misas, comuniones, rosarios, etc., para obtener más fácilmente lo que en ella se pide.

## PRECES A LA PUREZA DE MARIA

- Dulcísima María, Virgen Madre de Jesús.  
Ruega por nosotros.
- Purísima María, gloria y ornamento de las Virgenes. Ruega, etc.
- Divina María, fragante lirio de pureza. Ruega, etc.
- Inocentísima María, tálamo purísimo del Cordero inmaculado. Ruega, etc.
- Purísima María, cándida nube que llevas en tu seno al Esposo de las Virgenes. Ruega, etc.
- Castísima María, jardín delicioso en que se complace el Autor de la pureza. Ruega, etc.
- Graciosísima María, blanca azucena en que Jesús se reclinará. Ruega, etc.
- Virgen María, Vástago precioso que germinó al purísimo Jesús. Ruega, etc.
- Amabilísima María, corona de las Virgenes. Ruega, etc.

- Inmaculada María, gloria y esplendor de la virginidad. Ruega, etc.
- Madre amorosa de las almas puras. Protégenos, María.
- Decidida protectora de las Virgenes. Protégenos, etc.
- Muro inexpugnable donde se estrellan los tiros de la impureza. Protégenos, etc.
- Defensa de las que forman la porción más querida del rebaño de Jesús. Protégenos, etc.
- Querida Madre de las niñas que te invocan. Protégenos, etc.
- De toda impureza. Libranos, María.
- De pensamientos importunos que puedan marchitar el lirio de la pureza. Libranos, etc.
- De toda acción que pueda profanar el cuerpo. Libranos, etc.
- De las conversaciones que puedan inflamar pasión tan horrible. Libranos, etc.
- Del desahogo de los sentidos, y principalmente de la vista. Libranos, etc.
- De las personas que horriblemente se jactan de sus fragilidades. Libranos, etc.
- Del contagio funesto de las almas que han

perdido el pudor y la vergüenza. Libranos, etc.

Por tu santa Virginitad. Desfíendenos, María.  
Por tu amor á la pureza. Cúbrenos bajo tu amoroso manto, María.

### ORACION.

Derramad, Virgen Purísima, vuestras preciosas bendiciones sobre todas las que llenas de confianza reclamamos vuestra protección; todas depositamos el lirio de nuestra pureza en vuestras benditas manos, y os pedimos nos conservéis hoy y todos los días de nuestra vida, limpias y puras en vuestra presencia. Amén.

## LETANIAS

DE LA

### INMACULADA CONCEPCION

Señor, tened piedad de nosotras.  
Jesucristo, tened piedad de nosotras.  
Señor, tened piedad de nosotras.  
Jesucristo, oídnos.  
Jesucristo, escuchadnos.  
Dios Padre celestial. Tened piedad de nosotras.  
Dios Hijo, Redentor del mundo. Tened piedad de nosotras.  
Dios Espíritu Santo. Tened piedad de nosotras.  
Santa Trinidad, un solo Dios. Tened piedad de nosotras.  
Oh María, concebida sin pecado. Rogad por nos que recurrimos á Vos.  
Objeto de las predilecciones del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Rogad por nos, etc.  
Hermosa y sin mácula. Rogad, etc.



Preservada de la triple concupiscencia. Rogad, etc.

Santuario de la Sabiduría encarnada, edificado por sus manos y adornado de Siete columnas.

Modelo de la vida de fe.

Madre de la dulce esperanza.

Madre del amor hermoso.

Virgen desprendida de todo.

Solio de la prudencia cristiana.

Espejo de perfecta justicia.

Torre de la verdadera fortaleza.

Aurora sin nubes del más hermoso de los días.

Nueva Eva prometida á nuestros padres para hollar la cabeza de la antigua serpiente.

Alegría de Israel, cuyo nombre destila dulzura y bendiciones.

La más perfecta de las criaturas.

Lirio blanquísimo entre las espinas.

Verdadero candelero de oro, maravillosamente adornado con los siete dones del Espíritu Santo.

Madre de Jesús, siempre Virgen.

Gloria de la Iglesia.

Honor de los cristianos.

Figurada en las mujeres ilustres de la ley antigua.

Anunciada por los Profetas.

Bendita entre todas las mujeres.

Reina de los ángeles y de los hombres.

Terror de los demonios.

Abogada de los pecadores.

Apoyo de los débiles.

Tesoro de los perfectos.

Cuyo corazón fué tan semejante al de Jesús.

Depositaria de las gracias que á manos llenas dispensáis sobre todos.

Consuelo de los afligidos y moribundos.

Protectora especial de los que os invocan.

Tierna Madre de todos vuestros hijos.

Traspasada por el cuchillo de dolor al pie de la Cruz.

Puerta de la mansión de la gloria y de las delicias eternas.

Que el olor de vuestras virtudes atraiga á vuestros hijos. Conducidnos al cielo.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo. Perdónanos, Señor.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo. Oyenos, Señor.

Cordero de Dios que quitas los pecados del

mundo. Ten piedad y misericordia de nosotras.

Jesucristo, oídnos.

Jesucristo, escuchadnos.

Oh Virgen María, inmaculada fuiste en tu Concepción.

Ruega por nosotras á Dios Padre, de quien has dado al mundo el Hijo único, concebido en tu seno virginal por obra del Espíritu Santo.

### ORACION.

Oh Dios, que por la inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, preparasteis en su seno virginal una morada digna á vuestro Hijo; os suplicamos, que así como la preservasteis de toda mancha para honra de este mismo Hijo, os dignéis hacernos la gracia, por su intercesión, de purificarnos de nuestros pecados, preservarnos de recaer en ellos, y de que nos apliquemos á imitar sus virtudes, á fin de conseguir la dicha de poseeros eternamente. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

### ORACION A LA MADRE ADMIRABLE

Qué felices somos, oh María, en poder llamaros Madre y Madre Admirable nuestra! Vos, que habéis reparado la desgracia general de los hijos desgraciados de Eva, sois y habéis sido siempre nuestra esperanza; no permitáis que nosotras amemos el pecado; tenednos siempre bajo vuestra maternal protección, para que no pertenezcamos ni un solo momento á la familia desgraciada de la serpiente, nuestro mortal enemigo. Nosotras, que á doble título somos vuestras hijas, reclamamos con más derecho y con más confianza vuestro amparo. ¡Oh María! mostraos como Madre Admirable de esta feliz familia predilecta que rodea vuestro santo altar, y no nos dejéis un solo instante de vuestra mano;

sintamos siempre el precioso efecto de influencia en nuestros pobres corazones, para que amemos siempre como Vos la virtud, y aborrezcamos siempre el pecado. Así, Madre Admirable, estaremos seguras de que vuestra mano cariñosa nos conducirá libres del contagio de la culpa por esta miserable vida hasta llegar á veros en el cielo. Así sea.

**PRACTICA.**

Decid tres veces á mañana y tarde esta invocación: «Madre Admirable, Ruega por nosotros.»

**VOTO DE GRACIAS**

QUE HARA

**UNA HIJA DE MARIA**

después de haber recibido el Sagrado Viático.

¡Oh María, Virgen dulcísima, mi tierna y amante Madrel yo te bendigo, porque me escogiste para que fuera tu hija, llamándome á tu Asociación, en la que tantas veces, reunida con mis compañeras y alrededor de tus altares, medité tus bondades y misericordias: te doy gracias, Virgen Inmaculada, porque desde que tus manos virginales pusieron sobre mi pecho esta cinta y medalla, tu corazón ha sido para mí el consuelo en mis penas, la alegría en mis pesares, y mi fuerza en mis combates: te doy gracias, oh misericordiosa y amable Virgen Maria, por los oficios de Madre que siempre has desempeñado para conmigo. En este momento solemne en que Jesús ha venido á mi alma, cuando aun le tengo en mi pecho, inspirándome la santa confianza de que Él será mi compañero en el viaje á que me preparo del tiempo á la eternidad, quiero pasar de sus brazos á los tuyos: recíbeme,

porque eres mi Madre. Yo renuevo con toda mi alma, la consagración que hice de mi persona y de cuanto soy, en el día para siempre memorable de mi recepción: entonces, Virgen misericordiosa, te elegí por mi querida Madre; hoy que por mis males y sufrimientos siento que se aproxima la muerte, ratifico en toda su extensión lo que entonces te prometí. Virgen Santa, yo te ruego por toda la Asociación: hazla prosperar y dale en herencia tu Pureza Virginal, Humildad profunda y admirable Caridad, y cuando se aproxime el momento decisivo, para que pase de esta vida á la otra, acuérdate de que soy tu hija, úneme á ti que eres mi Madre. Virgen Inmaculada, en la hora de mi muerte recibe mi alma; que mi muerte sea preciosa á los ojos del Señor; asísteme con tu presencia; que tu sonrisa natural disipe mis temores, para que mi cinta, señal exterior de mi consagración á tu amor, se trasforme en ese ropaje de luz y de gloria que visten los escogidos en el cielo. Hazlo así, mi buena Madre, pues te lo pido con todo mi corazón. Amén.

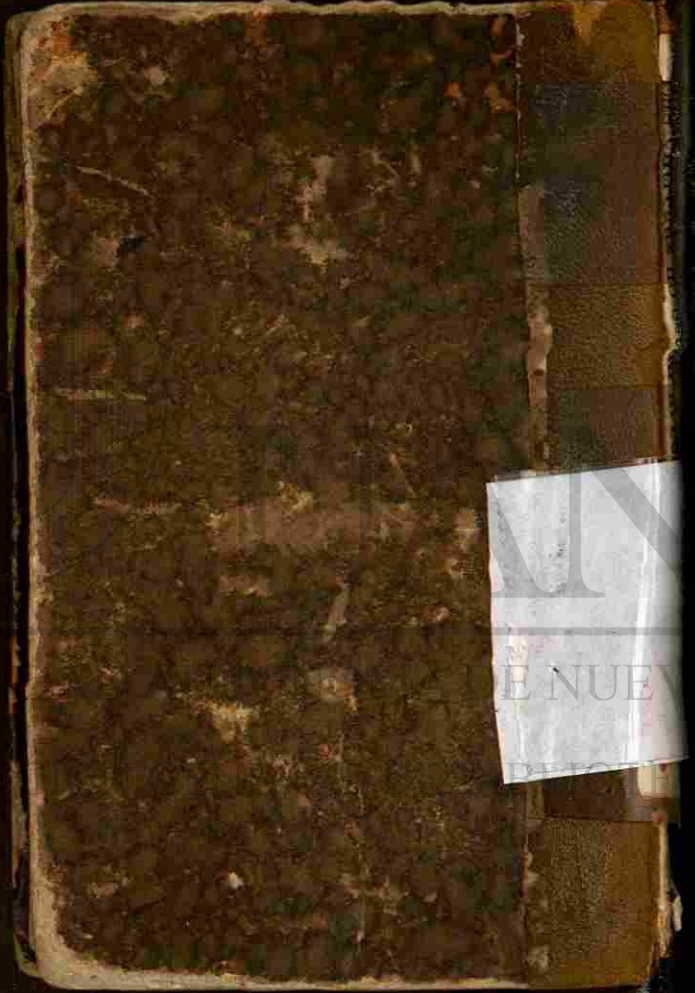
FIN.

## INDICE

A las Hijas de María.....	3
A María.....	4
Joven cristiana.....	5
Joven cristiana, gime sobre tus errores	7
Aspira á hacerte digna hija de Dios, y para esto sé hija de María.....	15
Sé constante.....	25
Ama á Jesús y á María.....	39
Sé fiel imitadora.....	48
Sé humilde.....	58
Sé obediente.....	70
Sé modesta y pura.....	91
Sé dulce.....	104
Sé confiada.....	114
Método para oír la Santa Misa en unión de los Sagrados Corazones de Jesús y de María en el Calvario.....	128
<i>Preparaciones para la Comunión en las principales festividades de la Santísima Virgen.</i>	
El 23 de Enero.—Los Desposorios de la Santísima Virgen.....	157

El 2 de Febrero.—La Purificación de Nuestra Señora.....	160
El 25 de Marzo.—La Anunciación.....	162
Día 1º de Mayo.....	166
24 de Mayo.—Nuestra Señora del Buen Socorro.....	169
31 de Mayo.—Día último del Mes de María.....	172
2 de Julio.—La Visitación.....	176
16 de Julio.—Nuestra Señora del Monte Carmelo.....	183
5 de Agosto.—Nuestra Señora de las Nieves.....	186
15 de Agosto.—La Asunción de María Santísima.....	189
8 de Setiembre.—La Natividad de la Santísima Virgen.....	192
Domingo en la Octava de Navidad.— El Dulce nombre de María.....	194
Tercer Domingo de Setiembre.—Los Dolores de Nuestra Señora.....	196
Primer Domingo de Octubre.—El San- tísimo Rosario.....	198
Segundo Domingo de Octubre.—La Ma- ternidad de la Santísima Virgen....	201
Tercer Domingo de Octubre.—La Pu- reza de la Santísima Virgen.....	203
Cuarto Domingo de Octubre.—El Pa- trocinio de la Santísima Virgen....	206
21 de Noviembre.—La Presentación de la Santísima Virgen en el Templo...	208

8 de Diciembre.—La Inmaculada Con- cepción de la Santísima Virgen.....	211
12 de Diciembre.—Nuestra Señora de Guadalupe.....	215
18 de Diciembre.—La Expectación del Nacimiento de Nuestro Señor.....	218
Oración á la Santísima Virgen para al- canzar el remedio de nuestras más urgentes necesidades.....	221
Preces á la Pureza de María.....	226
Letanias de la Inmaculada Concepción.....	229
Oración á la Madre Admirable.....	233
Voto de gracias que hará una Hija de María después de recibir el Viático...	235



LIBRARY  
UNIVERSITY OF TORONTO  
1827  
E N U E V  
D E T O